

RICHARD FORD

Incendios



Lectulandia

En 1960, cuando Joe tenía dieciséis años, su madre se enamoró. Hacía muy poco tiempo que se habían mudado a Great Falls, en Montana. Era la época del boom del petróleo y el padre de Joe, un golfista profesional que se ganaba escasamente la vida como instructor en clubes privados, había pensado que el gran dinero estaría allí, y que él recibiría una parte de la lluvia de oro que caería sobre la región.

Pero nada resultó de acuerdo a lo esperado, y lo que comenzó a caer sobre las cabezas de los pobladores de Great Falls fue la lluvia de cenizas de los incontables incendios de los bosques cercanos, que llevaban ardiendo todo el verano sin que fuera posible extinguirlos. Los fuegos alteraron también la quieta superficie de la vida, liberando latentes complejidades en las relaciones entre los padres de Joe. El padre perdió su trabajo y, sumido en un profundo extrañamiento, se alistó en las brigadas que marchaban a los bosques a combatir el fuego. Sólo estuvo ausente tres días, pero duraron una eternidad y cambiaron para siempre la vida de Joe. Su madre conoció a otro hombre, y el adolescente arrojó entonces su primera y desconcertada mirada sobre el opaco mundo del deseo, sobre el enigmático mundo de la madurez.

Lectulandia

Richard Ford

Incendios

ePub r1.0

Ariblack 24.08.14

Título original: *Wildlife*
Richard Ford, 1990
Traducción: Jesús Zulaika

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Kristina

Doy las gracias a mis amigos
Carl Navarre y Gary Taylor
por su gran generosidad,
que me ayudó a escribir este libro.

En el otoño de 1960, cuando yo tenía dieciséis años y mi padre llevaba sin trabajo algún tiempo, mi madre conoció a un hombre llamado Warren Miller y se enamoró de él. Esto sucedió en Great Falls, Montana, en la época del boom del petróleo en Gypsy Basin, adonde mi padre nos había llevado en la primavera de aquel año desde Lewiston, Idaho, en la creencia de que la gente —gente modesta como él— estaba haciendo dinero en Montana —o lo haría muy pronto—, y con el deseo de llevarse un trozo del pastel mientras duraran los buenos tiempos, antes de que todo se fuese al traste y se esfumase en el viento.

Mi padre era golfista. Profesor de golf. Había ido a la universidad, pero no a la guerra. Y desde 1944, el año en que yo nací y dos años después de casarse con mi madre, había trabajado dando clases de golf en pequeños clubes residenciales y campos públicos de las ciudades cercanas a donde él había crecido, en la zona de Colfax y las Palouse Hills, al este del estado de Washington. Y por aquel entonces, durante los años en que yo estaba creciendo, vivimos en Coeur d'Alene y McCall, Idaho, y en Endicott y Pasco y Walla Walla, donde él y mi madre habían ido a la universidad y se habían conocido, y luego casado.

Mi padre era un atleta nato. Su padre tenía una tienda de ropa en Colfax y se había ganado bien la vida, y él aprendió a jugar al golf en cursos como aquellos en los que ahora daba clases. Sabía jugar a cualquier deporte: baloncesto y hockey sobre hielo y lanzamiento de herraduras, y había practicado el béisbol en la universidad. Pero le encantaba el golf porque era un juego que a la gente le parecía difícil y a él muy fácil. Era un hombre risueño y bien parecido, moreno, no muy alto, de manos delicadas y con un *swing* corto y airoso siempre muy grato de contemplar, aunque nunca lo bastante fuerte para permitirle competir en los torneos de golf de primera línea. Pero servía para enseñar a la gente a jugar a este deporte. Sabía razonar sobre él con paciencia, y daba a sus alumnos la sensación de que tenían dotes para practicarlos; ello hacía que sus clases fueran muy solicitadas. A veces mis padres jugaban juntos y yo les acompañaba por el campo llevando el carrito de los palos, y sé que él sabía cuál era la apariencia que ofrecían a quien los mirara: agraciados, jóvenes, felices. Mi padre era un hombre de voz suave y natural, amable y optimista, no un tipo avisado y frívolo como tal vez alguien haya podido imaginar. No es corriente ser golfista,

ganarse la vida con el golf del mismo modo que los vendedores o los médicos con sus respectivas profesiones, pero es que en cierto modo mi padre tampoco era un hombre común: era inocente y honesto, y es muy posible que su forma de ser casara perfectamente con la vida que llevaba.

En Great Falls mi padre consiguió un empleo de dos días a la semana en el campo de golf de la base aérea, y los demás días daba clases en el club privado del otro lado del río. El Wheatland Club. Trabajaba también allí —decía— porque en los buenos tiempos a la gente le apetecía aprender a practicar deportes como el golf, y los buenos tiempos raras veces duran mucho. Tenía treinta y nueve años, y creo que lo que esperaba del Wheatland Club era conocer a gente, a alguien que le brindara alguna información de la que pudiera beneficiarse, o le dejara entrar en una buena operación del boom del petróleo, o le ofreciera un empleo más seguro; una oportunidad, en suma, que nos pusiera a los tres en camino hacia una vida mejor.

Alquilamos una casa en el lado norte de la calle Ocho, en uno de los viejos barrios de viviendas de ladrillo y madera, todas de una planta. La nuestra era amarilla, con una cerca baja de estacas en el frente y un jardín con un abedul llorón a un costado. Era una zona no muy distante de las vías del tren, frente a la refinería, situada al otro lado del río, donde una brillante llama ardía a todas horas en lo alto de la chimenea que se alzaba sobre los depósitos metálicos. Por la mañana, cuando me despertaba, oía la sirena del cambio de turno, y avanzada la noche escuchaba el ronco siseo de las máquinas que trataban el crudo procedente de los campos, situados más al norte.

Mi madre no tenía empleo en Great Falls. En Lewiston había trabajado como contable en una empresa de productos lácteos, y en las demás ciudades donde habíamos vivido ejerció de profesora interina de matemáticas y ciencias, que eran las materias que le gustaban. Mi madre era una mujer guapa y menuda que tenía sentido del humor y sabía hacer reír si se lo proponía. Era dos años menor que mi padre, a quien conoció en la universidad en 1941. Como mi padre le gustaba, se fue con él cuando un buen día aceptó un trabajo en Spokane. No sé cuáles pensó que serían las razones de mi padre para dejar su trabajo en Lewiston y trasladarse a Great Falls. Puede que notase algo en él: que era un momento crucial en su vida, un momento en que su porvenir había empezado a parecerle incierto, como si ya no pudiera confiar en que su futuro fuera capaz de desenvolverse por sí mismo como había hecho hasta entonces. O puede que existiesen otras razones, y que lo siguiera porque lo amaba. Pero no creo que ella quisiera mudarse a Montana. Le gustaba el este del estado de Washington, donde el clima era más suave y había pasado la adolescencia. Pensaba que en Great Falls haría mucho frío, que sería difícil hacer amigos y se sentiría muy sola. Sin embargo, en aquel tiempo debía de creer que la vida que llevaba era la normal: mudarse de vez en cuando, trabajar si podía, tener un marido y un hijo; que

su vida, en suma, era aceptable.

El verano de aquel año fue una época de incendios forestales. Great Falls está situado donde las llanuras comienzan, pero el sur y el este y el oeste son zonas de montañas. Desde las calles de la ciudad, en días claros, pueden verse las montañas: a cien kilómetros se alza la alta cara este de las Montañas Rocosas, azul y claramente perfilada hasta perderse en dirección a Canadá. A principios de julio empezaron los incendios en los cañones boscosos de más allá de Augusta y Choteau, ciudades que para mí significaban muy poco pero que se encontraban seriamente amenazadas. Los incendios empezaron por misteriosas causas, y siguieron a lo largo de julio y agosto e incluso septiembre, cuando se pensó que un otoño temprano traería lluvias y quizá nieve. Pero no fue eso lo que sucedió.

La primavera había sido seca, y el tiempo no cambió con la llegada del verano. Yo era un chico de ciudad y no sabía nada de cosechas o maderas, pero oímos decir que los granjeros creían que la sequía traería más sequía, y leímos en el periódico que la madera de los árboles sin cortar estaba aún más seca que la madera puesta a secar en un horno, y que si los granjeros eran inteligentes debían cosechar temprano el trigo a fin de evitar pérdidas. Hasta el río Missouri había menguado de caudal, y los peces morían, y entre las orillas y la mísera corriente se abrían anchas explanadas de barro, y ninguna embarcación se aventuraba por sus aguas.

Mi padre daba clases de golf todos los días a grupos de aviadores y a sus novias, y en el Wheatland Club jugaba partidos dobles con rancheros, ejecutivos del petróleo y banqueros y sus respectivas esposas, cuya técnica él se esforzaba en mejorar. Por la tarde, aquel verano, solía sentarse a la mesa de la cocina después del trabajo, y escuchaba algún partido de béisbol del Este por la radio mientras se tomaba una cerveza. Y leía el periódico mientras mi madre preparaba la cena y yo hacía los deberes en la sala. Solía hablar de la gente del club.

—Son buena gente —le decía a mi madre—. No nos haremos ricos trabajando para los ricos, pero si nos mantenemos cerca de ellos a lo mejor tenemos suerte.

Y se reía de lo que decía. Le gustaba Great Falls. Pensaba que era un lugar abierto, virgen, un lugar en que nadie se preocuparía de impedir que los demás medraran, y que el momento era muy bueno para vivir en él. No sé cuáles pudieran ser sus planes personales pero era un hombre a quien, más que a la mayoría de sus congéneres, le gustaba ser feliz. Y supongo que debió de pensar —en aquella época al menos— que había llegado al fin al lugar perfecto para su persona.

Para primeros de agosto los incendios forestales del oeste aún no habían sido sofocados, y en el aire había tal neblina que a veces no se alcanzaba a ver las montañas o la línea donde la tierra toca el cielo. Era una nube neblinosa que no podían percibir quienes se encontraban dentro de ella, que sólo se advertía desde una

montaña o un avión cuando se veía Great Falls desde lo alto. Por la noche, si me asomaba a la ventana y miraba hacia el oeste, en dirección al valle del Sun River y las montañas que ardían, percibía el sabor y el olor del humo, y creía ver llamas y colinas ardiendo y hombres en movimiento, aunque sólo divisaba un resplandor ancho y hondo y rojo por encima de la oscuridad que se extendía entre el incendio y nosotros. En un par de ocasiones incluso imaginé que nuestra casa se incendiaba, que una chispa viajaba a través del espacio con el viento y prendía fuego al tejado y consumía nuestro hogar. Pero sabía —dentro incluso de esta fantasía— que el mundo seguiría girando y sobreviviríamos, y que aquel fuego no importaba demasiado. Aunque no entendía, como es lógico, lo que podría significar no sobrevivir.

Los incendios hicieron que las cosas cambiaran, que se propagara por Great Falls un sentimiento —una actitud general— cercano al desaliento. Se leían historias en el periódico, historias descabelladas. Se decía que los indios habían provocado los incendios a fin de que los contrataran para sofocarlos. Se había visto a un hombre en una pista forestal echando astillas encendidas desde la ventanilla de su camioneta. Se culpaba a los cazadores furtivos. Un lejano pico de las Marshall Mountains —se contaba— había sido golpeado por el rayo un centenar de veces en una hora. Mi padre oyó en el campo de golf que había criminales luchando contra el fuego, asesinos y violadores de Deer Lodge que se habían prestado voluntarios y que luego habían escapado y vuelto de nuevo a la vida en libertad.

Nadie, creo, pensaba que Great Falls fuera a incendiarse. Nos separaban del fuego demasiados kilómetros; tendrían que arder antes demasiadas poblaciones... demasiadas desgracias y demasiado seguidas. Pero la gente mojaba el tejado de sus casas, y no se permitía a nadie quemar las malas hierbas. Día tras día despegaban aviones con hombres que saltarían luego sobre los incendios, y al oeste el humo se alzaba en el cielo formando como masas de cúmulos y dando la impresión ilusoria de que el propio fuego fuera a hacer llover. Cuando por la tarde arreciaba el viento, todos sabíamos que el fuego saltaría alguna zanja o se propagaría hacia adelante o prendería en algún lugar aún intocado, y que ello nos afectaba a todos por mucho que no viéramos ni una llama o no sintiéramos calor.

Yo empezaba entonces el tercer año de secundaria en la Great Falls High School, e intentaba jugar al fútbol americano, deporte que no me gustaba y en el que no destacaba; me esforzaba en practicarlo sólo porque mi padre pensaba que era un buen modo de hacer amigos. Había días, sin embargo, en que no jugábamos porque el médico decía que el humo podría dañarnos los pulmones sin que lo notáramos. Esos días iba a ver a mi padre al Wheatland Club —el campo de la base había cerrado a causa del peligro de incendio— y jugaba con él un rato, a última hora de la tarde. A medida que avanzaba el verano, mi padre trabajaba cada vez menos días y pasaba más tiempo en casa. La gente no iba al club por el humo y la sequía. Así que mi padre

daba menos clases, y veía menos a los socios que había conocido y con quienes había congeniado la primavera anterior. Trabajaba más en la tienda del campo; vendía artículos de golf y ropa y revistas, alquilaba carritos y pasaba mucho tiempo recogiendo pelotas a lo largo de la orilla del río, junto a los sauces, donde terminaba el terreno destinado a prácticas.

Una tarde de finales de septiembre, dos semanas después del comienzo del curso escolar y cuando ya los incendios de las montañas del oeste parecían durar eternamente, acompañé a mi padre fuera del terreno de prácticas con las cestas de alambre de recoger pelotas. Un hombre practicaba desde el tee de entrenamiento. Estaba bastante lejos, a nuestra izquierda; yo oía el golpe seco del palo, y luego el siseo de las bolas al describir un arco en el crepúsculo y llegar hasta nosotros botando. La noche anterior, en casa, mi padre y mi madre habían estado hablando de las elecciones presidenciales. Eran demócratas. También sus familias lo habían sido. Pero mi padre dijo que estaba considerando la idea de votar a los republicanos. Nixon —dijo— era un buen abogado. No era un hombre atractivo, pero se mantendría firme frente a los sindicatos.

Mi madre se echó a reír y se tapó los ojos con las manos como si no quisiera verlo.

—¡Oh, no! ¿También tú, Jerry? —dijo—. ¿Te estás volviendo un defensor de la mano dura contra los sindicatos?

Bromeaba. No creo que le importara mucho por quién votara mi padre, y nunca hablaban de política. Estábamos en la cocina y nos disponíamos a cenar.

—Parece que las cosas han ido demasiado lejos en cierta dirección —dijo mi padre. Puso una mano a cada lado del plato. Oí cómo respiraba. Seguía con sus ropas de golf: pantalones verdes y camisa amarilla de nylon con el emblema rojo del club. Había habido una huelga ferroviaria aquel verano, pero él no había hecho comentarios sobre los sindicatos, ni yo creía que la situación nos hubiera afectado.

Mi madre estaba de pie junto al fregadero, secándose las manos.

—Tú eres un trabajador. Yo no —dijo—. Te lo recuerdo, eso es todo.

—Me gustaría que hubiera un Roosevelt a quien votar —dijo mi padre—. El *entendía* este país.

—Eran otros tiempos —dijo mi madre, y se sentó frente a él, al otro lado de la mesa metálica. Llevaba un vestido de cuadros azules y blancos y un delantal—. Entonces todo el mundo tenía miedo, y también nosotros. Ahora todo va mejor. Parece que lo olvidas.

—No olvido nada —dijo mi padre—. Pero, lo que ahora me interesa es pensar en el futuro.

—Bueno —dijo ella. Y le sonrió—. Eso está muy bien. Me alegra oírlo. Seguro que Joe también se alegra.

Luego cenamos.

A la tarde siguiente, sin embargo, mientras estábamos en la linde del terreno de prácticas, junto a los sauces y el río, el humor de mi padre era distinto. Aquella semana no había dado ninguna clase, pero no estaba tenso, ni parecía furioso contra nada. Fumaba un cigarrillo, algo que hacía sólo en contadas ocasiones.

—Es una pena no trabajar cuando hace buen tiempo —dijo, y sonrió. Sacó una pelota de golf de su cesta, se echó hacia atrás y la lanzó a través de las ramas de los sauces hacia el río, donde golpeó contra el barro sin ruido—. ¿Cómo te va el fútbol? —me preguntó—. ¿Crees que serás el próximo Bob Waterfield?

—No —dije yo—. No lo creo.

—Yo tampoco seré el próximo Walter Hagen —dijo él. Le gustaba Walter Hagen. Tenía su foto, con sombrero de ala ancha y un grueso abrigo, riendo hacia la cámara mientras se disponía a lanzar un drive en un terreno cubierto de nieve, y la había pegado en el interior de la puerta del armario de su dormitorio.

Estaba de pie mirando al golfista solitario que practicaba lanzando pelotas al fairway. Veíamos a lo lejos su silueta.

—Ahí tienes a un tipo que golpea bien la bola —dijo mi padre, mirando cómo echaba hacia atrás con suavidad el palo y ejecutaba luego el barrido en arco del *swing*—. No se arriesga. Primero coloca la bola en medio del fairway, y después calibra su margen de error. Deja que los demás fallen. Es lo que hacía Walter Hagen. El triunfo le llegaba como algo natural.

—¿A ti no te pasa lo mismo? —pregunté, porque era lo que mi madre decía, que mi padre nunca había necesitado practicar.

—Sí —dijo mi padre, fumando—. Siempre se me ha dado bien. Y probablemente eso no es bueno.

—No me gusta el fútbol —dije.

Mi padre me miró, y luego dirigió la vista hacia el oeste, donde el fuego oscurecía el sol y le daba una tonalidad violácea.

—A mí sí me gustaba —dijo en un tono como de ensueño—. Hacerme con la pelota y correr por el campo regateando a los contrarios... eso me gustaba.

—A mí no se me da muy bien regatear —dije yo. Quería decírselo porque esperaba que él me contestara que dejara el fútbol y me dedicara a otro deporte. Me gustaba el golf, y me hubiera hecho feliz poderlo practicar.

—Pero no iba a renunciar al golf, claro —dijo él—. Aunque seguramente no soy lo bastante cauto para este juego.

Ya no me escuchaba, pero no se lo tuve en cuenta.

A lo lejos, en el tee de prácticas, oí un golpe seco y vi cómo el golfista lanzaba la pelota al aire del atardecer. Hubo un silencio mientras mi padre y yo esperábamos a que la pelota golpeará el suelo y rebotara. Pero, en lugar de hacerlo, la pelota golpeó

a mi padre, lo alcanzó en el hombro, en la parte alta del brazo; un golpe no muy fuerte, no lo bastante fuerte para hacerle daño.

Mi padre dijo:

—¡Santo Dios! ¿Has visto?

Miró hacia la pelota, que estaba a su lado en el suelo, y luego se frotó el brazo. Vimos cómo el golfista se dirigía hacia el edificio del club, con su driver balanceándose a un costado como un bastón. No tenía la menor idea de adónde iban a parar las pelotas que lanzaba. Ni por asomo imaginaba que una de ellas había golpeado a mi padre.

Mi padre siguió allí, viendo cómo el hombre desaparecía en el interior del largo edificio blanco del club. Y permaneció de pie unos instantes más, como escuchando algo que yo no podía oír —risas, quizá, o una música lejana—. Siempre había sido un hombre feliz, y pienso que a lo mejor no hacía sino esperar algo que le hiciera sentirse de nuevo en su estado natural.

—Si no te gusta el fútbol —y de pronto me miró como si acabara de acordarse de mi existencia—, déjalo. Podrías practicar el lanzamiento de jabalina. Ese deporte te llena, es como si hubieras conseguido algo. Yo lo practiqué un tiempo.

—De acuerdo —dije. Y me puse a pensar en el lanzamiento de jabalina; cuánto pesaría una jabalina y de qué estaría hecha y lo que me costaría llegar a lanzarla correctamente.

Mi padre miraba ahora hacia un cielo oscuro y hermoso y lleno de tonalidades de color.

—Hay fuego allí a lo lejos, ¿te das cuenta? Lo huelo desde aquí.

—Yo también —dije yo, mirando hacia el horizonte.

—Tienes una mente clara, Joe —dijo. Me estaba mirando—. Nada malo te ha de suceder.

—Eso espero —dije.

—Así me gusta —dijo él—. Yo también lo espero. Y seguimos recogiendo pelotas mientras poco a poco nos dirigíamos hacia el edificio del club.

Cuando llegamos a la tienda vimos que había luz en el interior, y a través de los ventanales vi a un hombre sentado en una silla plegable, fumando un cigarro puro. Vestía traje de calle, pero llevaba zapatos de golf marrones y blancos y una chaqueta de deporte encima del hombro.

Al entrar mi padre y yo con las cestas de las pelotas, el hombre se levantó. Me llegó el aroma del cigarro y el olor a limpio de los artículos de golf sin estrenar.

—¡Hola, Jerry! —dijo el hombre, sonriendo y tendiendo la mano hacia mi padre—, ¿qué tal lo he hecho ahí fuera?

—No me di cuenta de que era usted —dijo mi padre, y sonrió mientras le

estrechaba la mano—. Tiene un *swing* de primera. Puede presumir de ello.

—Pero no tengo mucha puntería —dijo el hombre, y se puso el cigarro en la boca.

—Eso le pasa a todo el mundo —dijo mi padre, y me atrajo hacia su lado—. Éste es mi hijo Joe, Clarence. Te presento a Clarence Snow, Joe. Es el presidente del club. Y el mejor golfista de estos pagos.

Nos dimos la mano. Clarence Snow era un cincuentón de dedos largos, huesudos y fuertes. Como los de mi padre. Pero no me estrechó la mano con fuerza.

—¿Quedan bolas por recoger, Jerry? —dijo Clarence Snow, pasándose la mano por el pelo fino y negro y dirigiendo la mirada hacia el campo oscurecido.

—Sí, bastantes —dijo mi padre—. Ya no veíamos nada.

—¿También tú juegas al golf, hijo? —dijo, sonriéndome, Clarence Snow.

—Es bueno —dijo mi padre sin darme tiempo a responder.

Se sentó en la otra silla de tijera —tenía debajo de ella sus zapatos de calle— y empezó a desanudarse los zapatos blancos de golf. Llevaba unos calcetines amarillos que dejaban al descubierto sus tobillos pálidos, sin vello, y miraba a Clarence Snow mientras se soltaba los cordones.

—Tengo que hablar con usted, Jerry —dijo Clarence. Me dirigió una mirada rápida y aspiró con fuerza por la nariz.

—Muy bien —dijo mi padre—. ¿Podemos dejarlo para mañana?

—No —dijo Clarence Snow—, ¿quiere acercarse a mi despacho?

—Sí, claro —dijo mi padre. Se había quitado los zapatos de golf; levantó un pie y se dio un masaje, y luego se estrujó los dedos—. Las herramientas de la ignorancia —dijo, y me sonrió.

—No nos llevará mucho tiempo —dijo Clarence Snow. Luego salió por la puerta delantera y nos dejó a mi padre y a mí solos en la tienda iluminada.

Mi padre se echó hacia atrás en la silla, estiró las piernas y movió los dedos dentro de los calcetines.

—Va a despedirme —dijo—. Ya lo verás.

—¿Por qué dices eso? —dije. Estaba impresionado.

—Tú no entiendes de estas cosas, hijo —dijo él—. Me han despedido otras veces. Siempre hay algo que te hace adivinarlo.

—¿Y por qué va a despedirte? —dije.

—Puede que piense que me he follado a su mujer —dijo mi padre. Nunca le había oído decir nada semejante, y me quedé turbado. Mi padre estaba mirando por la ventana hacia la oscuridad—. Claro que ni siquiera sé si está casado. —Empezó a ponerse los zapatos de calle, unos mocasines negros, nuevos, relucientes, de suela gruesa—. O puede que le haya ganado demasiado dinero a alguno de sus amigos. No necesita ningún motivo. —Deslizó los zapatos blancos debajo de la silla y se puso en pie—. Espérame aquí —dijo. Y supe que estaba furioso, y que no quería que me diera

cuenta. Le gustaba hacerme creer que todo marchaba perfectamente y que la gente debía sentirse feliz—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dije.

—Piensa en alguna chica guapa mientras tanto —dijo, y me sonrió.

Luego, caminando como al desgaire, salió de la pequeña tienda y se dirigió hacia las oficinas del club, y me dejó solo entre las ringleras de plateados palos de golf y bolsas de piel y zapatos y cajas de pelotas... los otros útiles del oficio de mi padre, silenciosos y quietos a mi alrededor como tesoros.

Cuando al cabo de unos veinte minutos volvió a la tienda, su paso era más rápido que al marcharse. Llevaba un papel amarillo en el bolsillo de la camisa, y su cara estaba tensa. Yo estaba sentado en la silla que había ocupado Clarence Snow. Mi padre recogió sus zapatos blancos de la moqueta verde, se los puso bajo el brazo y fue hasta la caja registradora y empezó a sacar dinero de los departamentos.

—Tenemos que irnos —dijo con voz suave. Se metía los billetes en el bolsillo del pantalón.

—¿Te ha despedido? —le pregunté.

—Sí, me ha despedido —dijo él. Se quedó quieto un instante tras la caja registradora abierta, como si aquellas palabras le hubieran sonado extrañas, o tuvieran otro sentido diferente. Parecía un chico de mi edad que estuviera haciendo algo que no debía y tratara de hacerlo sin darle mucha importancia. Aunque pensé que tal vez Clarence Snow le había dicho que vaciara la caja antes de marcharse, y que se quedara con todo el dinero que encontrara—. Se acabó la buena vida, supongo —dijo. Y luego añadió—: Mira todo esto, Joe. A ver si ves algo que te guste. —Miró los palos y las bolsas de piel y los zapatos y las vitrinas con chandals y ropas de deporte. Cosas que costaban mucho dinero, que a mi padre le gustaban—. Vamos, cógelo —dijo—. Es tuyo.

—No quiero nada —dije.

Mi padre me miró desde detrás de la caja registradora.

—¿No quieres nada? ¿De todas estas cosas tan caras?

—No, no quiero nada.

—Tienes buen carácter, ése es tu problema. Aunque no es que sea un gran problema... —Cerró la caja registradora—. La mala suerte tiene un sabor amargo, ¿no te parece?

—Sí —dije.

—¿Quieres saber lo que me ha dicho?

Apoyó las palmas sobre el cristal que recubría el mostrador y me sonrió como si el asunto tuviera gracia.

—¿Qué? —dije.

—Me ha dicho que no me exigía una respuesta, pero que pensaba que les estaba

robando. Algún patán perdió la cartera en el campo, y no se les ocurre nadie más que pudiera haberlo hecho. Así que me han elegido a mí. —Sacudió la cabeza—. No soy ladrón. Lo sabes, ¿verdad? Robar no es uno de mis defectos.

—Lo sé —dije. Y creía lo que decía. Pensé que hasta yo podría ser más proclive al robo que mi padre, y eso que no lo era en absoluto.

—La gente me tenía demasiada simpatía, ése ha sido mi problema —dijo—. Si ayudas a la gente, acabas por no gustarles. Son como mormones.

—Supongo que sí —dije.

—Cuando te hagas mayor... —dijo mi padre, pero de pronto dejó a medias lo que estaba a punto de decirme—. Si quieres saber la verdad, no hagas caso de lo que te diga la gente —añadió luego.

Rodeó la caja registradora y se acercó con los zapatos bajo el brazo y los bolsillos del pantalón llenos de billetes.

—Vámonos —dijo.

Fue hasta la entrada y apagó la luz, abrió la puerta y la mantuvo abierta para dejarme pasar, y salimos a la cálida noche de verano.

Volvimos cruzando el río y entramos en Great Falls, y cuando subíamos por Central Avenue mi padre se detuvo en el supermercado, a una manzana de casa, compró una lata de cerveza y se sentó en el coche con la puerta abierta. Con la puesta del sol había refrescado; era como una noche de otoño, aunque el aire era seco y el cielo estaba azul y lleno de estrellas. El aliento de mi padre olía a cerveza, y yo sabía que estaba pensando en la conversación que tendría con mi madre al volver a casa.

—¿Sabes lo que pasa —dijo— cuando te pasa lo que menos querías que te pasara?

Estábamos sentados en el coche, y nos iluminaba el resplandor del pequeño supermercado. El tráfico se deslizaba a nuestra espalda por Central Avenue; la gente volvía a casa del trabajo con las cosas que quería hacer en la cabeza, con sus afanes más inmediatos.

—No —dije. Estaba pensando en el lanzamiento de jabalina; en un lanzamiento alto y curvo en el aire claro, y en la jabalina cayendo como una flecha, y en mi padre lanzándola cuando tenía mi edad.

—Nada en absoluto —dijo, y se quedó callado unos instantes. Alzó las rodillas y sostuvo la lata con las dos manos—. Quizá deberíamos ponernos a cometer desmanes. Atracar ese supermercado o algo parecido. Y mandarlo todo al diablo.

—Yo no quiero hacer nada de eso —dije.

—Puede que sea un estúpido —dijo mi padre; sacudió la lata de cerveza y se oyó una suave efervescencia en su interior—. Mis posibilidades no parecen muchas en este preciso momento. —Se quedó callado unos instantes—. ¿Quieres a tu padre? —dijo al cabo de unos segundos, con voz normal.

—Sí.

—¿Crees que voy a cuidar bien de ti?

—Sí. Lo creo.

—Lo haré.

Mi padre cerró la puerta del coche y se quedó un momento mirando por el parabrisas hacia el supermercado, hacia los clientes que se movían de un lado a otro tras las lunas del escaparate.

—Las opciones no siempre se nos presentan exactamente como tales —dijo. Luego arrancó, y puso su mano encima de la mía, como uno haría con una chica—. No te preocupes por nada —dijo—. Ahora ya estoy tranquilo.

—No estoy preocupado —dije.

Y era cierto, porque pensaba que las cosas iban a irnos bien. Y aunque me equivocaba, seguía siendo un buen modo de mirar hacia lo desconocido cuando uno se halla a punto de encararlo.

Después de aquella noche de principios de septiembre las cosas —en nuestra vida — empezaron a ir más rápidas, y a cambiar. Cambió nuestra vida en casa. Cambió la vida que mi madre y mi padre llevaban. El mundo, pese a lo poco que yo había pensado en él o planeado acerca de él, cambió. Cuando uno tiene dieciséis años no sabe lo que sus padres saben, ignora mucho de lo que entienden, y más aún de lo que pueda haber en su corazón. Ello puede salvarte de hacerte adulto demasiado pronto, evitar que tu vida llegue a ser tan sólo una repetición de la suya, lo que siempre implica una pérdida. Pero escudarte en ti mismo —cosa que yo no hice— parece un error aún más grave, pues lo que pierdes es la verdad de la vida de tus padres y lo que deberías pensar acerca de ella, y —más allá incluso— la justa valoración del mundo en que estás a punto de integrarte.

La noche en que mi padre volvió a casa después de perder su trabajo en el Wheatland Club, le contó a mi madre el incidente abiertamente y ambos actuaron como si de una broma se tratara. Mi madre no se enfadó, ni pareció molestarse, ni le preguntó por el motivo del despido. Los dos rieron al respecto. Durante la cena, mi madre permaneció sentada a la mesa en actitud pensativa. Dijo que no podría conseguir una sustitución hasta final de curso, pero que iría a presentar la solicitud ante la junta del colegio. Dijo que habría quien ofrecería trabajo a mi padre en cuanto se enterase de que estaba libre, y que en realidad se trataba de una oportunidad encubierta —el designio secreto por el cual los tres estábamos allí—, y que la gente de Montana no sabía reconocer el oro cuando lo tenía a un palmo de la vista. Y sonrió a mi padre al decirlo. Dijo que yo podía ponerme a trabajar, y yo dije que lo haría. Dijo que ella quizá podría hacer carrera en algún banco, pero que antes tendría que acabar sus estudios universitarios. Y se echó a reír. Y luego dijo:

—Puedes hacer otras cosas, Jerry. Quizá ya hayas jugado bastante al golf en tu vida.

Después de la cena, mi padre fue a la sala y se puso a escuchar las noticias de una emisora de Salt Lake que conseguíamos sintonizar al caer la noche, y luego se quedó dormido en el sofá vestido con su ropa de golf. Más tarde, avanzada la noche, se fueron a su habitación y cerraron la puerta. Les oí hablar. Oí cómo mi madre se reía de nuevo. Y cómo mi padre, luego, decía en voz alta, sin dejar de reírse:

—No me amenes. A mí no se me puede amenazar.

Al rato mi madre dijo:

—Han herido tus sentimientos, Jerry. Eso es todo.

Luego oí correr el agua en la bañera, y supe que mi padre se había sentado en el cuarto de baño a charlar con mi madre mientras ella se bañaba (algo que a él le gustaba mucho hacer). Y luego oí cómo cerraban la puerta y apagaban la luz, y finalmente la casa quedó envuelta en el silencio.

A partir de entonces, y durante un tiempo, mi padre no pareció interesarse por encontrar otro trabajo. Al cabo de unos días llamaron del Wheatland Club; un hombre que no era Clarence Snow dijo que alguien había cometido un gran error. Hablé yo con el hombre, y me dijo que hiciera llegar a mi padre aquel mensaje. Pero mi padre no llamó al club. También le llamaron de la base, y él volvió a declinar la oferta. Sé que no dormía bien. Por la noche oía puertas que se cerraban y vasos que entrechocaban. Algunas mañanas miraba por la ventana de mi cuarto y lo veía en el jardín trasero, practicando en el aire frío con un driver, lanzando una pelota de plástico desde la linde de nuestra parcela a la siguiente, caminando con su largo y ágil paso como si nada le preocupara. Otros días, a la salida de clase, me llevaba a dar largos paseos en coche, a Highwood y a Belt y a Geraldine, poblaciones situadas al este de Great Falls, y me dejaba conducir por las carreteras entre los campos de trigo, donde mi inexperiencia no suponía un peligro para nadie. Y una vez cruzamos el río y fuimos hasta Fort Benton, y nos quedamos sentados en el coche mirando a los golfistas jugar en el diminuto campo de la parte alta de la ciudad.

Al cabo de un tiempo mi padre empezó a salir de casa por la mañana como si fuese a trabajar. Y aunque no sabíamos adónde iba, mi madre dijo que creía que iba al centro, y que había perdido trabajos otras veces y que era algo que siempre le hacía obrar de un modo extraño durante un tiempo, pero que finalmente haría frente a las cosas y volvería a ser feliz. Mi padre empezó a llevar diferentes tipos de ropa — pantalones caqui y camisas de franela, ropas que yo veía en la gente normalmente—, y dejó de hablar de golf. A veces hablaba de los incendios, que a finales de septiembre seguían asolando los cañones más arriba de Alien Creek y Castle Reef, nombres que yo había leído en el *Tribune*. Pero entonces lo hacía de forma más lacónica. Me dijo que el humo de aquel fuego recorría el mundo en cinco días, y que la madera quemada habría bastado para construir cincuenta mil ciudades del tamaño de la nuestra. Un viernes fui con él a los combates de boxeo del City Auditorium, a ver pelear a los chicos de Havre contra los de Glasgow, y luego, ya en la calle, vimos el resplandor nocturno de los incendios, pálido en las nubes como lo habíamos visto en los meses de verano. Y mi padre dijo:

—Ahora, aunque lloviera allá arriba, en los cañones, el fuego no se apagaría. Quedaría latente, sin llama, y luego volvería a levantarse. —Parpadeó. El público del

boxeo se abría paso a nuestro alrededor—. Pero aquí estamos nosotros —dijo, y sonrió—. A salvo en Great Falls.

Fue en aquel tiempo cuando mi madre empezó a buscar trabajo. Dejó una instancia en el colegio. Trabajó dos días en una boutique, y se despidió.

—Me faltan amistades poderosas e influyentes —me dijo en broma.

Pero era cierto que no conocíamos a nadie en Great Falls. Mi madre conocía a los dueños del supermercado y la farmacia, y mi padre a la gente del Wheatland Club. Pero ninguna de esas personas vino nunca a nuestra casa. Pienso que podríamos habernos mudado a algún lugar que ellos hubieran conocido antes: hacer las maletas e irnos de Great Falls. Pero nadie mencionó siquiera esa posibilidad. Era como si los tres estuviéramos esperando algo. Fuera, los árboles amarilleaban y las hojas caían sobre los coches aparcados junto al bordillo. Era mi primer otoño en Montana, y tenía la impresión de que en nuestro barrio los árboles hacían que aquello pareciera un estado del Este y no se ajustara en absoluto a la idea que yo tenía de Montana. Lo que yo había esperado era una total ausencia de árboles; sólo la pradera abierta, la tierra y el cielo uniéndose más allá casi de donde la vista alcanza.

—Podría dar clases de natación —me dijo mi madre una mañana. Mi padre había salido temprano y yo buscaba mis libros por la casa. Ella estaba de pie tomando café, mirando por la ventana, con su albornoz amarillo—. Una señora de la Cruz Roja me ha dicho que si consigo un empleo de profesora, me permitirían también dar clases particulares. —Me sonrió y cruzó los brazos—. Sigo siendo socorrista.

—Sería estupendo —dije.

—Podría volver a intentar que papá aprendiera a nadar espalda —dijo. Mi madre me había enseñado a nadar, y era una buena profesora. Había tratado de enseñar a mi padre el estilo espalda cuando vivíamos en Lewiston, pero mi padre, pese a sus esfuerzos, había fracasado, y ella solía bromear acerca de ello—. La señora me ha dicho que la gente de Montana quiere aprender a nadar. ¿Por qué crees que será? Estas cosas siempre suelen significar algo.

—No sé. ¿Qué significa? —dije, con los libros en la mano.

Mi madre se rodeó el torso con los brazos y se balanceó un poco mientras miraba por la ventana hacia la calle.

—Bueno, pues que nos va a arrastrar a todos una gran liada. Aunque yo no lo creo. No. A algunos *no* nos arrastrará: saldremos a flote. Mucho mejor, ¿no? —dijo, y tomó un sorbo de café.

—Para la gente como es debido debería haber un final feliz —dije.

—Muy sencillo —dijo ella—, pero no toda la gente diría lo mismo.

Se volvió y fue hacia la cocina a prepararme el desayuno.

Días después, mi madre entró a trabajar de profesora en la Asociación de Jóvenes Cristianas de Great Falls, en el edificio de ladrillo de la Second Street North, cerca del Palacio de Justicia. Iba a pie desde casa, con su bañador en la cartera, algo de comida para el almuerzo y cosas para maquillarse antes de volver a casa por la tarde. Mi padre dijo que se alegraba, si era eso lo que ella quería hacer, y que yo también debería buscar algún trabajo. Pero no habló de sí mismo, ni explicó en qué empleaba el tiempo ni lo que pensaba sobre nuestro futuro ni cuáles eran sus planes al respecto. Y a mí me parecía lejano, fuera de mi alcance, como si hubiera descubierto algún secreto que no quisiera revelar. En cierta ocasión, al volver del entrenamiento de fútbol, lo vi en el Jack and Jill Cafe, sentado en la barra con un café y un trozo de tarta. Llevaba una camisa roja de cuadros y una gorra de punto, y no se había afeitado. A su lado, leyendo el *Tribune* en un taburete, había un hombre que yo no conocía. Parecían estar juntos. En otra ocasión, un día de fuerte viento, lo vi saliendo del Palacio de Justicia. Llevaba una chaqueta de lana y un libro en la mano. Dobló la esquina de la biblioteca y desapareció. No lo seguí. Y una tercera vez lo vi entrar en el Pheasant Lounge, un bar —según había oído— frecuentado por la policía municipal. Era mediodía, mi hora del almuerzo, y no pude quedarme a ver más.

Cuando le conté a mi madre que le había visto esas tres veces, me dijo:

—Aún no ha podido encontrar otro trabajo. Pero todo acabará por arreglarse. No es culpa suya.

Pero a mí no me parecía que las cosas fueran bien. No creo que mi madre, entonces, supiera mucho más que yo. Le extrañaba su actitud, simplemente. Confiaba en él y estaba dispuesta a concederle más tiempo. Pero yo me preguntaba si habían tenido algún problema que yo no conocía, o si siempre había habido entre ellos cierto distanciamiento y yo no me había dado cuenta. Lo que sé es que a veces, por la noche, cuando habían cerrado ya la puerta de su cuarto y yo estaba en la cama a la espera de que me llegara el sueño, atento al sonido del viento, oía cómo su puerta se abría y cerraba quedamente, y cómo mi madre salía y se hacía la cama en el sofá de la sala. Y una vez, cuando ella dejaba el cuarto, oí que mi padre decía:

—Ahora has cambiado de forma de pensar, ¿eh, Jean?

Y mi madre respondía:

—No.

Y la puerta se cerró y ya no oí nada más. Ellos suponían —creo— que yo no sabía nada de esto, e ignoro qué se pudieron haber dicho o hecho el uno al otro en ese tiempo. El caso es que nunca hubo discusiones o gritos. Simplemente no pasaban la noche juntos, aunque durante el día, cuando yo estaba presente y la vida tenía que seguir su curso normalmente, no se notaba nada extraño entre ellos. Entraban y salían, y eso era todo. Nada hacía sospechar que hubiera desavenencias o problemas. Hoy sé que los había, y que mi madre —fueran cuales fueren sus razones— empezó a

alejarse de mi padre en esa época.

Tiempo después dejé de jugar al fútbol americano. Quería encontrar un trabajo, aunque tenía pensado que cuando llegara la primavera, si aún seguíamos en Great Falls, me pondría a practicar el lanzamiento de jabalina, como mi padre me había sugerido. Saqué de la biblioteca *Pistas y campos para jóvenes campeones*, y en el cuarto de material del sótano del colegio encontré y examiné dos jabalinas de madera, apoyadas contra el muro de hormigón en medio de las sombras. Eran lisas y pulidas, y más gruesas de lo que yo había imaginado. Aunque, al levantar una de ellas, me pareció ligera y perfecta para el uso al cual estaba destinada. Y pensé que sí sería capaz de lanzarla, y que ello podría constituir una destreza —peculiar, es cierto— en la que tal vez descollaría un día y de la que mi padre se enorgullecería.

Yo no tenía amigos en Great Falls. Los chicos del equipo de fútbol vivían lejos de mi barrio o al otro lado del río, en Black Eagle. En Lewiston sí había tenido amigos, en especial una novia llamada Iris, que iba al colegio católico y con quien me había escrito varias veces desde que mis padres y yo nos mudamos a Great Falls en la primavera. Pero se había ido a pasar el verano a Seattle y no había vuelto a escribirme. Su padre era oficial del ejército, y puede que también se hubieran mudado a otro sitio. No había pensado en ella en algún tiempo, y en realidad no me importaba demasiado. En aquella época debería haberme preocupado por más cosas —otra novia, libros—, o haber tenido ideas de algún tipo. Pero lo único que ocupaba mi atención eran mi madre y mi padre, y en el tiempo que ha transcurrido desde entonces he caído en la cuenta de que éramos una familia que nunca tuvo otras preocupaciones.

Encontré un trabajo en el estudio de un fotógrafo, en la Tercera avenida. En él se hacían fotografías de la gente de la base aérea, de peticiones de mano y grupos escolares; mi cometido, al salir de clase, era limpiar y poner las cosas en orden, cambiar las bombillas de los focos, disponer los decorados y dejar el mobiliario listo para el día siguiente.

Terminaba de trabajar a las cinco, y a veces, camino de casa, pasaba por la Asociación de Jóvenes Cristianas, me deslizaba por la puerta trasera y bajaba hasta la larga sala de azulejos de la piscina, donde mi madre enseñaba a nadar a los adultos también hasta las cinco, y de cinco a seis quedaba libre para dar clases particulares. Solía situarme de pie en un extremo del recinto, tras las gradas vacías, y me ponía a observarla, a oír su voz, que impartía instrucciones en tono vivo, feliz, de aliento. Ella se situaba a un costado de la piscina, con su piel pálida y su bañador negro, y realizaba movimientos natatorios con los brazos para mostrar a sus alumnos —que atendían de pie en el extremo poco profundo del agua— cómo hacerlo. La mayoría de ellos eran mujeres muy mayores, y hombres también viejos con cabezas calvas y

llenas de pecas. De cuando en cuando metían la cara en el agua y hacían los movimientos que ella había hecho —lentas, vivas brazadas— sin llegar a nadar realmente, sin avanzar en ningún momento, inmóviles, con los pies pisando fondo, simulando.

—Es tan fácil —le oía decirles con su voz clara y alegre mientras sus brazos rasgaban el aire denso—. No tengan miedo. Es divertido. Piensen en todo lo que se han estado perdiendo. —Cuando veía que levantaban las caras, chorreando agua y parpadeando, y algunos de ellos tosiendo, les sonreía. Y luego decía—: Mírenme a mí.

Se ajustaba el gorro de baño, juntaba las manos por encima de la cabeza, doblaba las rodillas y se zambullía en el agua; tras deslizarse bajo la superficie unos instantes, volvía a aparecer y nadaba doblando los brazos y uniendo los dedos, primero, y rompiendo el agua y avanzando luego con fáciles movimientos. Hacía un largo y volvía, y los ancianos —rancheros, supongo, y mujeres divorciadas de granjeros— la miraban con envidia y en silencio. Yo la observaba, y mientras lo hacía pensaba que cualquiera que la viera, no mi padre o yo sino alguien que no la hubiera visto nunca antes, se llevaría una impresión equivocada. Quiero decir que se diría: «He ahí una mujer feliz»; o: «He ahí una mujer con una bonita figura»; o: «He ahí una mujer a quien me gustaría conocer mejor, aunque jamás podré hacerlo...». Y me decía a mí mismo que mi padre no era ningún estúpido, y que el amor era permanente, por mucho que a veces pareciera recular y no dejar huellas.

El primer martes de octubre, la víspera del comienzo de la liga profesional de béisbol, mi padre volvió a casa después del anochecer. El tiempo era frío y seco, y al entrar por la puerta de atrás tenía los ojos brillantes y la cara congestionada, como si hubiera estado corriendo.

—Mira quién llega —dijo mi madre; lo dijo, sin embargo, en tono amable. Cortaba tomates junto a la pila, y volvió la cabeza hacia él y sonrió.

—Tengo que hacerme la maleta —dijo mi padre—. No voy a cenar aquí, Jean.

Fue directamente a su dormitorio. Yo estaba sentado junto a la radio, esperando las noticias del béisbol, y le oí abrir el armario y mover las perchas de los abrigos.

Mi madre me miró, y luego habló hacia el pasillo con voz tranquila:

—¿Adónde vas, Jerry?

Tenía el cuchillo de pelar en la mano.

—A los incendios —dijo mi padre en voz alta desde el cuarto. Estaba muy excitado—. He estado esperando mi oportunidad. Acabo de enterarme hace media hora de que hay un puesto. No lo esperabais, lo sé.

—¿Sabes algo de incendios? —dijo mi madre. Seguía mirando hacia la puerta, como si mi padre estuviera en el umbral—. Yo sí —dijo—. Mi padre era tasador. ¿No

te acuerdas?

—Tuve que mover algunos hilos —dijo mi padre. Yo sabía que estaba sentado en la cama poniéndose otros zapatos. Había encendido la luz cenital y sacado la maleta—. No es fácil conseguir este trabajo.

—¿Me has oído? —dijo mi madre. Tenía una expresión de impaciencia en el semblante—. No sabes nada de incendios. Vas a acabar abrasado.

Miró hacia la puerta de atrás, que mi padre había dejado entreabierta, pero no fue a cerrarla.

—He leído sobre incendios en la biblioteca —dijo mi padre. Recorrió el pasillo y entró en el cuarto de baño; encendió la luz y abrió el botiquín—. Creo que sé lo bastante para no morir quemado.

—¿Y no podías haberme dicho algo? —dijo mi madre.

Oí cómo mi padre cerraba el botiquín, y le vi aparecer en el umbral de la cocina. Parecía diferente. Parecía estar seguro de tener razón.

—Debí hacerlo —dijo—. Pero no lo hice.

Tenía en la mano una bolsa con sus útiles de afeitar.

—No vas a ir —dijo mi madre. Miró a mi padre de frente, desde el otro extremo de la cocina, por encima de mi cabeza, y parecía sonreír—. Es una idea estúpida —dijo, y sacudió la cabeza.

—No lo es —dijo mi padre.

—Es algo que no te incumbe —dijo mi madre. Levantó el faldón de su delantal azul y se secó las manos, aunque no creo que las tuviera mojadas. Estaba nerviosa—. No tienes por qué hacerlo. Ahora trabajo yo.

—Lo sé —dijo mi padre. Se volvió y fue de nuevo a su habitación. Yo hubiera querido irme a otra parte, pero no veía ningún sitio mejor porque quería oír lo que decían—. Vamos a cavar cortafuegos allá arriba —dijo mi padre desde el cuarto. Oí cómo encajaban los cierres de su maleta, una maleta de piel blanda que su padre le había regalado cuando fue a la universidad—. Tú no corres ningún peligro.

—No, pero podría morirme mientras estás fuera —dijo mi madre. Se sentó a la mesa metálica y se quedó mirándole con fijeza. Estaba furiosa. Se le endureció el gesto de la boca—. Tienes un hijo —dijo.

—No estaré fuera mucho tiempo —dijo mi padre—. Pronto nevará, y todo habrá pasado. —Me miró—. ¿Tú qué dices, Joe? ¿Te parece una mala idea?

—No —dije. Y lo dije con demasiada rapidez, sin pensar en lo que significaba para mi madre.

—Tú también lo harías, ¿no es verdad? —dijo mi padre.

—¿Te gustaría que tu padre se abrasara allá arriba y jamás volvieras a verle? —me preguntó mi madre—. ¿Y que tú y yo nos fuéramos al diablo de cabeza? ¿Qué te parecería?

—No digas eso, Jean —dijo mi padre. Avanzó, puso la maleta sobre la mesa, se arrodilló junto a mi madre y trató de rodearla con los brazos. Pero ella se levantó de la silla y retrocedió hasta donde había estado cortando tomates, y cogió el cuchillo y lo blandió en dirección a él, que seguía arrodillado junto a la silla vacía.

—Soy una mujer adulta —dijo, y ahora estaba muy furiosa—. ¿Por qué no te comportas como un adulto, Jerry?

—No hay explicación para todo —dijo mi padre.

—Para mí sí la hay —dijo mi madre.

Bajó el cuchillo. Salió de la cocina y entró en su dormitorio —donde en los últimos tiempos no había dormido con mi padre— y cerró la puerta a su espalda.

Mi padre me miró; seguía junto a la silla que había ocupado mi madre.

—Supongo que no estoy del todo en mis cabales —dijo—. ¿Es eso lo que piensas, Joe?

—No —dije—. Creo que sí lo estás.

Y lo pensaba de verdad. Y pensaba también que ir a combatir el fuego era una buena idea aunque corriese el riesgo de morir a causa de su inexperiencia. Pero no quise decírselo, porque no sabía cómo podría sentirse si se lo decía.

Salí con mi padre a la calle oscura y caminamos en dirección al Templo Masónico de Central Avenue. En la esquina de la Tercera estaba aparcado un autobús escolar amarillo del condado de Cascade, y en la acera había grupos de hombres preparados para partir. Algunos de ellos eran vagabundos. Lo supe por sus zapatos y abrigos. Pero otros eran personas normales y corrientes, gente —supuse— que se había quedado sin trabajo. Un grupo de tres mujeres esperaba también bajo una farola. Y dentro del autobús, a oscuras, había varios indios sentados en los asientos. Vi sus caras redondas y sus cabellos lacios, con gafas que al moverse lanzaban destellos en la oscuridad. Nadie subiría al autobús antes de tiempo estando ellos. Algunos de los hombres de la acera estaban bebiendo, y en el aire de la noche había olor a *whisky*.

Mi padre puso su maleta en el montón de equipajes que había junto al autobús, y luego volvió y se quedó a mi lado. En el Templo Masónico —cuya alta escalinata daba a una gran puerta de cristal— estaban encendidas todas las luces. Varios hombres, en su interior, miraban hacia la calle. Uno de ellos —el hombre al que había visto con mi padre en el Jack and Jill— tenía en las manos un tablero de pinzas y hablaba con un indio que estaba a su lado. Mi padre le dirigió un gesto de saludo.

—La gente cataloga a los demás —dijo mi padre—. Pero no debería hacerlo. Tendrían que enseñarlo en la escuela.

Miré a los hombres que había a mi alrededor. La mayoría de ellos no iban demasiado abrigados, y desplazaban su peso de un pie a otro sobre la acera. Parecían hombres habituados al trabajo duro, aunque no demasiado contentos de ir a luchar

contra el fuego en mitad de la noche. Ninguno me dio la sensación de tener el talante de mi padre, que parecía deseoso de hacerlo.

—¿Qué es lo que vais a hacer? —dije.

—Trabajar en los cortafuegos —dijo mi padre—. Se cavan largas zanjas que el fuego no puede cruzar. Pero no sé mucho más, si quieres que te diga la verdad. —Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y encogió el cuello para darse calor con la camisa—. Ahora se me ha metido esto en la cabeza. Necesito hacer algo.

—Entiendo —dije.

—Dile a tu madre que no era mi intención enfadarla.

—Se lo diré —dije.

—A nadie le gustaría despertar en su ataúd, ¿eh, Joe? Sería una sorpresa difícil de tragar.

Me puso una mano sobre el hombro y me atrajo hacia sí y me apretó contra su costado y lanzó una risita extraña, como si la idea le hubiera dado miedo de verdad. Miró hacia el Pheasant Lounge, al otro lado de Central Avenue. Era el local donde le había visto entrar una semana antes. En el letrero rojo de neón, sobre la puerta, había un enorme faisán macho alzando el vuelo en la noche, con las alas desplegadas rasgando la oscuridad: huyendo. Algunos de los que esperaban junto al Templo Masónico habían empezado a cruzar la calle para entrar en el bar.

—Ahora sólo pienso en este instante que vivimos —dijo mi padre. Me apretó de nuevo contra él, y luego volvió a meterse las manos en los bolsillos de la chaqueta—. ¿No tienes frío?

—Sí, un poco —dije.

—Pues vuelve a casa —dijo él—. No es necesario que esperes a que suba al autobús. Puede que todavía tarde bastante. Tu madre estará inquieta por ti.

—De acuerdo —dije.

—No tiene por qué enfadarse contigo —dijo—. Con que lo esté conmigo basta.

Lo miré. Traté de ver su cara a la luz de la farola. Estaba sonriendo, y me miraba, y creo que se sentía feliz de aquel momento, feliz de que estuviera con él, feliz de estar a punto de ir a un incendio en el que arriesgaría lo que estuviera dispuesto a arriesgar. Se me hacía extraño, sin embargo, que un hombre que jugaba al golf para vivir se convirtiera un buen día en un hombre que combatía incendios forestales. Pero ésa era la situación, y pensé que debía acostumbrarme a ella.

—¿Eres demasiado mayor para darle un beso a tu padre? —dijo luego—. Los hombres también se quieren. ¿Lo sabes, no?

—Sí —dije.

Me cogió las mejillas con ambas manos y me besó en la boca, y me apretó la cara. Me pareció que su aliento tenía un olor dulce, y que su cara tenía un tacto áspero.

—No dejes que lo que tus padres hagan te decepcione —dijo.

—De acuerdo —dije—. Te haré caso.

Entonces —no sabría decir por qué— sentí miedo, y pensé que si me quedaba allí él acabaría por darse cuenta, así que me volví y eché a andar por Central Avenue en medio de la oscuridad y el frío, que se hacía más intenso por momentos. Cuando llegué a la esquina, me volví para decirle adiós con la mano. Pero ya no pude verle, y pensé que habría subido al autobús y estaría ya en su asiento, esperando entre los indios.

Cuando llegué a casa, las luces seguían encendidas. Mi madre estaba viendo la televisión en su cuarto; no se había cambiado para acostarse, y bebía un vaso de cerveza. Cuando me vio entrar por la puerta me miró como si yo fuera mi padre, como si lo que pensara de su marido en aquel momento lo pensara también de su hijo.

—¿Se ha ido ya a luchar contra el gran fuego? —dijo. Y lo dijo de un modo como despreocupado, como de pasada. Alargó la mano y dejó el vaso sobre la mesilla.

—Ha montado en un autobús —dije.

—Como un colegial —dijo ella. Miró el vaso de cerveza.

—Me ha dicho que no quería causar problemas.

—Claro, le creo —dijo mi madre—. Tiene la mejor intención del mundo. ¿Tú qué opinas?

—Pienso que hace bien —dije.

Mi madre alcanzó el vaso y bebió un sorbo; meneó la cabeza mientras bebía.

—Y yo ¿qué? —dijo, y apoyó el vaso sobre su vientre. La gente de la pantalla reía. Un hombre gordo corría alrededor de otro hombre menudo: huía de un perro que lo perseguía. Me resultaba un poco violento estar allí en aquel momento—. Puede que vaya a dejarme —dijo—. Puede que nos hayamos quedado solos desde hoy mismo.

—No creo que vaya a hacerlo —dije.

—Tu padre y yo no hemos tenido mucha intimidad últimamente. Tal vez no está de más que lo sepas.

No dije nada.

—Seguramente piensas que estoy haciendo una montaña de un grano de arena, ¿no es eso?

—No conozco tu opinión al respecto —dije yo.

—Nadie quiere complacerte de verdad, eso es todo —dijo ella. Sacudió la cabeza como si se tratara de una broma—. Eso es lo que pasa. Quieren complacerse a sí mismos. Si tú eres feliz así, estupendo. Si no, mala suerte. Y esto que digo es muy importante —añadió mi madre—. Es la clave de todo. —Eché la cabeza hacia atrás, sobre la almohada, y miró la lámpara esférica del techo—. De la felicidad. De la tristeza. De todo. Uno es feliz si...

En ese preciso instante empezó a sonar el teléfono en la cocina. Me volví para ir a

cogerlo, pero mi madre dijo:

—No vamos a contestar.

El teléfono siguió sonando; el timbre era fuerte y estridente y metálico, como si algo muy urgente hubiera de ser comunicado por quienquiera que estuviera llamando. Pero ni mi madre ni yo íbamos a oírlo. Yo debía de dar la impresión de estar nervioso, porque mi madre me sonrió (era la sonrisa con la que me había sonreído siempre).

—¿Quién crees que es? —me preguntó. El teléfono dejó de sonar, y la casa quedó en un silencio sólo roto por el televisor.

—Quizá era papá —dije.

—Quizá —dijo ella.

—También puede que se hayan equivocado —dije. Pero tenía la certeza de que había sido mi padre, y estaba asustado por no haber respondido a su llamada.

—Ya nunca lo sabremos —dijo mi madre—. Pero... ¿Qué estaba diciendo antes? —Tomó un último sorbo de cerveza—. Eres feliz si tus deseos naturales hacen feliz a la otra persona. Si no es así, no sé lo que te pasa. Supongo que estás en el limbo.

—¿Dónde? —dije yo, porque era la primera vez que oía esa palabra.

—Bueno —dijo ella—, es un sitio donde nadie quiere estar. Es como estar en el medio, donde no puedes sentir los extremos, donde no sucede nada. Como ahora.

Durante un momento tuve la impresión de que el teléfono iba a volver a sonar; sentí que una corriente recorría la línea de la casa, como si los cables telefónicos formaran parte de mí, una parte viva, agitada por un mensaje. Pero el aparato siguió en silencio, y la sensación se extinguió dentro de mí.

—Mañana seguramente hará mejor tiempo —dijo mi madre—. No está haciendo nada de calor. —Alargó la mano y apagó la luz de la mesilla de noche—. Apágame la luz del techo, Joe. —Apagué la luz cenital—. Y vete a la cama —dijo, echada sobre la cama, vestida, iluminada por la luz del televisor—. Va a suceder algo que nos hará ver las cosas diferentes.

—Ojalá tengas razón —dije.

Se dio la vuelta y quedó cara a la pared. Pensé que se había dormido en aquel mismo momento, porque no me dijo nada más. Crucé el pasillo y entré en mi habitación, y al cabo de un rato me dormí.

A la mañana siguiente fui al colegio, como de costumbre, pero antes de marcharme mi madre me dijo que iba a salir a buscar otro trabajo, algo mejor que las clases de natación.

—No quiero ser pobre —dijo. Estaba en combinación ante el lavabo del cuarto de baño, y se ponía unas horquillas negras en el pelo—. Quizá tengamos que mudarnos a un sitio más pequeño —dijo—. He estado pensando en ello. ¿Te importaría?

—Creo que papá va a volver —dije.

—¿Sí? —dijo ella—. ¿Estás convencido de lo que dices?

Me miró. Yo estaba en el pasillo, con el abrigo y los libros bajo el brazo. En la casa hacía calor. La estufa del cuarto de baño estaba al máximo: veía en su interior las pequeñas llamas azules.

—Sí —dije—. Lo estoy.

Me resultaba asombroso que pudiera estar pensando ya en aquellos cambios.

—Bien. Lo tendré en cuenta —dijo—. Gracias. —Me dirigió una mirada, con unas horquillas en la boca y las manos en la cabeza, y asintió con un gesto—. Eres un chico muy confiado. No serías un óptimo abogado. Aunque no quieres ser abogado, ¿me equivoco?

—No —dije.

—¿Y *qué* quieres ser?

Éste era un tema del que llevábamos sin hablar bastante tiempo, y sobre el que aún no me había decidido.

—Me gustaría trabajar en alguna compañía ferroviaria.

—Eso no está nada bien —dijo mi madre—. Tienes que pensar en una profesión mejor. Cuando vuelvas del colegio, me respondes de nuevo. —Se miró en el espejo—. Nosotros fuimos a la universidad —dijo—. Tu padre y yo. Pero no parece importarte. —Se examinó la cara, arrugó la nariz—. El movimiento se demuestra andando, creo —dijo—. Estás perdiendo el tiempo ahí quieto mirándome, cariño. Vete al colegio.

Obedecí y me fui. Cuando volví a casa, a las tres —ese día no trabajaba en el estudio del fotógrafo—, vi un coche aparcado en la acera de enfrente, un Oldsmobile que no conocía, de cuatro puertas y color rosa, y a través de la ventana, en la sala de estar, vi a un hombre a quien tampoco conocía.

El hombre, al verme aparecer en la puerta, se levantó. Mi madre y él ocupaban dos sillones no muy cercanos uno de otro. Mi madre llevaba el pelo recogido con las horquillas negras que le había visto aquella mañana, y el hombre vestía traje y corbata. La casa seguía estando cálida, y ambos bebían cerveza. Mi madre se había quitado los zapatos; sólo las medias cubrían sus pies desnudos.

—Vaya, ¡hola, Joe! —dijo. Parecía sorprendida. Me sonreía con la cabeza alzada y no miraba al hombre que estaba con ella en la sala—. Apuesto a que hoy no trabajas, ¿verdad? —Alargó la mano hacia el hombre para señalarlo—. El señor Miller. Warren, te presento a mi hijo, Joe Brinson.

—A Joe ya lo conocía —dijo el hombre. Avanzó hacia mí con la mano tendida, y vi que cojeaba de una pierna. No mucho, sólo lo bastante como para que el cuerpo se le escorara un poco como cuando se tiene una pierna más corta que la otra. Cojeaba de la pierna izquierda, y no parecía dolerle porque al darme la mano sonreía. Era un hombre alto y corpulento, con gafas, mayor que mi padre, de unos cincuenta años.

Tenía el pelo fino y peinado hacia atrás. Me dio la sensación de que lo había visto antes, pero no lograba acordarme. Su nombre — Warren Miller— no me sonaba en absoluto.

Me tendió su mano grande y, después del apretón, retuvo unos instantes la mía deliberadamente, para que yo supiera que quería hacerlo. Su piel tenía un tacto cálido, y en un dedo llevaba un gran anillo, un anillo de oro con una piedra roja. Calzaba botas de vaquero, negras y brillantes.

—Encantado de conocerte, hijo —dijo. Me llegó su olor, un olor como a tabaco y a loción capilar en la ropa.

—Encantado de conocerle —dije.

—¿De qué conoces a Joe? —dijo mi madre, sin dejar de sonreír. Me miró y me dirigió un guiño.

—Conozco a su padre —dijo Warren Miller. Retrocedió un paso y se llevó las manos a las caderas; su chaqueta, al abrirse, dejó entrever su pecho fuerte. Tenía la tez muy clara, y medía casi un metro ochenta y cinco. Parecía estudiarme—. Su padre es un golfista de primera. He jugado con él en el Wheatland Club un par de veces, y nos desplumó a todos. Joe estaba allí, esperándolo.

—¿Te acuerdas de eso, Joe? —preguntó mi madre.

—Sí —dije. Pero no lo recordaba. Y Warren Miller me estaba mirando como si supiera que no lo recordaba.

—Ahora tu padre se ha ido a combatir ese gran incendio, ¿no es eso? —dijo Warren Miller. Sonreía como si en ello hubiera algo que le agradara. Seguía con sus grandes manos apoyadas en las caderas.

—Sí —dije—. Así es.

—Eso es lo que nos ha dicho *a nosotros* —dijo mi madre.

—Bien. Estupendo —dijo Warren Miller—, está muy bien. ¿A ti te gustaría ir también a combatirlo? Seguro que sí.

—Sí, señor —dije.

—Le creo, Warren. Así de loco parece estar —dijo mi madre. Seguía sentada, y nos miraba—. Él y su padre piensan igual sobre casi todo últimamente.

—No vemos suficientes riesgos de muerte a nuestro alrededor, supongo —dijo Warren Miller—. También a mí me ha pasado. Los hombres entienden eso.

—Los hombres no entienden gran cosa —dijo mi madre—. Entender no es su fuerte. Y tampoco se despiertan llorando. De eso se encargan las mujeres.

—Es la primera vez que oigo eso —dijo Warren Miller—. ¿Y tú, Joe? Yo me he despertado llorando cientos de veces. En Songjin, por ejemplo. —Volvió la cabeza para mirar a mi madre. Creo que quería decir algo más sobre aquel asunto, pero lo único que añadió fue—: Corea.

—Warren ha venido porque le voy a prestar un libro —dijo mi madre, y se

levantó—. Voy a buscarlo.

Entró en su dormitorio. Guardaba los libros en el armario ropero, apilados detrás de los zapatos.

—Eso es —dijo Warren Miller, y supongo que se refería al libro. Me miró de nuevo—. Hay veces en que tienes que hacer algo que no está bien sólo para saber que estás vivo —dijo. En voz muy baja, como para que no lo oyera mi madre.

—Entiendo —dije, porque era verdad que lo entendía. Pensé que era de eso precisamente de lo que hablaba mi padre la noche anterior, mientras esperaba en la oscuridad para subir al autobús.

—Es algo que no sabe todo el mundo —dijo Warren Miller—. Puedo asegurártelo. —Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó algo que mantuvo oculto en su puño grande—. Deja que te haga un regalo, Joe —dijo. Abrió la mano, y vi una pequeña navaja, una navaja delgada de cachas de plata. En una de ellas, en minúsculas letras de molde, se leía la inscripción BIR-MANIA-1943—. Hay problemas en los que no merece la pena meterse, Joe —dijo—. Esto te recordará cuáles escoger.

—Gracias —dije. Cogí la navaja, que era cálida y dura al tacto y más pesada de lo que yo había imaginado. Durante un instante pensé que no debía aceptarla. Pero la quería, y me gustó Warren Miller por su gesto generoso. Sabía que él no se lo diría a mi madre, y tampoco yo lo haría.

—La gente, al final, acaba haciendo de todo —dijo mi madre desde el dormitorio. Oí cómo cerraba la puerta del armario, y sus pasos sobre el piso. Luego apareció en el umbral de la sala—. ¿Habéis oído lo que he dicho? —Tenía un pequeño libro en la mano, y sonreía—. ¿Estáis conspirando contra mí?

—Estamos charlando —dijo Warren Miller.

Deslicé la navaja de plata en mi bolsillo.

—Eso espero —dijo mi madre—. Aquí tienes. —Le tendió el libro—. De mi biblioteca privada. *Ex libris* Jeanette —dijo.

—¿Qué es? —dijo Warren Miller. Cogió el libro y miró la tapa azul oscura.

—Lo que me pediste —dijo mi madre—. Los poemas escogidos de William Wordsworth. «En conseguir y consumir, dilapidamos nuestras fuerzas». Me acuerdo de eso.

—Yo también lo recuerdo —dijo Warren Miller. Tenía el libro entre ambas manos, y miraba la cubierta.

—He estado enseñando a nadar al señor Miller —dijo mi madre—. Ahora quiere aprender a leer poesía. —Le sonrió, y volvió a sentarse en su butaca—. Y va a darme un empleo en su silo de grano —dijo.

—Así es —dijo Warren Miller—. Es cierto.

—El señor Miller es propietario de un silo con elevador —dijo mi madre—.

Bueno, en realidad tiene tres. Seguro que los has visto, cariño. —Volvió la cabeza hacia la parte de atrás de la casa y señaló con el dedo—. Aquellos del otro lado del río. Los grandes y blancos. Nuestro horizonte particular en este barrio. Seguramente estarán llenos de avena, que es lo que come Warren para mantenerse en forma.

—¿Qué grano almacenan? —pregunté.

—Trigo —dijo Warren Miller—. Aunque éste no es un buen año para el trigo. Demasiado caluroso.

—Demasiado seco —dijo mi madre—. Por si no nos habíamos dado cuenta. De ahí todos esos incendios.

—Exacto —dijo Warren Miller. Y ahora parecía incómodo. Tenía el liviano libro en una mano, y avanzó unos pasos hacia la puerta principal. Me producía una sensación extraña el que estuviera allí, en nuestra casa, y que tuviera cincuenta años y que conociera a mi madre. Traté de imaginarlo en traje de baño—. Tengo que hacer algo privado que no puede esperar —dijo. Puso una mano, la del gran anillo de oro con la piedra roja, encima de mi hombro. Sentí sus dedos sobre mi omóplato—. Me alegra haberte conocido, Joe —dijo.

—También a mí me alegra que le hayas conocido —dijo mi madre. No se levantó. La noté extraña, como si algo la hubiera afectado y quisiera ocultarlo.

—Ven a verme mañana, Jeanette. ¿De acuerdo? —dijo Warren Miller. Y fue hacia la puerta cojeando.

—De acuerdo —dijo mi madre—. Lo haré. Joe, ábrele la puerta al señor Miller.

Así lo hice, con los libros del colegio en la mano y la navaja de plata que me había regalado en el bolsillo.

—Espero volver a verte —me dijo Warren Miller.

—Seguro que sí —dijo mi madre.

Vimos cómo bajaba cojeando los escalones de la entrada, salía por la puerta de madera del jardín, y se dirigía al Oldsmobile aparcado junto al bordillo lleno de hojas muertas de la acera opuesta.

—Es un buen hombre —dijo mi madre cuando cerré la puerta. Seguía en su butaca, mirándome—. ¿No te parece?

—Sí —dije.

—Nada bastante bien. Te sorprenderías... un hombre tan grande. Ha luchado en dos guerras y sin saber nadar. ¿No es extraño? A nadie le piden que sepa nadar. —Miró hacia el techo, como si pensara en ello—. Anoche dije que podía explicarlo todo, ¿te acuerdas? Pues no es cierto. No puedo.

Miré por la ventana hacia el Oldsmobile, que seguía aparcado al otro lado de la calle. Warren Miller, sentado al volante, miraba hacia nuestra casa. Alcé la mano y le envié un gesto de saludo. Pero no me vio. Siguió mirando la casa desde el coche un rato más, y al cabo arrancó y se perdió de vista.

A eso de las cinco mi madre vino a mi cuarto, donde yo trataba de resolver un problema de geometría para la clase del día siguiente. Tras la marcha de Warren Miller, se había acostado un rato; luego había tomado un baño y había hablado por teléfono. Cuando entró en mi habitación, iba vestida de un modo nuevo para mí. Llevaba tejanos azules, una camisa vaquera blanca y botas azules de vaquero que yo sabía que tenía pero jamás le había visto usar. Y un pañuelo rojo al cuello, anudado en un lazo.

—¿Te gusta cómo me he vestido? —dijo, y se miró la punta de las botas.

—Estás muy bien —dije.

—Muchísimas gracias. —Desde donde estaba, se miró en el espejo que había encima de mi cómoda—. Siempre vestía así en el este de Washington —dijo—. Hace un siglo. —Asió el pomo de la puerta y lo hizo girar despacio—. Solía ponerme pegada al callejón de los toros en los rodeos, con la esperanza de que algún vaquero me piropeará. Mi padre se ponía histérico. Quería que fuera a la universidad, y acabé haciéndole caso. Y es lo que quiero que hagas tú, dicho sea de paso.

—Quiero ir a la universidad —dije yo. Había estado pensando en ello, pero aún no había decidido qué estudiar. Esperaba que mi madre dejara pasar un tiempo sin volver a preguntármelo.

—La Southern California es estupenda —dijo ella. Miraba por mi ventana, agachándose un poco como si quisiera ver más lejos en dirección oeste—. A ésa quiero que vayas. O a Harvard. Son dos excelentes universidades.

—Iré —dije. Ignoraba dónde estaban o por qué eran excelentes. Sólo las conocía de nombre.

—Nunca te he llevado a ningún rodeo —dijo—. Y lo siento. —Estaba apoyada contra la puerta del cuarto, y yo echado en la cama con mis libros y cuadernos. Me miraba, pero creo que no pensaba en mí. Quizá pensaba en mi padre—. Los chicos del Oeste suelen ir a rodeos. Yo participaba en los torneos de amazonas de Briscoe. Lo digo en serio. Contra otras chicas. Y me vestía así. Lo hacía, única y exclusivamente, para que se fijasen en mí. Nos llamaban «bellezas del rodeo». ¿No te parece estupendo? ¿No es emocionante saber eso de tu madre? ¿Que fue una «belleza del rodeo»?

—Papá ya me lo había contado —dije—. Y le gusta.

—¿Sí? ¿Le gusta? Estupendo. Quizá es bonito saber que tus padres no fueron un día tus padres. A mí, en este momento, me resulta un pensamiento muy misericordioso.

—También lo sabía —dije.

—Bien. Bravo —dijo mi madre. Pasó junto a mi cama y se quedó de pie ante la ventana, mirando más allá del soleado jardín, hacia el río y la refinería de petróleo, y

aún más allá, hacia el cielo neblinoso tras el cual ardía el incendio que mi padre combatía—. ¿Quieres que cojamos el coche? —dijo, apretando con los dedos el cristal como si quisiera desplazarlo—. Me gustaría ver ese fuego. Creo que se puede llegar hasta donde empieza. Lo he leído en el periódico. Tómallo como el primer paso de tu educación superior.

—Me gustaría mucho verlo —dije, y cerré el libro de geometría.

—Tal vez veamos algo asombroso, algo que puedas recordar toda tu vida —dijo mi madre, con los dedos aún contra el cristal de la ventana—. Y eso no sucede todos los días. Al menos no a mi edad. Puede que a la tuya sí suceda.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté, porque caí en la cuenta de que no sabía su edad. Ni la de mi padre.

—Treinta y siete —dijo mi madre, y me dirigió una mirada penetrante—. ¿Te parece una edad poco conveniente? ¿Te gustaría más si hubiese dicho cincuenta? ¿Te sentirías mejor si tuviera cincuenta?

—No —dije—. Me parece muy bien que tengas treinta y siete.

—¿No te sientes suficientemente protegido?

—No he pensado en ello, creo —dije.

—No tendré esta edad siempre —dijo ella—. Así que, si nunca has pensado en ello, no empieces ahora a hacerlo. Lo único que conseguirías sería confundirte.

Sonrió y sacudió la cabeza. Pensé que iba a echarse a reír, pero no lo hizo. Salió del cuarto y se fue a su dormitorio a prepararse para la excursión.

Subimos a nuestro Plymouth familiar y salimos de Great Falls rumbo al oeste. Seguimos el río Sun y la carretera 200, y cruzamos Vaughn y Simms y Fort Shaw y Sun River, poblaciones situadas en la linde de las tierras trigueras, tras las cuales se alzaban las grandes montañas. La luz de la tarde era de una clara luminosidad otoñal, y cuanto veíamos —los rastrojos, los manchones de grama, los bosquecillos de álamos de Virginia al pie del desnivel de Fairfield— era seco y dorado, del color del sol. En los remolinos del río había patos, y de cuando en cuando veíamos a un granjero segando sus campos para hacer acopio de forraje. Se me antojaba extraño que con aquel tiempo se extendieran los incendios. Pero ante nosotros, a lo lejos, más allá de Augusta, donde comenzaban las montañas, se alzaba el humo como una cortina que avanzaba hacia el norte, en dirección al Canadá, espesa y blanca en la base y más fina y voluble en la cima, de forma que, a medida que nos acercábamos y el humo iba ocultando los picos, más nos parecía que no había montañas y que allí donde comenzaba el denso humo cesaban las llanuras y el mundo mismo.

—¿Sabes cómo llaman a los árboles en los incendios forestales? —me preguntó mi madre cuando cruzábamos Augusta, población de apenas unos cuantos edificios (un hotel, varios bares con letreros rojos, una gasolinera) y un puñado de personas en

la acera.

—¿Cómo? —dije.

—Combustible. Los árboles son combustible. ¿Habías oído eso alguna vez?

—No —dije.

—¿Y sabes cómo llaman a los árboles que siguen en pie después del incendio?

—No —dije.

—Muertos vivos —dijo—. ¿No te parece interesante esa terminología? Mi padre solía contarme estas cosas. Pensaba que eran instructivas.

—¿Y qué pasa con los animales? —pregunté.

—¡Oh!, se adaptan. Aunque los más pequeños lo pasan bastante mal. Sufren una gran confusión. Todo es tan rápido que casi no pueden darse cuenta. Yo lloraba cuando pensaba en ellos, pero mi padre decía que no servía de nada. Y tenía razón.

Atravesamos Augusta, salimos a una carretera de tierra que seguía el lecho de un arroyo y ascendimos adentrándonos en el humo blanco. Se acercaba la caída de la tarde, y el sol no era sino una luminosidad blanquecina tras la densa cortina de humo. El cielo del atardecer, en el norte y el sur, era rojo y purpúreo.

El fuego estaba próximo, frente a nosotros, pero aún no podíamos ver las llamas. A medida que avanzábamos, veíamos coches aparcados en el borde de la carretera, y gente de pie en la hierba o sentada en los capós, mirando con prismáticos o sacando fotografías. Había matrículas de otros estados, y gente con linternas. Algunos coches que emprendían el viaje de vuelta tenían los faros encendidos.

—El olor es repulsivo —dijo mi madre, y se aclaró la garganta. Me pregunté si ella sabía adonde nos dirigíamos. Nos adentrábamos en el humo más y más—. A la gente la atrae todo esto. No quiere que se acabe.

—¿Por qué? —pregunté, mirando hacia la ladera. El cauce del arroyo se iba estrechando, y empecé a ver pequeños y amarillos fuegos aislados y líneas de fuego más largas en la oscuridad, y figuras humanas apenas perceptibles que se movían entre los árboles.

—Bueno, supongo... —Ahora mi madre parecía irritada—. Supongo que piensan que está sucediendo algo peor en otro lugar, y así se sienten mejor con una tragedia conocida. No es un pensamiento generoso.

—Puede que te equivoques —dije. Y lo pensé porque no veía qué relación podía tener todo aquello con mi padre.

—Quizá —dijo ella—. Quizá tú eres inteligente y yo estúpida.

—¿Te gusta Miller? —pregunté. Era algo que quería saber desde la tarde; entonces no encontré razones para preguntarlo, pero ahora la pregunta (no sabría explicar por qué) parecía pertinente.

—¿Te refieres al señor Miller? ¿A Warren?

—Sí —dije—. ¿Te gusta?

—No demasiado —dijo mi madre—. Pero es un hombre al que le suceden cosas. Transmite esa sensación, ¿no te parece?

—No sé —dije. Tenía en el bolsillo la navaja que me había regalado para ganarse mi simpatía. Pero, en lo que a mí concernía, eso era todo lo que me pasaba en relación con Warren Miller.

—Va a darme un empleo de contable en su silo —dijo mi madre—. ¿No te parece estupendo? Y nos ha invitado a cenar en su casa mañana. Hemos tenido suerte, porque nuestra cena de mañana eran unas latas. ¿Por qué lo preguntabas?

—Sentía interés —dije.

Lo que en verdad quería saber era qué pensaba de la marcha de mi padre, y confiaba en que, hablando de Miller, acabaríamos llegando al tema familiar. Pero no fue así, y no supe qué hacer para lograr que habláramos de ello.

—Se trata siempre de uno mismo —dijo mi madre—. De nada más.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, cariño —dijo—. Estaba pensando en voz alta. Es una mala costumbre. Tienes una inteligencia inquisitiva. Las cosas siempre te causarán sorpresa. Tendrás una vida maravillosa.

Me sonreía.

—¿A ti no te sorprenden?

—No mucho —dijo—. De vez en cuando me topo con algo inesperado. Pero eso es todo. Mira allá arriba, Joe.

Frente a nosotros, al final del cañón, el camino de tierra que seguía el arroyo iba a dar a una pradera de hierba, y más allá se alzaba bruscamente una colina escasamente arbolada y llena de pequeños fuegos.

—Ahora vas a presenciar la función completa —dijo mi madre, y detuvo el coche allí mismo, aún en el estrecho cañón desde donde veíamos retazos de fuego a apenas diez metros del camino. Apagó el motor—. Abre tu puerta —dijo—. Sal a ver qué te parece.

Abrí la portezuela y salí al camino, tal como me había dicho que hiciera. Y había fuego por todas partes: a ambos lados —en las laderas del cañón—, ante mí, a mi espalda. Los pequeños y amarillos fuegos y las líneas de fuego alzaban sus vacilantes llamas en la maleza, tan cerca que casi podía tocarlas con sólo alargar la mano. Nos llegaba un sonido como de fuerte viento, y el continuo crujir de ramas en llamas. Sentía el calor en toda la parte delantera de mi cuerpo, en las piernas y los dedos. Me llegaba el olor fuerte —como a pino— de los árboles y la tierra en llamas. Sólo pensé en alejarme de todo aquello antes de que el pánico me dominara.

Volví a subir al coche y cerré la puerta. Y de inmediato todo fue más fresco y apacible.

—¿Qué te ha parecido? —dijo mi madre, y me miró.

—Tremendo —dije. Seguía sintiendo el calor en piernas y manos.

—¿Te ha parecido fascinante? —preguntó mi madre.

—No —respondí yo—. Me ha dado miedo.

Era exactamente lo que había sentido al verme rodeado por el fuego.

—No son más que multitud de pequeños focos que de vez en cuando se juntan. No tengas miedo —dijo mi madre—. Necesitabas ver lo que tu padre encuentra tan apasionante. ¿Puedes entenderlo?

—No —dije. Y pensé que quizá mi padre se había impresionado ante tanta virulencia y ya deseaba volver a casa.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo mi madre—. No es nada misterioso.

—Puede que haya quedado impresionado —dije.

—Seguro que sí —dijo mi madre—. Lamento que ni tú ni yo podamos comprenderle.

Puso en marcha el motor y seguimos avanzando.

En la pradera había un campamento de tiendas de campaña en el que se veían camiones y luces que pendían de unos cables tendidos entre postes de madera. Seguíamos viendo fuegos junto al camino. Pequeños focos. Había hombres pululando por el interior del campamento; la mayoría de ellos —pensé— habían sido llevados allí para combatir el fuego. Otros estaban echados en catres dentro de tiendas con la lona de la entrada abierta. Otros, de pie, charlaban. Otros ocupaban los asientos de los camiones. A cierta distancia, en la pradera, había una pequeña avioneta oscura con una estrella blanca en la cola. Más allá, al otro lado del camino donde nos encontrábamos, vimos una pequeña estación de servicio en la que había más camiones, y la luz blanca del rótulo de una cantina en medio de la primera oscuridad del crepúsculo. Pasamos junto a un indicador que hacía saber que aquello era Truly, Montana, aunque era difícil imaginar qué hacía de ello una población. Lo único que parecía conferirle carácter autónomo era que a su alrededor todo estaba ardiendo.

—Vaya sitio —dijo mi madre, mirando por el parabrisas al adentrarnos en el pequeño pueblo de Truly. Señaló hacia el campamento de tiendas—. Ahí está el campamento base —dijo—. De donde salen y adonde vuelven. Siempre envuelto en humo. No hay manera de zafarse.

—¿Crees que si vamos encontraríamos a papá?

—No —dijo mi madre en tono cortante—. Acaba de salir. Lo tendrán allí arriba hasta que caiga rendido. Luego bajará, si sigue vivo. No voy a ir a buscarle. ¿Tienes hambre?

—Sí —dije.

Pero estaba mirando la ladera de la colina y sólo la escuchaba a medias. Vi cómo el fuego prendía en una alta picea envuelta en la oscuridad. Una gran chispa errante había dado contra su copa, y ésta había estallado en una brillante y enhiesta llamarada

amarilla que se alzó en la noche despidiendo esquirlas de fuego hacia otros árboles, en medio de un vasto remolino de humo blanco, llameó y se extinguió de pronto, en cuanto el viento de la ladera —que no azotaba el lugar donde nos encontrábamos— cambió y cesó. Todo sucedió en un instante, y supe que entrañaba peligro aunque a un tiempo fuera hermoso. Y entonces, allí sentado en el coche al lado de mi madre, creí entender el significado de «peligro»: algo que no parecía capaz de hacerte daño, pero que al instante siguiente, taimadamente, conseguía herirte. Aunque no entendía por qué mi padre se arriesgaba de tal modo, a menos que la vida no le importara demasiado, o a menos que en el hecho de perderla hubiera algo capaz de contentar a quien la pierde, cosa que no había oído decir nunca.

En la cantina ocupamos una mesa junto a la ventana, desde donde veíamos el campamento y el fuego al otro lado del camino. El cielo inflamado y rojo sobre las crestas montañosas indicaba que, más allá de donde alcanzábamos a ver, había otros incendios y otros hombres combatiéndolos.

Mi madre pidió dos raciones de pollo frito, y mientras esperábamos llegó un camión que se detuvo frente a la cantina; se apeó de él un grupo de unos quince hombres con las caras tiznadas de hollín, ropas de gruesa lona y botas, y además entumecido y cansado. Eran hombres corpulentos y de andar pesado, y entraron todos juntos en la cantina y se sentaron en cuatro mesas sin hablar. Las dos camareras se acercaron a las mesas y les preguntaron si querían el plato acostumbrado —bistec con patatas—, y ellos respondieron que sí y se quedaron bebiendo sus vasos de agua y hablando con voz queda mientras esperaban. Eran hombres jóvenes; mayores que yo, claro está, pero todavía jóvenes. Y desprendían un olor que se propagó por el recinto. Un olor de cenizas frías, que partía de sus ropas y permanecía en el aire, como si aquellos hombres acabaran de salir del fuego mismo y se hubieran quemado y lo que ahora veíamos no fueran sino sus cuerpos calcinados.

Mi madre les dirigió una mirada rápida cuando se sentaron, y volvió a mirar por la ventana hacia el campamento iluminado, más allá de nuestro coche, y luego hacia las crestas y las laderas sembradas de pequeños fuegos semejantes a fogatas. Pidió una lata de cerveza y se puso a beber de ella mientras seguía mirando.

—Creo que todo se debe a que perdió el trabajo —dijo. Y al decirlo miró de nuevo a los hombres que ocupaban las mesas del fondo de la sala—. Le hizo perder la cabeza. Me da pena. De verdad.

Volvió a mirar hacia la noche a través de la ventana.

—Seguro que está bien —dije, y sé que lo dije porque pensaba que aquellos hombres lo estaban. Ahora, en aquella cantina, cenaban, lo mismo que mi padre estaría haciendo en alguna otra parte. Mi padre estaba solo, sin nosotros, y eso era todo; y el hecho de buscar la soledad no implicaba necesariamente haber perdido el

juicio, o al menos eso pensaba yo en aquel tiempo.

—¿Es eso lo que crees? —dijo mi madre, con la lata de cerveza en ambas manos y los codos apoyados en la mesa.

—Sí —dije—. Eso creo.

—Bien, pues lo que yo creo es que allí arriba tiene una mujer. Una india, probablemente. Una *squaw*. Una mujer casada. —Mi madre dijo esto como si me acusara a mí y fuera yo quien tuviera que defenderme de ello. Algo debía de ver en mí que le recordaba a mi padre—. He leído que también hay mujeres allá arriba —dijo.

—Vi a algunas en el autobús —dije. Uno de los hombres de las mesas miró a mi madre. Al lanzar su acusación, mi madre había alzado un poco la voz.

—Bien, ¿por qué piensas tú que los hombres hacen las cosas? —dijo mi madre—. O se vuelven locos o hay una mujer. O las dos cosas. Tú no sabes nada. ¿Qué vas a saber? Aún no has salido del cascarón. —Miró al hombre que la estaba mirando, y se tocó el pañuelo rojo del cuello. Pero cuando volvió a mirarme a mí, sonreía—. Así es la naturaleza —dijo—. Puede ser parte de tu educación aprender cómo es la naturaleza.

—Muy bien —dije.

Dos hombres más nos miraban ahora, y uno de ellos sonrió y se aclaró la garganta. Deseé saber cómo era la naturaleza, porque lo que estaba sucediendo en nuestra familia no me parecía natural o normal en absoluto.

—Dime qué opinas de tu nombre de pila —me preguntó mi madre después de unos segundos, ya en un tono más suave—. ¿Te sientes bien con él? ¿Llamándote Joe? Es un nombre muy común. No quisimos cargarte con un nombre rimbombante o con un segundo nombre. Nos gustaba Joe.

—A mí también me gusta —dije—. Es fácil de recordar.

—Cierto —dijo ella. Miró de nuevo hacia la noche. En el cielo de octubre había estrellas; se habían hecho visibles a través del humo blanco—. Jeanette —dijo—. Nunca me ha gustado el mío. Suena a camarera.

—¿Cómo te habría gustado llamarte? —pregunté.

—Bueno —dijo mi madre, y bebió el último sorbo de cerveza. Iban a traernos la comida. La veía en la ventanilla que daba a la cocina: dos platos humeantes, tras lo que entreví la parte superior de una cabeza femenina—. Lottie —dijo mi madre, y sonrió. Se echó el pelo hacia atrás con una mano—. Había una cantante que se llamaba Lottie. Lottie no sé qué. Era negra, creo. Qué más da. ¿Qué tal suena? ¿Lottie?

—No me gusta —dije—. Me gusta Jeanette.

—Eres un cielo —dijo mi madre, y me sonrió—. Necesariamente, te gusto como soy. No llamándome Lottie, ya veo.

Llegaron nuestros platos y comimos y charlamos de los incendios, de que eran como ciudades o fábricas y seguían y seguían por sí mismos. De que había algo bueno en ellos, de que los lugares abrasados volvían a repoblarse, y de que a los humanos —explicó mi madre— a veces les venía bien verse ante algo tan incontrolable y excesivo, porque les hacía sentirse empequeñecidos y tomar conciencia de su posición en el mundo. Entendía a mi padre —explicó— en algunas cosas. No era un hombre dado a perder la cabeza. Se trataba sólo de un momento difícil en su vida, aunque también era un momento difícil en la de ella. La naturaleza era así —afirmó— también en esto. Las personas se veían impulsadas a hacer cosas que no les convenían. Me pareció feliz de estar allí conmigo y de contemplar el fuego, feliz de que hubiéramos dicho las cosas que dijimos. Luego emprendimos el regreso hacia Great Falls.

En el camino de vuelta, el aire se iba haciendo más frío a medida que avanzábamos hacia el este y nos alejábamos del fuego, y el cielo estaba claro y estrellado salvo donde el resplandor de la ciudad se alzaba en el horizonte. Mi madre paró en Augusta y compró dos cervezas para el viaje; luego las fue bebiendo mientras conducía y apenas me habló. Yo entonces me puse a pensar, sobre todo en mi padre. Y en qué aspecto tendría cuando volviera a casa. Sólo llevaba fuera desde la noche pasada, pero la vida que acababa de dejar ya no me parecía la misma, y cuando imaginé su vuelta lo vi bajándose de la trasera de un camión, como los hombres de la cantina, pero no tiznado ni entumecido ni cansado, sino limpio y más joven que cuando se había ido, y de hecho no parecía él mismo sino otra persona diferente. Y caí en la cuenta de que no podía recordar exactamente su cara o sus facciones. Oía el sonido de su voz, y eso era todo. Y la única cara que veía era la de un hombre joven y extraño a quien no parecía conocer.

Cuando nos acercábamos a Great Falls y pude divisar la ciudad en medio de la noche y los silos blancos de Warren Miller iluminados junto al río, mi madre dijo:

—Vayamos por otro sitio.

Y, en lugar de enfilarse directamente hacia Central Avenue, se desvió hacia la zona norte y entramos en la ciudad por Black Eagle, que es la ruta obligada cuando se llega de Fort Benton y la autopista y no cuando se viene del oeste.

No me pregunté la razón de tal rodeo, y tampoco me molesté en preguntársela a ella. Mi madre era una persona a quien no le gustaba hacer las cosas del mismo modo siempre, y solía salirse de su ruta simplemente para hacer el viaje menos aburrido, o por algún otro motivo, seguramente distinto del que la impulsó en la última ocasión.

—A la vida hay que darle cierta intriga —decía cuando dejaba una carretera conocida para tomar otra desconocida, o cuando compraba en una tienda algo que jamás había comprado antes y que no le hacía ninguna falta—. La vida no es más que un asunto insignificante —decía—. Hay que esforzarse por hacerla interesante.

Bajamos por la larga colina que va a dar al Missouri —más allá de él se halla la parte vieja de Great Falls, donde vivíamos, una zona con parques y alamedas que trazaron sus primeros habitantes—, pero dos manzanas antes de llegar al río mi madre torció a la izquierda y bajamos por una calle de casas de madera que formaban hileras sobre la ladera de la colina, mirando al río y a las luces de la ciudad. Recordaba haber estado en aquella calle; un poco más abajo había un restaurante italiano especializado en carnes al que mi padre me había llevado una noche a cenar en compañía de varios socios del Wheatland Club. «Un local de hombres», lo había llamado mi padre. Y, en efecto, en aquella ocasión sólo vi hombres. Siempre había pensado, por otra parte, que era un barrio donde sólo vivían italianos.

Mi madre no llegó al restaurante, pero alcancé a verlo en la oscuridad, iluminado de azul y con coches aparcados a la entrada. Cuando habíamos recorrido dos manzanas, mi madre aminoró la marcha, bajó la ventanilla y paró frente a una casa construida a cierta altura sobre el nivel de la calle, con una empinada rampa de acceso de hormigón flanqueada por unas escaleras que ascendían hasta los escalones de madera de la entrada. Era una casa gemela de la que tenía al lado, blanca y de fachada alta, con un gran ventanal y la puerta principal a un costado. Había luz en el porche. Las cortinas estaban descorridas, y vi una lámpara amarilla antigua encima de una mesa. Daba la sensación de ser la casa de una persona anciana.

Mi madre, sentada ante el volante, se quedó mirando la casa unos instantes, y luego subió la ventanilla.

—¿De quién es? —pregunté.

—De Warren —dijo mi madre, y suspiró—. Es la casa del señor Miller.

Puso las manos sobre el volante, pero se quedó mirando en dirección al restaurante.

—¿Vamos a entrar?

—No, no vamos a entrar —dijo ella—. No vamos a casa de nadie. Tenía que preguntarle algo al señor Miller, pero puede esperar.

—Puede que ellos estén en casa —dije.

—No hay *ellos* —dijo mi madre—. Sólo el señor Miller. Vive solo. Estaba casado, pero su mujer le dejó, creo. Su madre vivía con él, pero murió.

—¿Cuándo has estado en esa casa?

—Nunca —dijo mi madre, y parecía cansada. Había conducido un largo trecho aquella tarde, y las cosas no habían sido fáciles para ella desde la noche pasada—. Busqué su dirección en la guía telefónica, eso es todo —dijo—. Debería haber llamado. Pero ya no importa. No vive como un hombre rico, ¿verdad? Una casa sencilla en una calle normal...

—No —dije—. Tienes razón.

—Pero lo es —dijo ella—. Tiene bienes. Esos silos. Una agencia Oldsmobile.

Granjas. Y no sé cuantas cosas más. —Metió la marcha, pero siguió inmóvil en la oscuridad como tratando de recordar o comprender algo—. Siento como si me hiciera falta despertar —dijo, y me sonrió—. Pero no sé de qué. O a qué. Lo cual supone una gran diferencia.

Inspiró profundamente, y espiró, y luego dejó que el coche se deslizara calle abajo y nos sumergimos en la noche rumbo a casa. Y yo, al torcer de nuevo para tomar la calle que cruzaba el río, me pregunté qué sería lo que necesitaba preguntarle a Warren Miller a las nueve de la noche, algo que no podía esperar pero que, al cabo, admitió un aplazamiento. Y me pregunté por qué, al ver que había alguien en la casa (a mí, al menos, eso me había parecido), no había subido hasta la puerta a preguntarlo —probablemente algo relacionado con el trabajo que debía comenzar al día siguiente—, para luego volver a casa como ahora estábamos haciendo, como hace la gente normalmente las cosas, que era la forma de hacerlas que a mí me resultaba inteligible.

A la mañana siguiente, mi madre se vistió y salió para el trabajo antes de que yo me levantara de la cama. Desde mi cuarto oí cómo se movía por la casa, y sus pasos sobre el duro piso, y me pareció que tenía prisa y que quizá no quería verme. Me quedé en la cama, escuchando, hasta que le oí poner en marcha el motor frío del coche en el camino de entrada, dejarlo al ralentí mientras volvía a entrar unos instantes en la casa y finalmente alejarse por la calle Ocho.

Luego, durante un rato, estuve oyendo cómo se encendía y se apagaba la caldera de la calefacción en el sótano, y el sonido de los coches que pasaban por la calle, y el caminar de los pájaros sobre los aleros de la casa, tamborileando con las patas y aleteando tan nítidamente como si estuvieran dentro de mi cuarto. Había salido el sol, y el aire era claro y limpio. Pero me sentía cansado. Sentía como un peso en los pulmones, y me oía la respiración en lo hondo del pecho, y tenía la piel tirante. Era una sensación general de malestar, y me pregunté si se me pasaría en un día o me hallaba a las puertas de alguna enfermedad.

Durante un momento pensé no ir al colegio, quedarme en casa durmiendo, o salir a dar un paseo por las calles del centro, como otras veces, o ir a trabajar más temprano o a pescar al río. También podía —pensé— llegarme hasta el concesionario Oldsmobile de la Décima avenida y echar una ojeada. Nadie me conocía. Podría hacer ciertas pesquisas: preguntar, por ejemplo, acerca de Warren Miller: qué clase de persona era, si estaba casado, si tenía hijos, cuáles eran sus propiedades... Intenté recordar el día en que lo había visto por vez primera, un día en que yo había ido con mi padre al Wheatland Club. ¿Qué me dijo Warren Miller aquel día? ¿Y yo a él, si es que le dije algo? ¿Qué había dicho mi padre? ¿Qué tiempo hizo aquel día? Traté de adivinar si mi madre lo conocía desde hacía mucho o poco tiempo. No es que ninguno de esos datos importara realmente, o pudiera cambiar las cosas. Simplemente, encajarían llegado el caso, de forma que si mi vida cambiaba de pronto tendría al menos sobre qué reflexionar.

Llevaba un rato pensando en estas cosas cuando sonó el teléfono en la cocina. Pensé que sería mi madre para decirme que no llegara tarde al colegio, y a punto estuve de no contestar. Pero fui a cogerlo, aún en pijama, y era mi padre que llamaba desde algún campamento de las brigadas contra el fuego.

—¡Hola, Joe! —me dijo, en voz muy alta—. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Me voy al colegio —dije.

—¿Dónde está tu madre? Me gustaría hablar con ella.

La línea empezó a tener interferencias.

—No está en casa —dije—. Se ha ido a la ciudad.

—¿Está furiosa conmigo?

—No —dije—. No está furiosa.

—Eso espero —dijo. Luego se quedó callado unos segundos, y me llegó como el sonido de un camión que iniciara la marcha a su espalda. Oí voces que gritaban, y pensé que quizá estuviera llamando desde la cantina donde mi madre y yo habíamos estado la noche pasada—. Hemos perdido el control de las cosas aquí arriba —dijo mi padre, tratando de hacerse oír sobre los ruidos de la línea—. Lo único que podemos hacer es ver cómo el fuego lo quema todo. Nada más. Y te deja exhausto. Tengo entumecido todo el cuerpo.

—¿Vuelves a casa? —le pregunté.

—He visto cómo se abrasaba un oso, Joe —dijo mi padre, aún en voz muy alta—. Te habría parecido increíble. El fuego lo envolvió en cuestión de unos segundos. Un oso subido a una picea. Se tiró al suelo chillando. Como una bola de fuego.

Yo quería preguntarle sobre las cosas que había visto, y sobre las cosas que les habían pasado a él o a otra gente. Quería preguntarle si era muy peligroso lo que hacían. Pero tenía miedo de decir algo inconveniente. Así que lo único que dije fue: «¿Cómo te sientes?». Una pregunta que jamás le había hecho antes. Una pregunta que no encajaba en absoluto en el modo que teníamos de hablarnos.

—Me siento bien —dijo él—. Tengo la sensación de llevar aquí todo un año, y llevo sólo un día. —El ruido del camión cesó, y nuestra comunicación se hizo muy tenue—. Aquí nada se parece a la vida normal y corriente —dijo—. Tienes que adaptarte.

—Entiendo —dije.

—¿Tu madre se está ya buscando compañía masculina? —dijo mi padre, y lo decía bromeando. Estoy seguro—. Intenté hablaros anoche —dijo luego—. Pero no contestó nadie.

—Estuvimos cenando fuera —dije—. Comimos pollo frito.

—Estupendo —dijo mi padre—. Bravo por los dos. Espero que fueras tú quien invitó.

—No, pagó ella —dije.

Nadie me había dicho que no dijera dónde habíamos cenado o dónde estaba ahora mi madre. Pero presentí que no debía. Había moscas pululando por el cristal de la ventana de la cocina; estaba mirando el jardín trasero de la casa, y pensé que el tiempo tal vez cambiara y viniera una racha de frío y nevara, y que quizá muy pronto

cesaran los incendios.

—Dile a tu madre que todavía no he perdido la cabeza aquí arriba, ¿de acuerdo? Seguía habiendo interferencias en la línea.

—De acuerdo —dije—. Lo haré.

Le oí reír, y acto seguido se oyó un «clic» en la línea y oí a mi padre decir:

—¿Eh, Joe? ¿Joe? ¿Estás ahí? ¡Oh, mierda!

—¿Sí? —dije—. Sigo aquí, te oigo.

Pero él no podía oírme. Algo —quizá el fuego— interfería en el normal funcionamiento de la línea. Seguí escuchando su voz unos instantes, y al cabo dije:

—Adiós. Sí. Adiós —y pronuncié su nombre. Y colgué el teléfono y fui a vestirme para ir al colegio.

Aquél fue un día escolar extraño. Lo recuerdo con claridad porque llegué tarde y no llevé ningún justificante de mi madre, y porque me sentía cansado y medio en sueños, como si hubiera dormido mal o estuviera incubando alguna enfermedad. Falté a un examen de lengua inglesa porque no había estudiado la noche pasada. En la clase de educación cívica alguien trajo el *Tribune* de aquel día y leyó en voz alta un artículo que decía que había humedad en el aire, y que pronto llovería o nevaría y el fuego de Alien Creek acabaría apagándose. Luego hubo un debate sobre si el fuego se extinguiría realmente —algunos opinaban que iba a durar todo el invierno—, y si tal extinción sería obra del hombre o de la naturaleza. El profesor, un hombre alto con sangre india, nos preguntó si alguno de nuestros padres estaba combatiendo los incendios, y alzaron la mano varios compañeros. Pero yo no lo hice, porque no quería que lo supieran y porque, en aquellos días, me parecía algo anómalo en mi vida.

La clase de geometría, luego, a la espera de la hora de salida, fue un poco como si ya estuviera fuera en la tarde fría. Traté de adivinar qué había entre mi madre y Warren Miller, porque todo parecía indicar que había algo. Y no por lo que se hubieran dicho el uno al otro mientras estaba yo presente, ni por lo que me habían dicho a mí o pudieran haberse dicho a solas, sino por lo que no dijeron pero dieron por sobreentendido, lo mismo que se sobreentiende que hay humedad en el aire o que un círculo tiene trescientos sesenta grados.

Pero, hubiera lo que hubiere, había valido una mentira. Mi madre había mentido a mi padre, y también yo. Y quizá Warren Miller también había mentido a alguien. Y, si bien sabía perfectamente lo que era una mentira, ignoraba si existía alguna diferencia cuando quienes mentían eran los adultos. Posiblemente importaba menos en ellos, ya que, en su universo de relaciones, la verdad acababa haciéndose evidente a todo el mundo. Mientras que para mí —dado que no había hecho en la vida nada que sirviera de referencia de mi persona— importaba mucho más. Así, sentado en mi pupitre en la fría tarde de octubre, traté de imaginar una vida feliz para mí y una vida feliz y alegre

para mis padres cuando todo aquello hubiera acabado, tal como auguraba mi madre. Pero en lo único que logré pensar fue en mi padre diciéndome: «¿Sí? ¿Sí, Joe? ¿Estás ahí?», y en mí mismo diciéndole: «Adiós».

Cuando salí del colegio fui caminando al estudio del fotógrafo, y después del trabajo me fui a casa. El tiempo estaba cambiando, y soplaba esa brisa que en Montana a la postre se hace gélida y te penetra a través de la piel como si fueras de papel. Sabía que esa misma brisa ventosa estaría soplando en la zona de los incendios, y que allí tendría importantes consecuencias. Y me pregunté si nevaría en las montañas, y pensé que lo más probable era que así fuera, y que con suerte mi padre volvería a casa antes de lo que cualquiera hubiera imaginado.

Cuando llegué a casa mi madre estaba en la cocina, de pie junto a la pila. Miraba hacia donde el sol se estaba poniendo. Llevaba un traje azul y blanco de cierto aire marinero, y el pelo recogido atrás en lo que ella llamaba un «moño francés». Era una forma de arreglarse que me gustaba. Había estado hojeando el periódico, que estaba abierto sobre el mármol contiguo a la pila.

—Invierno, invierno: vete —dijo, mirando por la ventana. Luego se volvió para mirarme, y me sonrió—. No te has abrigado lo suficiente. Vas a ponerte enfermo. Y después yo. —Miró de nuevo por la ventana—. ¿Has tenido un buen día en el colegio?

—No demasiado bueno —dije—. Me perdí un examen. Me olvidé de que iba a tenerlo.

—Bien, pues procura mejorar —dijo—. Harvard sólo dispone de unas cuantas plazas para los jovencitos de los confines del mundo. Además, seguro que aparece otro aspirante aquí, en Great Falls. Y no querrán admitiros a los dos. Yo, desde luego, no lo haría.

—¿Adónde has ido tan temprano? —dije—. Estaba despierto.

—¿De veras? —dijo ella—. Pues podría haberte llevado al colegio. —Se apartó de la ventana y empezó a cerrar el periódico hoja por hoja—. Me fui fuera —dijo—. Vi un anuncio en el periódico esta mañana: clases de matemáticas a los niños de la base. Algunos aún no saben ni sumar, creo. Así que he rellenado la solicitud; quiero ser una persona industriosa. De pronto sentí la necesidad de ser útil.

Acabó de doblar el periódico, lo apartó con cuidado hacia un lado y se volvió hacia mí. Yo quería preguntarle si iba a trabajar para Warren Miller.

—Papá llamó esta mañana —dije—. Hablé con él.

—¿Dónde estaba? —preguntó ella. No parecía sorprendida, sólo interesada.

—No lo sé. Supuse que en algún incendio. No me dijo dónde.

—¿Y dónde le dijiste que estaba yo?

—Le dije que te habías ido a la ciudad. Lo que pensaba que habías hecho.

No quise decirle que me había preguntado si ella se estaba ya buscando compañía masculina. No le habría gustado.

—Tú pensabas que me había ido a trabajar con el señor Miller, ¿no es cierto?

—Sí —dije.

—Bien, pues es lo que he hecho. Fui e hice unas cuantas cosas. Sólo es media jornada. Sigo teniendo un hijo que cuidar, si no me engaño.

—Eso está muy bien —dije, feliz de oírsele decir aun en el caso de que lo hubiera dicho sólo en broma—. ¿Está casado el señor Miller? —dije. Fueron palabras que me brotaron espontáneamente de la boca, sin pensamiento previo.

—Te hablé ya de ello —dijo mi madre—. Estuvo casado. —Fue hasta el frigorífico y sacó una bandeja de cubitos de hielo y la llevó a la pila y abrió el grifo encima de ella—. Vivió en aquella casa con su madre y su mujercita. Los tres. Durante bastante tiempo, creo. Luego la anciana dama murió. Su madre. Y no mucho después su mujer, Marie LaRose o algo así, se largó a no sé dónde. A California o Colorado, un sitio de éstos. Se fugó con un tipo que hacía prospecciones de petróleo. Cuarenta y seis años, y se larga de casa.

Cogió una taza blanca del armario y puso en ella un cubito; luego cogió una botella llena de *whisky* Old Crow de debajo de la pila, desenroscó el tapón y echó un poco en la taza. Mientras lo hacía, hablaba sin mirarme. Me pregunté si le contaría todo esto a mi padre si llegaba a preguntárselo, y decidí que probablemente no lo haría.

—¿Sientes lástima por él? —dije.

—¿Por Warren Miller? —dijo mi madre, dirigiéndome una rápida mirada; luego volvió a mirar la taza, que estaba sobre la pila, y siguió removiendo el *whisky* y el cubito con el dedo—. Por supuesto que no. No me da lástima nadie. No me doy lástima yo, así que no veo por qué debo sentir lástima por la gente. Y menos aún por la que no conozco bien. —Volvió a mirarme (otra mirada rápida), levantó la taza y se inclinó hacia ella para tomar un sorbo—. Me he echado demasiado —dijo antes de probar el *whisky*, y luego tomó un sorbo.

—Papá me ha dicho que ya no pueden controlar el fuego allá arriba —dije—. Que lo único que hacen es mirarlo.

—Bueno, él es perfecto para eso. Le gusta el golf. —Puso la taza bajo el grifo y se echó un chorrito de agua—. Tu padre tiene unas manos muy bonitas, ¿no te has fijado nunca? Son como las manos de una mujer. Se las va a destrozarse combatiendo incendios forestales. Las de mi padre eran de peón caminero. Eso es lo que solía decir.

—Me ha dicho que esperaba que no siguieras enfadada con él.

—Es adorable —dijo mi madre—. No estoy enfadada con él. ¿Tuvisteis una pequeña charla sobre mí? ¿Salieron a relucir todos mis defectos? ¿Te habló de esa mujer india que tiene allí arriba?

Llevó la bandeja del hielo al frigorífico. Había casi anocheado, y encendí la luz de la cocina. Era una luz bastante tenue, y hacía que la cocina pareciera pequeña y

sucia.

—Apágala —dijo mi madre. Estaba molesta conmigo por haber hablado con mi padre acerca de ella, lo cual yo no había hecho. Cogió la taza de *whisky* y se sentó en la mesa de la cocina—. Hoy he estado viendo un apartamento. Fui a esos Apartamentos Helen de la Segunda avenida. Tienen uno de dos dormitorios que está muy bien. Está cerca del río y de tu colegio.

—¿Por qué tenemos que cambiarnos?

—Porque... —dijo mi madre, y calló. Pasó el dedo anular por el asa de la taza y se quedó mirando el *whisky*, y luego habló con suma claridad y (así ha quedado en mi memoria) muy despacio—: El fuego puede durar mucho tiempo. Tu padre quizá quiera otra vida, una nueva vida. No sé. Y yo tengo que pensar muy bien las cosas. Tengo que pensar en quién paga las facturas. En pagar el alquiler de esta casa. Las cosas ahora son distintas, por si aún no te has dado cuenta. Las cosas pueden confundirte, superarte, si no tienes los ojos bien abiertos. Corres el riesgo de perder la tranquilidad espiritual.

—No creo que sea cierto lo que dices —dije, porque pensaba que mi padre se había ido a luchar contra un incendio, y que pronto volvería a casa. Mi madre estaba yendo demasiado lejos. Estaba diciendo despropósitos que ni ella misma creía.

—No me importa decirlo —dijo mi madre—. No está solo. Ya te lo dije. —Seguía con el dedo en el asa, pero no levantó la taza. Parecía tensa y cansada y desdichada sentada allí, atrapada en su visión del mundo y de su vida, una visión negativa—. Quizá no debimos venir a esta ciudad —dijo—. Quizá debimos quedarnos en Lewiston. Nos embarcamos en tantos cambios y ajustes que al final perdemos la noción de la cosas. —Lo que decía, en su caso, no podía ser más inexacto, porque a ella no le gustaba hacer ajustes, ni siquiera mentalmente. Y, que yo supiera, no había tenido que hacerlos en su vida. Levantó la taza y bebió un sorbo de *whisky*—. Supongo que ahora piensas que yo soy la mala, ¿no es eso?

—No —dije—. No lo pienso.

—Bueno, está bien —dijo mi madre—. No lo soy. Sería estupendo que, para variar, hubiera un culpable. Haría que los demás se sintieran mejor.

—Yo no me sentiría mejor —dije.

—De acuerdo. Pues tú no —dijo mi madre, y asintió con la cabeza—. Joe elige como única opción en la vida hacer las cosas que él considere absolutamente correctas. Buena suerte para Joe.

Volvió la cabeza para mirarme, y la expresión que vi en su cara era de inquina, una expresión que jamás había visto antes pero que reconocí al instante. (Más tarde la vería dirigida a otras personas). Pero aquella primera vez fui yo el destinatario, porque ella creía que había hecho lo correcto y todo lo que estaba en sus manos, y lo único que había conseguido era quedarse sola conmigo. Y yo no podía hacer nada

para remediarlo. Aunque, de haber podido, habría hecho que estuviera allí mi padre, o Warren Miller, o cualquiera con las palabras justas y capaces de reemplazar las de ella, alguien con quien ella pudiera hablar en lugar de tener que escuchar su propia voz en aquella cocina y de tener que tomarse la molestia de fingir que no se sentía absolutamente sola.

A las siete de la tarde de aquel día mi madre y yo cruzamos el río en dirección a la casa de Warren Miller, donde habíamos sido invitados a cenar. Mi madre llevaba un vestido verde vivo y zapatos de tacón del mismo tono, se había soltado el pelo —abandonando su habitual «moño francés»— y se había puesto perfume.

—Es mi vestido de la desesperación —me había dicho cuando la esperaba en la sala de estar; a través de la puerta del cuarto de baño, la veía ante el espejo—. Debería verme con él tu padre —dijo, echándose el pelo hacia atrás con los dedos—. Lo aprobaría. Puesto que lo ha pagado él.

—Le gustaría —dije.

—¡Oh, sí! —dijo ella—. Seguro que a él también le gustaría.

Apuró el último sorbo de *whisky* y dejó la taza en la pila; salíamos ya por la puerta trasera.

En el coche estuvo de buen humor; y yo también, sólo por verla así a ella. Atravesamos el centro de Great Falls, pasamos ante el Templo Masónico, en cuyo interior no se veían luces, y el Pheasant Lounge de Central Avenue, cuyo letrero de neón pendía con tenue luz en la noche. Había refrescado. Mi madre no llevaba abrigo y tenía frío, pero dijo que quería sentir el aire en su cuerpo.

Bajamos hasta Gibson Park y fuimos bordeando el río y pasamos por Apartamentos Helen, un largo edificio de ladrillo rojo y de cuatro pisos que nunca había visto antes, con varias ventanas iluminadas en las que entreví a un par de personas sentadas junto a una lámpara leyendo el periódico.

—¿Cómo te sientes? —dijo mi madre, ladeando la cabeza para mirarme—. ¿Muy raro? No me extrañaría.

—No —dije—. Estoy bien.

Pasábamos por Apartamentos Helen y yo miraba el edificio. Eran apartamentos de buen aspecto. Quizá nuestra vida, en uno de ellos, podría ser mejor.

—A veces... —empezó a decir. Estiró los brazos desnudos frente al volante y miró hacia adelante en dirección a la otra orilla, hacia Black Eagle—. A veces, si consigues mirar las cosas con cierto distanciamiento, no parecen tan malas. A mí me va bien hacerlo. Me alivia.

—Lo sé —dije, porque sentía cierto alivio en aquel mismo momento.

—Guarda las distancias —dijo—, y la gente, incluidas las chicas, pensarán que eres inteligente. Y quizá lo seas. —Bajó la mano para encender la radio—. Pongamos

algo de música animada —dijo. Recuerdo claramente que sintonizó la voz de un hombre que hablaba en una lengua extranjera (en francés, adiviné en seguida), muy deprisa y (parecía) desde muy lejos—. Canadá —dijo mi madre—. Ahora vivimos cerca del Canadá. ¡Dios mío! —Apagó la radio—. Esta noche no soporto el Canadá —dijo—. Lo siento. Tendremos Canadá más tarde.

Giramos, cruzamos el puente de la calle Quince y nos adentramos en Black Eagle.

La de Warren Miller era la única casa de la calle que tenía encendida la luz del porche. Y cuando paramos ante ella, en la acera opuesta, vi que el interior estaba iluminado. Situada a un nivel más alto que la calle, parecía encerrar el ambiente cálido y acogedor propio de una fiesta. El Oldsmobile rosa de Warren Miller estaba aparcado a mitad de la rampa de acceso, y en la calle, más abajo, vi la luz azul del restaurante italiano. Junto a la casa, frente al Oldsmobile y entre sombras, había una motora sobre un remolque, con el suave y blanco casco apuntando hacia lo alto.

—¡Cuánta luz, eh, Joe! —dijo mi madre. Parecía complacida por las luces. Movié el retrovisor hacia ella y abrió los ojos al máximo, los cerró y volvió a abrirlos como si hubiera estado durmiendo. Me pregunté cómo reaccionaría si le decía que no quería entrar en casa de Warren Miller, que lo que quería era cruzar el puente a pie y marcharme a casa. Pensé que me obligaría a acompañarla, y que no tenía elección—. Bien —dijo, girando el retrovisor hasta su posición en la oscuridad—. Los detalles tienen su mérito. ¿Vienes conmigo? No tienes por qué entrar. Si quieres, puedes irte a casa.

—No —dije, y me sorprendió oírmelo decir—. Tengo hambre.

—Fantástico —dijo mi madre. Abrió la portezuela al aire frío de la noche, bajamos del coche y subimos juntos hacia la casa.

Warren Miller abrió la puerta principal instantes antes de que llegáramos a los últimos escalones de la entrada. Llevaba un paño blanco de cocina metido tras la delantera del cinturón a modo de delantal. Vestía camisa blanca, pantalones de traje y botas de vaquero, y sonreía con aire más serio que alegre. Me pareció más viejo y más grande que el día anterior, y más acusada su cojera. Le brillaban los cristales de las gafas, y llevaba el pelo peinado hacia atrás y reluciente. No era guapo, ni mucho menos, ni parecía un hombre que leyera poesía o jugara al golf o tuviera mucho dinero o muchos bienes. Pero yo sabía que era todas estas cosas.

—Pareces la reina de un concurso de belleza, Jeanette —le dijo a mi madre en los escalones. Hablaba alto, mucho más alto que el día anterior. Tras su figura recortada en el hueco iluminado de la puerta, entreví sobre una mesa el vaso del que había estado bebiendo.

—Lo fui... en una ocasión —dijo mi madre. Pasó junto a él y entró en la casa—. ¿Dónde está la calefacción? Estoy helada —le oí decir, y desapareció en el interior.

—A las mujeres hay que decirles cosas bonitas —me dijo Warren Miller, y, como el día anterior, me puso sobre el hombro su mano grande. Estábamos en el umbral, y en su aliento percibí el olor de lo que había estado bebiendo—. ¿Se las dices tú a tu madre?

—Sí, señor —dije—. Intento hacerlo.

—¿Ya cuidas de que esté bien?

Oía su respiración en lo hondo del pecho. Sus ojos, tras las gafas, eran de un azul acuoso.

—Sí —dije—. Lo hago.

—No puedes confiar en todo el mundo —dijo, y apretó con fuerza mi hombro—. Ni siquiera en ti mismo. No eres un santo, maldita sea. Te lo digo yo, que soy medio indio —dijo, y se echó a reír al decirlo.

—No —dije—. Supongo que no lo soy.

Reí también, y él, aún con la mano en mi hombro, me empujó hacia el interior de la casa.

Dentro, la temperatura era muy cálida y el aire estaba lleno de aromas culinarios. Todas las lámparas que alcancé a ver estaban encendidas, y abiertas de par en par las puertas que daban a las demás piezas de la casa, de forma que desde el centro de la sala pude ver dos dormitorios, con sendas camas dobles, y más allá un cuarto de baño con azulejos blancos. Todo estaba ordenado y limpio, y todo me pareció anticuado, de otro tiempo. El papel de las paredes tenía flores de un anaranjado pálido. Las lámparas de las mesas descansaban sobre blancos tapetes de encaje, y los marcos de los cuadros eran de una madera sólida y oscura. Era —lo sabía— un buen mobiliario, pero antiguo y curvilíneo, con gruesas patas. Me pareció una morada poco común para un varón. Nada se parecía a lo que nosotros teníamos en casa. Nuestro mobiliario no era homogéneo. Y nuestras paredes no estaban empapeladas, sino pintadas.

Warren Miller cruzó cojeando la sala en dirección a la cocina, donde preparaba la cena, pero volvió al instante con una bebida para mi madre, un gran vaso de lo que él estaba tomando (imagino que ginebra). Mi madre estuvo unos minutos calentándose junto a la estufa, con la bebida en la mano; luego me sonrió y empezó a pasearse por la casa, mirando las fotografías que había sobre el piano y cogiendo y examinando detenidamente cuantos objetos veía encima de las mesas, mientras yo, sentado en el duro sofá tapizado de lana, guardaba silencio y esperaba. Warren Miller nos había dicho que estaba cocinando pollo a la italiana, y yo estaba deseoso de probarlo.

Yendo de un lado a otro de la casa con su vestido y sus zapatos verdes, mi madre estaba preciosa. Es un recuerdo que tengo muy grabado en la memoria. Había entrado en calor junto a la estufa, y sus mejillas estaban rosadas. Mientras deambulaba por la sala, tocando esto y aquello como si todo le encantara, sonreía.

—Bien, Joe —dijo Warren Miller desde la cocina—, ¿qué tal le va a tu padre?

Hablaba en tono muy alto, a gritos casi. No podíamos verle, pero le oíamos cocinar y hacer ruido con cazuelas y cacharros. Me habría gustado verle en la cocina, pero sabía que debía quedarme en la sala.

—Le va bien —dije.

—Joe ha hablado con él esta mañana —dijo mi madre en voz alta.

—¿Dijo que era una auténtica tragedia? Es lo que suelen decir en estos casos. Todo es una tragedia cuando no pueden con el incendio.

—No —dijo mi madre—. No lo dijo.

—¿Dijo que volvería pronto a casa? —preguntó Warren Miller.

—No —dije yo—. No hablé de ello.

En la mesa contigua a donde yo estaba sentado había un cenicero con una colilla apagada de cigarro, y debajo de él vi el libro que mi madre le había prestado.

—Hay también mujeres luchando contra el fuego —dijo mi madre—. Lo he leído en el periódico.

Estaba de pie junto al piano, y tenía en la mano la fotografía enmarcada de una mujer sonriente con el labio superior de un oscuro intenso.

—Las mujeres son mejores que los hombres en eso —dijo Warren Miller. Salía cojeando por la puerta de la cocina, con tres platos y sus cubiertos. Seguía con el paño de cocina colgándole del cinturón—. Saben de lo que hay que huir.

—No se puede huir de todo —dijo mi madre, yladeó la fotografía para que Warren pudiera verla mientras ponía los platos sobre la mesa, situada a un costado de la sala y cubierta por un blanco mantel de aspecto lujoso—. ¿Quién es? —preguntó mi madre, señalando con un gesto la fotografía.

—Mi mujer —dijo él—. Lo fue en un tiempo. Supo bien cuándo fugarse.

—Seguro que lo lamenta —dijo mi madre. Puso la fotografía sobre el piano y bebió un trago del vaso.

—Pues aún no se ha decidido a llamar para decirlo. Aunque puede que lo haga. Todavía no me he muerto —dijo Warren. Miró a mi madre y le sonrió como me había sonreído a mí en los escalones, como ante algo que no fuera divertido.

—La vida, la vida, la vida... —dijo mi madre—. La vida es larga.

De pronto cruzó la sala hacia Warren Miller, que seguía de pie junto a la mesa, le puso las manos en las mejillas, sin dejar el vaso, y lo besó en la boca.

—Pobrecito —dijo—. Nadie te dedica el cariño suficiente. —Bebió de nuevo un gran sorbo, y volvió la cabeza para mirarme—. Supongo que no te importa que le dé un beso inocente al señor Miller, ¿eh, Joe? —dijo. Estaba ebria, y no actuaba como de costumbre. Miró de nuevo a Warren Miller, que tenía en los labios una mancha de carmín—. ¿Va a suceder algo o ya ha sucedido? —dijo al cabo, porque ninguno de nosotros había dicho nada. No nos habíamos movido.

—Todo está ante nuestros ojos —dijo Warren Miller. Me miró y sonrió abiertamente—. Tengo comida italiana, ya lista, ahí dentro —dijo, y se dirigió hacia la cocina—. Tenemos que alimentar a este muchacho, Jeanette. O no se sentirá feliz.

—No es que parezca muy feliz ahora —dijo mi madre, con el vaso vacío en la mano.

Volvió a mirarme y se tocó con la lengua las comisuras de los labios; luego fue hasta el ventanal de la fachada, desde donde se podía mirar en dirección a la ciudad, en dirección a nuestra casa, ahora vacía en la calle Ocho. No sé qué se imaginaría que estaba pensando yo. Supongo que me imaginaba disgustado o sorprendido o escandalizado... Por haberme llevado o por comportarse sin inhibiciones o por haber besado a Warren Miller en mi presencia o por estar borracha. Pero de lo único que yo era consciente en aquel momento era de que las cosas se habían desquiciado y yo, allí sentado en el sofá de Warren Miller, no sabía qué hacer para que las aguas volvieran a su cauce. Para ello era necesario que regresáramos a casa. E imagino que miraba la noche en dirección a nuestra casa porque era allí donde quería estar. Me consolaba, sin embargo, el que mi padre no supiera nada de lo que estaba aconteciendo, porque no lo comprendería ni aun en la medida en que yo alcanzaba a comprenderlo. Y me dije a mí mismo, allí sentado, que si algún día tenía la oportunidad de contarle todo aquello, no lo haría. Nunca lo haría, por mucho que viviera, porque los amaba a los dos.

Al poco Warren Miller trajo un gran bol con lo que él llamó «pollo *cacciatore*» y una jarra de vino en una cestita, y los tres nos sentamos a la mesa y cenamos. Mi madre, al principio, estuvo de un humor un tanto extraño, pero a medida que comía iba recuperando el buen ánimo. Warren Miller comía con la servilleta sobre la pechera de la camisa, y mi madre dijo que aquélla era la manera antigua, y que seguro que la había aprendido en el viejo Oeste, pero que no quería que yo comiera de aquella guisa. Al cabo de un rato, sin embargo, los tres nos colgamos del cuello la servilleta y lo celebramos con grandes risas. Nadie habló de los incendios. En un momento dado Warren Miller me miró de frente y me dijo que en su opinión mi padre tenía un carácter fuerte, y que se enfrentaba con valor a la adversidad, y que cualquier patrón para el que trabajara se sentiría afortunado, y que cuando volviera de combatir el fuego, él, Warren Miller, le encontraría un empleo capaz de asegurarle un brillante futuro. Dijo que un hombre inteligente podía hacer dinero en el negocio de los coches, y que él y mi padre hablarían del asunto en el momento oportuno.

Mi madre no habló mucho, aunque creo que pasó una buena velada. Se sentía turbada por Warren Miller —algo había en él que la atraía—, y no le importaba que yo me diera cuenta. Sonreía y se inclinaba sobre la mesa y hablaba de Boise, Idaho, donde había un hotel que le gustaba, con un buen restaurante, y de Grand Coulee, donde había pescado con su padre cuando niña, y donde Warren Miller también había

estado. Habló de una ocasión en que vio el Great Salt Lake desde el aire, y de qué había sentido, y de Lewiston. Dijo que allí nunca hacía frío gracias a su peculiar situación geográfica, y que no le ilusionaba el inminente invierno en Great Falls, porque el viento soplaba durante semanas y su incesante soplar —según sabía podía volver loca a una persona. No mencionó en ningún momento Apartamentos Helen o las clases en la base aérea, ni su trabajo en el silo con elevador de Warren Miller. Parecía haberse esfumado todo ello, como si hubiera sido un sueño, como si los únicos mundos reales fueran Idaho, donde había sido feliz, y la casa de Warren Miller, donde se sentía feliz de estar en aquel momento.

Le preguntó a Warren Miller cómo había hecho su dinero, y si había ido a la universidad como primer paso en la vida, porque quería que yo tuviera estudios universitarios. Y Warren, que había encendido un gran cigarro negro y se había quitado ya la servilleta del cuello, se echó hacia atrás en la silla y dijo que había estudiado en el Este, en el Dartmouth College, donde se había especializado en historia porque su padre había sido catedrático de esa disciplina en Bozeman y había insistido, pero que Montana no era un lugar donde la educación tuviera gran importancia para nada. Él —explicó— había aprendido todo aquello que merecía la pena aprender en el ejército, en la Birmania de la Segunda Guerra Mundial, donde había sido comandante del cuerpo de transmisiones y nadie sabía hacer nada como es debido.

—Es la incompetencia de los demás lo que te hace rico —dijo, y dio unos golpecitos al cigarro para echar la ceniza en el cenicero—. El dinero crea dinero, sin necesidad de más fórmulas. Casi no importa lo que hagas. Volví de Corea y fui granjero, luego entré en el negocio del *leasing* petrolero y estuve trabajando en ello en Marruecos, y al volver compré esos silos y la agencia Oldsmobile y el negocio de seguros de cosechas. No soy muy inteligente. Hay infinidad de gente con más inteligencia que yo. Soy, simplemente, partidario del progreso. —Se pasó las grandes manos por el reluciente pelo y sonrió a mi madre—. Tengo cincuenta y cinco años de *juventud*, pero soy así de inteligente.

—Te mantienes joven —dijo mi madre, y le devolvió la sonrisa—. Quizá debieras escribir tus memorias algún día.

Warren Miller y mi madre se miraron, y pensé que ambos sabían algo que yo no sabía.

—¿Por qué no escuchamos un poco de música? —dijo de pronto Warren Miller—. Hoy he comprado un disco.

Mi madre volvió la cabeza hacia la habitación vivamente iluminada que había a su espalda.

—Me pregunto dónde está el baño —dijo. Me miró y me sonrió—. ¿Tú sabes dónde está, Joe?

—Al fondo del dormitorio, Jenny —dijo Warren Miller—. Están dadas todas las luces.

Nunca había oído que la llamara así nadie, y debí de dirigir a mi madre una mirada que delataba mi sorpresa.

—¡Oh, por Dios, Joe...! Si quieres acusarme de algo, acúsame de algo serio —dijo ella. Se levantó, y supe con certeza que había bebido demasiado, porque se quedó con la mano en el respaldo y nos miró primero a mí y luego a Warren varias veces, aún de pie y con los ojos brillantes a la luz de la sala—. Pon un poco de música —dijo—. Puede que alguien quiera bailar dentro de un rato.

—Claro que sí —dijo Warren Miller—. Buena idea. Cuando vuelvas, bailaremos.

Pero siguió sentado, con el cigarro entre los dedos, sobre el cenicero. Mi madre volvió a mirarnos a los dos como si no pudiera vernos bien, y luego entró en el dormitorio y cerró la puerta a su espalda.

Warren Miller dio una larga chupada al puro y echó el humo hacia lo alto, y luego bajó la mano y volvió a dejarla a cierta altura del cenicero. Su gran anillo de oro —el que había sentido sobre mi hombro el día anterior— tenía una piedra cuadrada y roja y, en medio de ella, un diamante blanco; era un objeto que difícilmente se dejaría olvidado quien lo llevara encima.

—Tengo una avioneta —me dijo Warren Miller—. ¿Has montado alguna vez en avioneta?

—No —dije—. Nunca.

—Cuando estás ahí arriba adquieres una perspectiva distinta de las cosas —dijo—. El mundo entero es diferente. Tu ciudad se vuelve un pueblecito diminuto. Te llevaré a volar un día, y te dejaré coger los mandos. ¿Te gustaría venir conmigo?

—Sí, algún día —dije.

—Podemos ir a Spokane, comer allí y volver. Puede venir también tu madre. ¿Te apetecería?

—No sé —dije. Pero pensé que a ella le gustaría.

—¿Vas a ir a la universidad como ella dice? —me preguntó.

—Sí —dije—. Eso espero.

—¿A cuál? —dijo—. ¿En cuál has puesto el ojo?

—En Harvard —dije. Y me habría gustado saber dónde estaba Harvard, y tener una razón que explicara mi elección.

—Es buena —dijo Warren Miller. Se inclinó hacia la mesa, cogió la jarra de vino tinto con una mano y se sirvió un poco en la copa—. Una vez... —dijo; dejó la jarra sobre la mesa y se quedó un instante callado. Su pelo brillaba a la luz de la sala, y parpadeó varias veces tras las gafas—. Una vez, volando... Era otoño, como ahora. Pero un otoño más frío, y no tan seco. Bien, pues iba en la avioneta a echar una ojeada al trigal de un pobre hombre que tenía un seguro conmigo y había perdido la

cosecha a causa del granizo, y de pronto vi bandadas y bandadas de gansos que bajaban del Canadá. Iban todos en formación, ya sabes, en grandes uves. —Bebió media copa de vino de un trago y se pasó la lengua por los labios—. Estaba allá arriba, entre los gansos, ¿y sabes lo que hice?

Me miró y volvió a llevarse el cigarro a la boca y cruzó las piernas, y vi sus botas marrones de vaquero, lustrosas y sin ninguno de esos dibujos caprichosos que acostumbran a llevar los hombres en Montana.

—No —dije, y pensé que sería algo increíble, o imposible, o que nadie se atrevería a hacer. También él me parecía ebrio.

—Corrí hacia atrás la ventanilla —dijo—, y paré el motor. —Se quedó mirándome con fijeza—. A mil metros de altura. Y me quedé escuchando. Estaban todos allí, a mi alrededor. Y graznaban y graznaban, en lo alto del cielo, donde nadie más que Dios les había podido oír antes. Y me dije a mí mismo que era como ver un ángel. Un gran privilegio. Fue la cosa más maravillosa que había hecho en toda mi vida. Y que haré en lo que me queda.

—¿No pasó miedo? —dije, porque en lo único que podía yo pensar era en lo que yo habría sentido, y en lo que haría una avioneta con el motor desconectado, y en el tiempo que podría mantenerse en el aire sin estrellarse contra el suelo.

—Sí —dijo—. Pasé miedo. Claro que pasé miedo. No pensé en nada. Estaba allá arriba, y nada más. Podía haber sido uno de aquellos gansos; sólo durante aquel preciso instante. Perdí toda humanidad, y allá abajo tenía a toda aquella gente que confiaba en mí. Tenía a mi mujer y a mi madre, y cuatro negocios. No es que no me importaran. Es que ni siquiera pensé en ellos. Fue luego, cuando pensé en ellos, cuando sentí miedo. ¿Sabes de lo que estoy hablando, Joe?

—Sí —dije, pero no era cierto. Lo único que comprendía era que lo que había contado era muy importante para él, y que por tanto debía también suponer algo para mí.

Se echó hacia atrás en la silla. Al contarme el episodio de los gansos se había inclinado un poco hacia adelante. Cogió la copa de vino y bebió lo que quedaba en ella. Del exterior, tras los muros, me llegó un ruido lejano de agua deslizándose por unas cañerías.

—¿Quieres una copa de vino? —me preguntó Warren Miller.

—De acuerdo —dije.

Me sirvió y luego se sirvió él.

—Por los ángeles —dijo—, y por qué tu padre no se queme allá arriba como una loncha de bacon.

—Gracias —dije, no sé muy bien por qué.

Adelantó su copa hacia la mía y, antes de que llegaran a tocarse, se la llevó a los labios y bebió de nuevo la mitad de su contenido. Yo tomé un pequeño sorbo del mío

y me disgustó su sabor —como dulce y avinagrado al mismo tiempo—, y dejé la copa encima de la mesa. Y de pronto, por espacio de un instante, con toda aquella luz y Warren Miller sentado frente a mí, exhalando aquel aliento que era una mezcla del vino y del propio olor —fuera el que fuere— de su persona, sentí que estaba en un sueño, un sueño que seguiría y seguiría y del que acaso no llegaría a despertar jamás. Mi vida, súbitamente, se había convertido en *aquello*, en algo que no era horrible pero tampoco era lo que había sido. No veía a mi madre, estaba solo, y en aquel fugaz instante eché en falta a mi padre más de lo que le había echado o volvería a echarle en falta en toda mi vida. Sé que estuve a punto de derrumbarme y echarme a llorar por todo lo que en aquel momento no tenía y temía no volver a tener jamás.

—Tu madre es muy bonita —dijo Warren Miller. Sostenía la copa en una mano y tocó el cigarro apagado con la otra. Me pareció un hombre muy grande—. La admiro mucho. Adopta una actitud valiente ante la vida.

—Eso creo yo también —dije.

—Y eso es lo que *tú* debes hacer —dijo. Cerró el puño de la mano derecha, lo alzó y puso ante mis ojos el rubí rojo de su anillo—. ¿Qué crees que es esto? —dijo.

—No lo sé —dije.

Acercó más el puño.

—El rito escocés —dijo—. Soy masón del grado treinta y tres. —Su puño era grande y grueso y de aspecto macizo. Parecía un puño que jamás hubiera golpeado nada, porque nada se habría puesto en su camino de haber podido evitarlo—. Puedes tocarlo —dijo.

Puse un dedo en el anillo, sobre la suave piedra roja, y luego sobre el diamante engastado en ella. En el oro había diminutas inscripciones que no pude interpretar.

—Es el ojo que todo lo ve —dijo Warren Miller, con el puño aún extendido como si fuera una parte desgajada de su cuerpo—. ¿Tu padre es masón?

—No —dije, pese a no saber si lo era o no. No sabía de qué me estaba hablando, pero pensé que se debía a su embriaguez.

—No eres católico, ¿verdad? —dijo.

—No —dije—. No vamos a ninguna iglesia.

—Eso no importa —dijo él, escrutándome a través de los cristales de las gafas—. Deberías tener relación con algún grupo de chicos de tu edad. ¿Te gustaría? Me encantaría ocuparme de ello.

—Estaría muy bien —dije. Oí cómo se abría y se cerraba una puerta, y otra vez un sonido de agua corriendo por las cañerías.

—Los jóvenes necesitan un empujoncito en la vida —dijo Warren Miller—. No siempre es fácil empezar. Interviene también la suerte.

—¿Tiene hijos? —pregunté.

Me miró de un modo extraño. Debió de creer que estaba pensando en lo que me

había dicho, pero no era así.

—No —dijo—. No he tenido hijos. No me gustan muchos los niños.

—¿Por qué no?

—Nunca he conocido a ninguno, supongo.

—¿Dónde está su mujer? —pregunté. Pero no me respondió, porque mi madre abrió la puerta del dormitorio en aquel momento y él alzó la mirada hacia ella como si estuviera viendo a la persona más importante del mundo.

—La bella dama ha vuelto —dijo. Y se levantó y fue cojeando hacia el equipo musical que descansaba sobre una gran cómoda situada a un lado de la sala. Yo ni siquiera lo había visto, pero era algo que destacaba sobre todo lo demás en cuanto reparabas en ello—. Ya no recordaba que iba a poner un poco de música —dijo. Abrió uno de los cajones y sacó un disco con su funda—. Pondré algo bueno de verdad.

—Tienes una casa impecable —dijo mi madre—. No necesitas otra esposa. Te bastas y te sobras a ti mismo. —Se llevó las manos a la cara y se dio unos golpecitos en las mejillas, como si se hubiera lavado la cara en el cuarto de baño y la tuviera aún húmeda. Le había visto hacerlo otras veces. Ahora miraba a su alrededor como si la sala le pareciera diferente. Y su voz sonaba distinta. Más grave, como si estuviera cogiendo un resfriado o acabara de despertarse—. Es una casita preciosa —dijo. Me miró y sonrió, y se rodeó con los brazos.

—Moriré en ella uno de estos días —dijo Warren Miller, inclinado sobre el disco y leyendo la portada.

—Un pensamiento alegre —dijo mi madre, y sacudió la cabeza—. Quizá debamos bailar antes de que suceda, ya que estás tan seguro.

Warren Miller miró a mi madre, y en los cristales de sus gafas espejeó la luz del techo.

—Bailemos —dijo.

—¿Warren va a hacer que entres en Dartmouth o algo parecido? —me preguntó mi madre. Estaba de pie en medio de la sala, con los labios un poco fruncidos, como si tratara de decidir algo.

—No hemos hablado de ello —dijo Warren Miller—. Estaba tratando de que se interesara en la Orden de los DeMolay.

—¡Ah, eso! —dijo mi madre—. No son más que tonterías, Joe. Mi padre perteneció a ella. Lo que Warren tiene que hacer es conseguir que entres en Dartmouth. Es mejor que Harvard, según he oído. En los DeMolay puede entrar todo el mundo. Son como los Alces.

—Son mejores —dijo él—. No hay católicos ni judíos entre ellos. Y no es que me importe si los hay o no.

—¿Eres demócrata? —dijo mi madre.

—Cuando presentan a un buen candidato —dijo Warren Miller—, y ahora no es el caso.

Puso el disco sobre el plato.

—Mi familia está a favor del obrero —dijo mi madre. Cogió mi copa y tomó un sorbo de vino.

—Bien, pues deberías volver a pensártelo con calma —dijo Warren Miller. Dejó caer con suavidad el brazo sobre el disco, y la pequeña sala se llenó de música al instante.

Mi madre, entonces, dejó la copa en la mesa y se puso a bailar sola, agitando los brazos en el aire y con una expresión de determinación en el semblante.

—Cha-cha-chá... —tarareó, porque se trataba de este tipo de música, una música que ponían mucho en la radio de Denver a altas horas de la noche y que mi madre solía escuchar, una música con batería y trompeta y todo un fondo de orquesta.

—¿Te gusta? —dijo Warren Miller por encima de la música. Estaba de pie junto al tocadiscos, sonriendo mientras mi madre bailaba.

—Claro que me gusta —dijo, y tarareaba «cha-cha-chá» y hacía chasquear los dedos al ritmo de la música. Al pasar junto a mí, me cogió las manos—. Venga, Joe, baila con tu madre —dijo, y trató de levantarme de la silla y de sacarme al centro de la sala. Recuerdo que sus manos estaban muy frías, y que me parecieron menudas y delgadas. Me puse en pie, aunque no quería bailar ni tenía la menor idea de cómo hacerlo. Tiró de mí hacia ella y me empujó hacia atrás, y canturreó «cha-cha-chá» y miró mis pies, que se movían para adelante y para atrás de un modo confuso. Sus brazos estaban rígidos, y también los míos. Era horrible hacer aquello —tener que hacerlo— con tu madre, en una casa extraña, delante de un hombre a quien no conocía y que no me gustaba.

Cuando hube avanzado y retrocedido torpemente unas diez veces, dejé de hacerlo por completo: me quedé quieto, con los brazos caídos y laxos, y mi madre, al verme, dejó de bailar y se quedó mirándome con expresión disgustada.

—Eres un desastre bailando, Joe —dijo, alzando la voz para hacerse oír por encima de la música—. Tienes plomos en lugar de pies. Me avergüenzas.

Me soltó las manos y se quedó mirando con fijeza el techo bajo, directamente a la esfera de la lámpara, como si esperara ver algo o a alguien en mi lugar cuando volviera a mirar a donde yo estaba.

—Tendrás que bailar conmigo, Warren —dijo—. Joe no quiere bailar con su madre, y aquí no hay nadie más. —Se volvió hacia Warren Miller y tendió hacia él los brazos desnudos—. Vamos, Warren —dijo—. Joe quiere que baile contigo. Eres el anfitrión. Tienes que hacer lo que los invitados quieran. Por tonto que parezca.

—Muy bien. Lo intentaré —dijo Warren Miller. Cruzó la sala en dirección a mi madre. Con su acusada cojera, parecía un hombre incapaz de bailar y reacio por

completo a aprender a hacerlo. Andaba, de hecho, como si tuviera una pata de palo.

Mi madre se puso a bailar sola otra vez antes de que Warren Miller intentara siquiera acompañarla. Tarareaba «cha-cha-chá» una y otra vez, y cuando tuvo a Warren Miller al alcance de los brazos, cogió sus grandes manos y comenzó a atraerlo y empujarlo como había hecho antes conmigo. Y Warren Miller siguió el ritmo que le marcaba. Cada vez que reculaba, reincidía en su cojera y parecía a punto de caerse, pero cuando mi madre tiraba con fuerza de él daba un traspié hacia ella como si fuera a echarse en sus brazos. Mi madre seguía tarareando «cha-cha-chá» al ritmo de la música, y dando pasos adelante y atrás sobre la punta de los pies, y diciéndole a Warren que no mirara sus propios pies sino que se moviera como ella, y Warren cojeaba y agachaba la cabeza, pero aguantaba el tipo, y al cabo de varias veces se había alzado también sobre sus pies y se movía con ligereza sobre ellos como lo haría un gran animal. Había una sonrisa en su semblante, y empezó a repetir «cha-cha-chá» a coro con mi madre, y a mirarla a la cara en lugar de mirar sus propios pies, que se arrastraban por el piso dentro de las botas. Mi madre, luego, le soltó las manos y puso las suyas sobre sus hombros, y él la cogió de la cintura, y bailaron así, juntos, ella sobre las puntas de los pies y él sin dejar de cojear.

—Mira esto, Joe —dijo mi madre—. ¿No es maravilloso? ¡Fíjate, Warren ya sabe bailar! Es uno entre un millón.

Eché la cabeza hacia atrás y dejó que el pelo le cayera por los hombros mientras seguía bailando, balanceando la cabeza al ritmo de la batería. Y me dio la sensación de que ahora no quería que la mirara. Sentí, de hecho, que al mirarla estaba haciendo algo que no debía hacer, así que me levanté y entré en el dormitorio y cerré la puerta a mi espalda.

A través de la pared la música sonaba como si algo estuviera golpeando el suelo. Me llegaba el sonido de sus pies al deslizarse por el piso, y sus risas regocijadas, divertidas, de estar pasándolo divinamente.

No tenía nada que hacer en aquel dormitorio. Estaban encendidas todas las luces. A través de los brillantes cristales de la ventana vi el interior de la casa contigua: un hombre y una mujer de edad —mayores que Warren Miller—, sentados uno junto a otro en sendas butacas, miraban la televisión en la oscuridad. No podía ver la pantalla, pero ambos reían. Sabía que me verían si volvían la cabeza, y puede que hasta sintieran mi mirada, y si me veían tal vez pensarán que era un ladrón y se asustarán, así que me aparté de la ventana.

Era el dormitorio de Warren Miller. Las paredes eran de un azul claro, y había una gran cama con una colcha blanca y un cabezal de perfil curvo, y una pequeña cómoda con un televisor encima de ella. Sobre la mesilla de noche vi una lámpara de esfera amarilla, idéntica a la que había junto al ventanal. Encima de la cómoda vi un grueso

billetero y unas monedas, y junto a ellas un papel doblado en el que estaba escrito el nombre de mi madre y nuestro número de teléfono. Debajo aparecía, subrayado, el nombre de mi padre, y más abajo mi propio nombre —Joe— con una casilla al lado. No había nada extraño en ello, pensé. Mi madre trabajaba ahora para Warren Miller. Y él planeaba buscarle un trabajo a mi padre y hacer que yo ingresara en el club DeMolay.

Entré en el cuarto de baño. No había luz —sabía que mi madre la había apagado—, y la encendí. En la sala, por encima de la música, mi madre decía en voz alta:

—Una música muy apasionada, ¿no te parece?

Y oí sus apagados pasos sobre el piso.

El cuarto de baño era blanco, con una bañera blanca y toallas blancas. Vi el retazo de toalla en que mi madre se había secado las manos. Vi cabellos suyos en el lavabo blanco, y olí su perfume en el aire cálido. Las cosas de Warren formaban una hilera ordenada: una maquinilla de afeitar, un tubo de crema para el afeitado, un frasco de tónico capilar rojo, un frasco forrado de cuero de loción para después del afeitado, unas pinzas plateadas, un largo peine negro y un cepillo de cerdas amarillas con una banda de piel en el lomo en la que leí las iniciales WBM. No buscaba nada en concreto. Lo que quería era no estar en la sala mientras la música sonara y mi madre y Warren Miller estuvieran bailando. Abrí el cajón de debajo del lavabo y lo único que vi fue una toallita blanca doblada y limpia, y encima de ella una pastilla de jabón sin empezar.

Cerré el cajón, volví al dormitorio y abrí el armario ropero. Los trajes de Warren colgaban en hilera, y debajo de ellos había varios pares de zapatos de gran tamaño —entre ellos unos zapatos de golf de color castaño— también alineados. Al fondo había un uniforme del ejército, y en el suelo, al pie de la puerta, unos zapatos femeninos de tacón alto y color plateado.

Detrás de los trajes, en la pared del armario, vi unas fotografías y diplomas enmarcados. Tiré del cordón de la luz y aparté los trajes. En el interior del armario olía a naftalina, y el aire era fresco. Un certificado de licencia absoluta del ejército y un título universitario del Dartmouth College, ambos a nombre de Warren Miller, colgaban uno junto al otro. Había una fotografía de dos hombres de uniforme de pie junto a un viejo avión, en la linde de lo que parecía una selva. Y otra, enmarcada, de Warren Miller con la mujer cuya fotografía había visto en la sala; estaban de pie, ambos muy bien vestidos, y la mujer sonreía y tenía en la mano unas flores blancas. El sol les cegaba los ojos. La fotografía era de años atrás, pero Warren apenas había cambiado —grande, pesado, alto—, a excepción del pelo, que era más tupido y más corto. A un lado de las fotografías, colgada de una escarpia, vi una especie de abrazadera ortopédica, un brillante artilugio de acero con correas rosadas y hebillas y pernos ajustables que Warren se ponía sin duda en la pierna, y que le ocasionaba su

peculiar cojera, aunque también le permitía andar.

Cerré el armario y me volví hacia el dormitorio, más caldeado que el interior del armario. Sobre la mesilla iluminada por la lámpara vi un libro boca abajo. En la cubierta se veía a un vaquero que galopaba sobre un caballo blanco mientras sujetaba a una mujer con la blusa desgarrada y disparaba contra unos hombres que los perseguían a caballo. El título era *Incidente en Texas*.

Abrí el cajón de la mesilla, y en su interior vi varios tees de golf y una pequeña Biblia muy gastada con un señalador verde entre sus páginas. El cajón olía como a polvos de talco. Descubrí también dos navajas de plata con la inscripción BIRMANIA-1943, idénticas a la que me había regalado. Y una pistola, una pequeña arma automática de cañón corto y culata negra de plástico. Yo ya había tenido otras pistolas en la mano. Mi padre guardaba una en la mesilla, como Warren Miller. Ésta era de pequeño calibre —8 mm, o incluso menos—, un arma capaz de intimidar o herir a una persona, pero no necesariamente de matarla. La cogí y me pareció más pesada y peligrosa de lo que había imaginado al principio. Apreté la culata, puse el dedo en el gatillo, apunté hacia el armario y emití un leve sonido con los labios. Imaginé que disparaba contra alguien: lo perseguía, le apuntaba, mantenía el brazo y la mano firmes y apretaba el gatillo. No tenía a nadie en mente. Disparar contra una persona era algo que —tenía la certeza-jamás haría. Pero ese *algo*, sin embargo, se daba entre los humanos. Y estaba bien conocer la existencia de tal acto mucho antes de llegar a tener la oportunidad o el deseo de ponerlo en práctica.

Me volví y dejé la pistola en el cajón, y al hacerlo descubrí que debajo de ella había un pañuelo blanco que no había visto antes. Tenía las mismas iniciales que el cepillo —WBM— bordadas con hilo azul en un ángulo. Entonces, sin saber por qué, apreté el pañuelo —que estaba doblado formando un cuadrado— con la palma y sentí el tacto de algo dentro de él, o debajo. Desdoblé el pañuelo y vi de qué se trataba: un preservativo en su bolsita de papel de estaño rojo y oro. Había visto antes otros preservativos; de hecho había visto muchos, aunque nunca había usado ninguno. Los compañeros de mi anterior colegio, en Lewiston, solían llevarlos para presumir de ellos. En Great Falls nadie me había enseñado ninguno, pero los compañeros hablaban de follar con chicas, y suponía por tanto que conocían el asunto y que también ellos los llevaban. Nunca supe que mi padre tuviera ninguno, pero había pensado en esa posibilidad e incluso los había buscado en los cajones de su cómoda. No sé lo que habría hecho si hubiera encontrado alguno, pues mi pensamiento al respecto era que el usarlos o no era exclusivamente asunto suyo, suyo y de mi madre. Yo no era ya inocente acerca de la vida, de lo que los adultos se hacían mutuamente cuando estaban solos. Sabía que hacían lo que les venía en gana.

No me sorprendió, pues, que Warren tuviera un condón en el cajón de la mesilla, aunque no pude imaginármelo usándolo. Cuando lo intenté, sólo logré verlo sentado

en un costado de la cama, donde yo estaba ahora, en ropa interior y calcetines, asiendo el borde del colchón y con la mirada perdida en el suelo. No había ninguna mujer en escena. Pero pensé que, si quería tener un condón, estaba en su derecho. Cogí la bolsita: el nombre de la empresa fabricante era Murphy, con sede en Akron, Ohio. La apreté entre mis dedos, palpé el contorno del preservativo en su interior. Me la llevé a la nariz, y olía al almidón del pañuelo. Consideré la posibilidad de abrirla, pero no habría podido hacer absolutamente nada con su contenido.

Volví a dejarla entre los pliegues del pañuelo, y puse la pistola encima. Y al hacerlo pensé en la esposa de Warren —Marie LaRose, o como quiera que se llamase—, y en que se había marchado de aquella casa, de aquel dormitorio, y no tenía intención alguna de volver. Y en que Warren estaba solo en ella, con ese recuerdo y esos pensamientos. Cerré el cajón, salí del dormitorio y volví a la sala, donde la música había dejado de sonar.

Mi madre estaba sentada en el taburete del piano, con las piernas extendidas hacia el frente. No se había quitado los zapatos verdes, pero se había subido el vestido por encima de las rodillas y se abanicaba con una partitura. Me sonrió como si hubiera esperado verme salir del dormitorio en aquel mismo momento. Warren Miller estaba sentado a la mesa donde habíamos cenado, y donde seguían los platos y copas y cubiertos. Había vuelto a encender su cigarro.

—¿Has mirado ya en todos los cajones de Warren? —dijo mi madre, sonriendo y abanicándose. Su voz seguía siendo grave—. Descubrirías sus secretos. Seguro que tiene montones de ellos.

—Ninguno que no pueda compartir con él —dijo Warren Miller. Se había soltado el botón de arriba de la camisa, y tenía empapadas de sudor las axilas.

—Cuando el padre de Joe y yo llevábamos poco tiempo de casados —dijo mi madre—, alquilé un traje de marinero y le dediqué un bonito número de claqué cuando volvió de las clases de golf. Era un regalo de aniversario. Y le encantó. Algo ha debido recordármelo en este momento.

—Seguro que le encantó. Tuvo que ser precioso —dijo Warren Miller. Se quitó las gafas y las limpió con la servilleta. Luego se dio unos golpecitos con ella en los ojos. Su cara, sin las gafas, parecía más grande, y más blanca—. Tu madre, Joe, baila con verdadera pasión, ¿lo sabías?

—Quiere decir que bailo hasta caer rendida —dijo mi madre—. Hace un calor endiablado en esta casa, claro está. Si te descuidas te caes muerta. —Me miró como si reparara en mi presencia por primera vez desde que había vuelto—. ¿Qué te gustaría hacer ahora, cariño? —dijo—. Seguro que te estamos aburriendo soberanamente. Yo, al menos.

—No —dije—. No me aburres. No estoy aburrido.

—¿Sabes cómo se hirió Warren en la pierna? —preguntó. Se apartó un mechón

húmedo de la frente y volvió a abanicarse la cara con la partitura.

—No —dije, y me senté a la mesa junto a Warren Miller.

—¿Te gustaría saberlo?

—Claro que sí —dije.

—Bien. Pues lo golpeó por detrás un enorme rodillo de alambre de espino cuando vadeaba el río Smith, con el agua hasta la cintura. ¿No es eso, Warren? Fue debajo del agua, y no lo viste venir. ¿Fue así, Warren?

—Exacto —dijo Warren Miller. Parecía un poco incómodo al oírle a mi madre hablar de ello.

—¿Y cuál es la lección? —dijo mi madre, y sonrió—. Al parecer, Warren piensa que de todo hay que sacar una enseñanza. El mundo debería tenerlo muy presente.

—Siempre hay algo capaz de bajarte los humos —dijo Warren Miller, con sus grandes piernas cruzadas frente a la mesa.

—O no —dijo mi madre.

—O no, también es cierto —dijo él, y le sonrió. Le gustaba mi madre. No había duda alguna.

—Joe y yo tenemos que marcharnos, Warren —dijo mi madre, y se levantó—. De pronto me he puesto quisquillosa, y Joe se aburre.

—Esperaba que os quedarais a pasar la noche —dijo Warren Miller, con las manos sobre las rodillas, sonriendo—. Hace mucho frío. Y estás borracha.

—Claro que *estoy* borracha —dijo mi madre. Volvió la cabeza hacia el viejo piano, y dejó la partitura sobre el pequeño atril—. No es un crimen, ¿no? —Me miró—. ¿Sabías que Warren toca el piano, cariño? Tiene mucho talento. Tendrías que ser como él.

—Hay otro dormitorio —dijo Warren Miller, y señaló el otro cuarto, que también estaba iluminado y en el que a través de la puerta podía verse el pie de una cama.

—No tenía intención de pasar aquí la noche —dijo mi madre. Miró en torno de la pequeña sala, como buscando un abrigo con el que salir al frío nocturno—. Joe es un excelente conductor. Su padre le enseñó.

—Tienes que ponerte encima algo —dijo Warren Miller. Se levantó y entró en el otro dormitorio, el que yo no conocía.

—Warren va a dejarme un abrigo de su mujer, supongo —dijo mi madre, y parecía disgustada—. No te importa conducir, ¿verdad? Lo siento, estoy borracha.

—Está bien —dije—. No me importa.

—Experiencia de combate —dijo ella—. Mi madre solía llamarlo así cuando mi padre se emborrachaba y entraba como una tromba y empezaba a exigir cosas. Algún día te ganarás un gran ascenso. O sea, te harás mayor y podrás marcharte.

Warren Miller volvió a la sala con un abrigo de hombre de color castaño.

—Esto te abrigará —dijo. Se acercó y ayudó a mi madre a ponérselo.

—¿No tienes ninguno de tu madre? —dijo mi madre. Se había atado los tres botones, y parecía otra persona: no un hombre, sino alguien desconocido para mí.

—Se los di a los pobres —dijo Warren Miller.

—¿También los de tu mujer? —dijo mi madre, sonriéndole.

—Esos quizá los tire, sin más —dijo Warren Miller.

—No lo hagas —dijo mi madre—. Puede que te espere en algún recodo del camino. Nunca se sabe.

—Espero que no —dijo Warren Miller.

Y, sin aviso previo, cogió a mi madre por los hombros y la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Ante mis propios ojos. Y no me gustó. Mi madre se apartó de él como si tampoco a ella le hubiera gustado, y empezó a andar hacia la puerta.

—Vamos, se acabó la fiesta, Joe —dijo.

La seguí, pero sin dejar de mirar a Warren Miller. En su semblante había una expresión que no me gustó: estaba furioso, y vi cómo respiraba bajo la camisa blanca. Parecía alguien capaz de hacerte daño, alguien que *te haría* daño si perdiera los estribos o tuviera algún motivo. No me gustaba Warren Miller; de hecho, nunca volvió a gustarme. Lo único que quería hacer en aquel instante era alejarme de él, salir a la noche fría con mi madre y volver con ella a casa.

En el coche hacía frío. Ocupé al asiento del conductor y puse las manos sobre el volante, a la espera de que mi madre encontrara las llaves, que estaban sobre su asiento. El volante estaba gélido, y resultaba difícil de mover. En la calle, más abajo, la luz del restaurante italiano aún proyectaba en la noche como una neblina azul.

—El corazón me late muy deprisa —dijo mi madre—. Enciende la luz, Joe. — Encendí la luz interior y mi madre se inclinó para buscar las llaves, que finalmente encontró sobre la hendidura del asiento—. He bebido demasiado —dijo—. Y cuando bebes el corazón se te desboca. —Me tendió las llaves, y luego dijo—: Espera aquí, Joe. No quiero llevarme este abrigo a casa.

Abrió la puerta, bajó del coche, cruzó la calle y subió por las escaleras de hormigón hacia el ventanal de la fachada, que seguía iluminado. Vi cómo tocaba el timbre y se quedaba esperando. Warren Miller abrió la puerta, y ella entró quitándose el abrigo. Luego les vi cruzar el ventanal: él le había cogido el brazo, y hablaban. Y ya no pude verlos más.

Seguí sentado en el coche frío, sin luces, y esperé. Observé la calle desierta. Del restaurante italiano salió al poco un grupo de hombres, que se quedaron charlando con las manos en los bolsillos. Uno de ellos, de pronto, golpeó a otro en el brazo, bromeando, y luego todos se despidieron y se fueron en distintas direcciones. Instantes después se encendieron varios faros más abajo de la calle, junto al bordillo, y los coches partieron. Uno de ellos pasó junto a mí, y yo permanecí quieto en mi asiento. Al poco salió del restaurante una pareja, ambos con gruesos abrigos de

invierno. Una vez en la calle se pararon, como habían hecho los otros, y se quedaron charlando. Luego el hombre acompañó a la mujer hasta un coche aparcado a unos metros, y le abrió la portezuela. La besó, y la mujer subió al coche y puso en marcha el motor y se alejó. El hombre fue hasta su coche, aparcado un poco más lejos, y partió también, aunque en la dirección opuesta.

Miré hacia la casa de Warren Miller, y traté de adivinar cuánto había esperado ya y cuánto tendría que seguir esperando, y qué estaría diciéndole mi madre a Warren Miller acerca del abrigo y de los motivos por los que no quería llevárselo. Yo no veía qué podía importar eso, y lo que pensaba era que estaba diciéndole que no le gustaba que la besara, y menos de aquel modo, delante de su hijo, y que no estaba dispuesta a volver a tolerarlo. Luego me pregunté qué haría Warren Miller con su motora, que podía ver en la rampa con el morro levantado, y en qué aguas navegaría y si alguna vez me montaría en ella, o en su avioneta —hasta Spokane—, o si volvería a verlo, a él, Warren Miller, algún día. Y por una u otra razón me dio la sensación de que no volvería a verlo, y por esa misma razón deseé haber dejado la navaja de plata que me había regalado en el cajón de su mesilla, junto a las otras. No me servía para nada, y pensé en tirarla en cuanto tuviera ocasión de hacerlo; tirarla al río cuando cruzáramos el puente en dirección a casa. Y algo en aquel pensamiento —acerca de Warren Miller y de su aspecto cuando lo vi la última vez, tras el ventanal de su casa, en compañía de mi madre— me hizo recordarlo: un hombre grande y risueño a quien mi padre había enseñado a jugar al golf, alguien cuyo nombre no había recordado o con quien nunca había hablado, alguien a quien sólo vi tal vez a través de una ventana o dentro de un coche o de lejos mientras jugaba al golf... Tan sólo eso quedaba en mi memoria.

Me pregunté si existía alguna pauta o algún orden en la propia vida; no una pauta u orden que uno conociera, sino algo que actuara en su persona e hiciera que los hechos, cuando acontecieran, parecieran justos y oportunos, o le infundiera confianza en relación con ellos, o le indujera a aceptarlos aun cuando parecieran negativos. O si todo simplemente sucedía, incesantemente, como en un torbellino, sin que nada lo detuviera o lo causara... de modo idéntico al que suponemos en las hormigas o en las moléculas bajo el microscopio, o al que supondrían en nosotros, sin conocer nuestras dificultades y problemas, quienes nos observaran desde otros planetas.

Del pie de la colina me llegó la sirena del cambio de turno en la refinería de petróleo. Eran las once de la noche, y los hombres volvían a sus casas, y yo estaba cansado y quería que Warren Miller desapareciera de mi vida (para él no había, a mi juicio, lugar alguno en ella).

Bajé del coche y me quedé mirando la casa en la calle fría. Pensé que mi madre saldría por aquella puerta en cualquier momento, pero no alcancé a entrever el más mínimo movimiento. La luz del porche estaba apagada, pero la amarilla del interior

seguía encendida. Creí oír una música —de *boogie-woogie*: piano e instrumentos de viento—, pero no estaba seguro. Podía llegarme del restaurante italiano. Esperé unos instantes, con la mirada fija en la casa. No sabía cuánto tiempo llevaba mi madre en ella. Oí una locomotora de maniobras en la estación de mercancías del pie de la colina. Pasaron a mi lado varios coches. Cansado de esperar, crucé la calle y empecé a subir hacia la casa, pero a mitad de las escaleras me detuve y agucé el oído. La música, ahora, se oía claramente, y venía de la sala de Warren Miller. Quise gritar para que mi madre saliera, o se acercara a la ventana para hacerme una seña. Pero no quería gritar «¡Mamá!», o «¡Jeanette!».

Subí los últimos escalones y llegué al porche, y en lugar de llamar a la puerta fui hasta el ventanal, desde donde podía ver la sala. Seguían sobre la mesa los platos de la cena, la puerta de la cocina estaba abierta, al igual que las de los dormitorios, y más allá, en el cuarto de baño donde yo había estado antes, la luz brillaba sobre los azulejos blancos. Y vi a mi madre y a Warren Miller. Estaban de pie en medio de la sala, en el lugar exacto donde habían estado bailando. Y creo que apenas llegué a verlos. Si hubiera vuelto al coche en aquel momento, no los habría visto en absoluto, o no habría quedado grabado en mi memoria lo que vi. El abrigo que mi madre había ido a devolver estaba en el suelo; mi madre rodeaba con sus brazos desnudos el cuello de Warren Miller, y le besaba y le acariciaba el pelo. Él le había levantado por detrás el vestido verde, dejándole al descubierto los muslos, las medias y los elásticos blancos de los ligeros, y las bragas blancas. Y, pese a tener el cigarro en la mano, entre los dedos, la abrazaba por las nalgas y la atraía hacia sí con tanta fuerza que acabó alzándola del suelo y estrechándola contra su pecho mientras la besaba y recibía sus besos.

Yo seguí en la ventana mirando lo que hacían —no más de lo que he dicho— hasta que los pies de mi madre volvieron a tocar el piso; entonces temí que dejaran de besarse de improviso y se volvieran y me vieran a través de los cristales. No tenía intención de impedir que continuaran, ni de obligarles a hacer lo que no querían. Lo que deseaba era seguir mirándolos, hasta que sucediera lo que tuviera que suceder. Pero cuando los pies de mi madre tocaron el suelo me aparté hacia un lado, y, una vez fuera del marco del ventanal, ya no fui capaz de volver a exponerme. Tenía miedo de que me vieran. Así que me volví y bajé las escaleras y crucé la calle y subí al coche, me senté ante el volante y esperé a que mi madre terminara lo que estaba haciendo y bajara y pudiéramos por fin volver a casa.

No mucho después se abrió la puerta de la casa, y mi madre salió con su vestido verde, sin el abrigo, y bajó directamente las escaleras. No vi a Warren Miller. La puerta permaneció abierta unos instantes, y luego se cerró. El porche seguía a oscuras, y vi cómo se apagaba una luz dentro de la casa.

Mi madre cruzó deprisa la calzada y subió al coche, se sentó a mi lado, cerró la

puerta y se puso a tiritar de frío.

—Necesita una casa más bonita —dijo. Cruzó los brazos, volvió a tiritar y sacudió la cabeza. Me llegó el dulce y untuoso aroma del tónico capilar rojo que había visto en el cuarto de baño de Warren Miller—. ¿No tienes frío? —dijo—. Está bajando mucho la temperatura. Pronto vendrá la nieve. ¿Y luego qué?

—No han dicho que vaya a nevar —dijo. Aún no había puesto el motor en marcha. Estábamos parados en la oscuridad.

—Muy bien —dijo ella, y se echó aliento en el dorso de las manos—. Me he asombrado de mí misma. Me he divertido. ¿Y tú?

—Sí. Yo también —dijo, pero era mentira.

—No quería llevarme ese viejo abrigo. No me apetecía. —Se puso las manos en la cara—. Tengo las mejillas calientes —dijo. Se volvió y miró hacia atrás como si esperara ver a alguien en el asiento trasero. Luego me miró en la oscuridad—. ¿Te ha gustado Warren?

—No —dijo—. No demasiado.

—¿Lamentas haber venido, entonces? ¿Es eso lo que quieres decirme?

—No lo sé —dijo—. No he pensado en ello. —Puse la mano en la llave de contacto, la hice girar y puse el motor en marcha. El circuito de la calefacción se puso en funcionamiento, y empezó a entrar aire frío por las rejillas de ventilación.

—Bien, pues piénsalo —dijo ella.

—Lo haré.

—¿Qué pensarás de mí cuando me haya muerto? —dijo—. A lo mejor tampoco has pensado en ello todavía.

—Sí. En eso sí he pensado —dijo, y quitó la calefacción.

—¿Y? ¿Cuál es el veredicto? Si me declaras culpable, sabré soportarlo.

—Te echaré de menos —dijo—. Eso seguro.

—Warren decía en serio lo de llevarte a volar en su avioneta —dijo—. Dice que puedes aprender Morse en una tarde. Siempre quise saber Morse. Poder mandar mensajes secretos a gente de otros lugares.

—¿Por qué le dejó su mujer? —pregunté. Fue todo lo que se me ocurrió decir.

—No conozco la historia —dijo mi madre—. Warren no es un hombre guapo. Aunque, claro está, los hombres tienen otras formas de ser guapos. A diferencia de las mujeres. ¿Piensas que tú eres guapo? —dijo, y al decirlo me miró directamente. Estábamos sentados en el coche, frente a la casa de Warren Miller, en la oscuridad, hablando—. Te parece a tu padre. ¿Crees que él es guapo?

—Sí, lo creo —dijo.

—Yo también —dijo ella—. Siempre he pensado que era muy guapo. —Puso la palma de la mano sobre el cristal frío de la ventanilla, y luego se la llevó a la mejilla—. Es solitario esto, ¿no te parece? ¿No crees que es solitario?

—Ahora mismo, sí —dije.

—No es tanto cuestión de encontrarse solo o de desear la presencia de alguien que no está, ¿no te parece?, sino de hallarse en compañía de gente que no es la apropiada. Creo que no me equivoco.

—Quizá no —dije.

—Y tú estás conmigo —dijo mi madre, y me sonrió—. Supongo que no soy muy apropiada. Es una pena. Una pena para mí, quiero decir.

—Creo que eres apropiada —dije.

Miré hacia la casa de Warren Miller y vi que no había ya ninguna luz en la sala. Sólo una ventana lateral aparecía iluminada. Warren Miller estaba en su dormitorio, y lo imaginé agachado ante la puerta del armario, quitándose las botas, con una mano apoyada en la pared empapelada de azul para no perder el equilibrio. Quizá, pensé, no había que condenarle por haber besado a mi madre, ni por haberle subido el vestido por encima de las caderas. Quizá no pudo hacer otra cosa. Quizá no había que culpar de ello a nadie, quizá nadie era culpable de la mayoría de las cosas que les suceden a los mortales.

—¿Por qué no nos vamos ya? —dijo mi madre—. ¿Te encuentras bien?

—Me encuentro bien —dije.

—Sé que has bebido algo de vino.

—Estoy perfectamente —dije—. Y tú ¿cómo te encuentras?

—¡Oh, bien! —dijo mi madre—. ¿Cómo me encuentro? Tengo miedo de convertirme en otra persona, supongo. En alguien completamente nuevo y diferente. Así es como funciona el mundo, probablemente. No nos enteramos de las cosas hasta que nos suceden. ¡Ja, ja, ja!, deberíamos decir, imagino. ¡Ja, ja, ja! Me sonrió de nuevo.

Inicié la marcha y fui dejando atrás la casa de Warren Miller, y mientras nos alejábamos pensé que para mí también estaba cambiando el mundo; se hacía distinto, y de la noche a la mañana. Podía percibirlo: era algo que se me había metido en la cabeza, una sensación idéntica a la descrita por mi padre cuando el mundo empezó a cambiar para él.

Cuando entramos en casa aquella noche el teléfono estaba sonando. Eran las once y media. Mi madre fue directamente a la cocina y levantó el auricular. Era mi padre, y llamaba desde uno de los campamentos contra el fuego.

—¿Sí? Hola, Jerry. ¿Cómo estás? —le oí decir a mi madre. La veía de pie junto a la mesa de la cocina. Se enroscaba el cordón sobre un dedo, y me miraba a través de la puerta. Me pareció más alta que en casa de Warren Miller. Su cara también me pareció distinta, más práctica y formal, menos dispuesta a la sonrisa. Me quedé allí mirándola, como a la espera de mi turno para ponerme al teléfono, aunque sabía que

no tendría ocasión de hacerlo.

—Bien, eso es estupendo, cariño —dijo mi madre—. En serio. Es un alivio oírlo. —Asintió con la cabeza mientras seguía mirándome. Yo sabía que no pensaba en mí, que ni sabía quizá a quién estaba mirando—. Sí, qué espectáculo —dijo—. ¡Santo cielo! —Miró a su alrededor y encontró la taza en la que había estado bebiendo *whisky* antes de salir de casa aquella tarde, y la cogió mientras hablaba—. Sí, ¿y se puede respirar? —dijo—. Es lo que quería saber. Me parece importante.

Luego, por espacio de unos segundos, habló mi padre. Me llegó el zumbido siseante de su voz a través de la cocina silenciosa.

—¡Ajá! —dijo mi madre—. ¡Ajá! —Tenía en la mano la taza vacía. Se la llevó a los labios y apuró las últimas gotas mientras escuchaba. Luego la dejó sobre la mesa—. Sí. Uno llega hasta su límite. Lo sé. Hay que adaptarse —dijo—. ¿Cómo puede suceder tan deprisa? ¡Dios mío!

Mi padre volvió a hablar, y mi madre me miró y señaló con el dedo el pasillo y me dijo con los labios las palabras: «Vete a la cama».

No iba a poder hablar con mi padre aquella noche, pero me habría gustado coger el auricular para decirle que le echaba de menos, que los dos le echábamos de menos, y que habría sido maravilloso tenerlo en casa aquella misma noche. Pero no era eso lo que deseaba mi madre, e hice lo que me decía porque no quería suscitar una discusión en plena medianoche, con mi padre al teléfono y ella borracha y enamorada de otro hombre.

No siguió en el teléfono mucho tiempo. Desde mi cuarto le oía decir de cuando en cuando unas palabras, y luego bajar la voz y hablar durante un breve lapso. No oí mencionar mi nombre, ni el de Warren Miller, ni la solicitud de trabajo que había presentado en la base aérea aquella misma mañana. Oí las palabras «espontáneo» y «mentira» y «privado» y «adorable». Y poco más. Y minutos después oí cómo el auricular encajaba sobre la horquilla, y el sonido de la puerta del armario y el entrecuchar de un vidrio contra otro.

Cuando mi madre entró en mi cuarto, yo estaba ya en la cama. La luz del techo seguía encendida, y pensé que iba a apagarla para que no tuviera que levantarme. Tenía un vaso de *whisky* en la mano. Nunca le había visto beber como aquella tarde y aquella noche. Jamás había sido bebedora.

—Tu padre saluda a su hijo único —dijo, y bebió un sorbo—. Me ha contado que ha visto cómo se quemaba un oso. ¿No es increíble? —Yo me limitaba a escucharla—. Se había subido a un árbol para escapar del fuego, y de pronto se pusieron a arder todas las ramas a su alrededor. El pobre animal se arrojó en llamas del árbol y se alejó corriendo. Algo difícil de olvidar, ¿no crees?

—¿Ha dicho que volvía a casa? —pregunté. Estaba pensando, allí acostado, que

quizá nevaba en el lugar donde se hallaba ahora mi padre, y que quizá el fuego se extinguiera por sí mismo.

—Quizá tenga que quedarse algo más de tiempo —dijo mi madre—. No le he preguntado los detalles cruciales. ¿Estás orgulloso de él? ¿Estás llegando a sentir eso?

—Sí —dije.

—Muy bien —dijo ella—. A él le gustaría que lo estuvieras. Yo no voy a tratar de convencerte de lo contrario.

—¿Tú estás orgullosa de él? —pregunté.

—¡Oh! —dijo mi madre, y calló—. ¿Te acuerdas de cuando fuimos en el coche y llegamos hasta muy cerca del fuego? Bajaste y lo tuviste a unos metros... Quería que tuvieras esa experiencia, supongo. ¿No te dije cuando volviste que todo aquel incendio no era más que una serie de pequeños fuegos aislados? ¿Y que de vez en cuando se unían y formaban un enorme fuego que lo destruía todo a su paso? —Metió un dedo en el vaso, y luego se lo llevó a la boca—. Bien, creo que nada tiene excesiva importancia por sí mismo, de forma aislada —dijo con voz suave.

—Yo también lo creo —dije, aunque no creía que hubiera contestado a mi pregunta acerca de mi padre.

—Sé que es cierto —dijo, y ahora estaba irritada—. Por el amor de Dios, sé lo que es cierto. Nunca en mi vida he estado tan convencida de algo. —Aspiró profundamente y expelió el aire con fuerza, como en un atropellado suspiro. Estaba junto a mi ventana, con la mirada fija en la noche—. ¿Qué pensarías si matara a alguien...? ¿Te sentirías muy turbado?

Me miró, y supe que no pensaba matar a nadie.

—Sí —dije—. Muy turbado. No me gustaría nada.

—Bien. De acuerdo, entonces —dijo—. Descartado. Tendré que pensar en otra cosa. En algo más interesante.

—¿Estás orgullosa de papá? —pregunté—. No me has contestado.

—¡Oh! —dijo—. No. No mucho. Aunque no debes dejar que eso te preocupe, ¿entiendes, cariño? No importa demasiado de quién pueda sentirme orgullosa. De mí misma. Tendría que desear sentirme orgullosa de mí misma. Únicamente. Ahora tendrás que confiar en algo diferente. —Me sonrió—. Me estaba preguntando por qué pensé que tenías que venir conmigo esta noche. A veces hacemos cosas extrañas. No sé a cuál de los dos quería dar a conocer al otro. A ti probablemente te tiene sin cuidado. No es más que una cosa entre tantas.

—Creí que querías que fuera contigo —dije.

—Bien, pues es verdad. Tienes razón.

Me sonrió de nuevo, y se pasó los dedos por el pelo.

—¿Te ha contado Warren lo de los gansos que vio cuando volaba en la avioneta?

—Sí —dije.

—¿No te parece una historia maravillosa? —dijo mi madre—. No es más que un cuento, claro. Se imagina cosas y las cuenta. —Apagó la luz—. Pero resulta divertido —dijo. Luego me dio las buenas noches y cerró la puerta a su espalda.

Seguí despierto un rato más, y pensé que Warren Miller no parecía un hombre dado a inventar historias. Parecía más bien un hombre a quien le sucedían cosas, como había dicho mi madre; un hombre que obraba mal y trataba de ocultarlo comportándose mejor, un hombre a quien mi padre quizá habría catalogado como «tipo de mal carácter». Me pregunté qué habría dicho mi padre de mí hacía un rato; si estaba furioso conmigo por algo; si había actuado yo mal y trataba también de ocultarlo. Y al borde ya del sueño me pareció oír a mi madre marcando un número de teléfono. Esperé, y recuerdo que —mientras oía su apagado timbre y finalmente la voz de alguien que respondía en alguna parte— me sentí muy vivo y despierto. No puede ser otro que Warren Miller, pensé. Y oí su voz: «Sí», y de nuevo: «Sí». Y luego todo quedó en silencio, y me dormí.

A las dos de la madrugada, me desperté. Oí correr el agua del retrete, y luego un ruido peculiar: alguien manipulaba el tirador de la cisterna para hacer que el agua dejara de sonar. Escuché el ruido del metal sobre el depósito de loza y el gorgoteo del agua que corría por las cañerías; me levanté de la cama y salí al oscuro pasillo y me aposté en un rincón donde no podía ser visto. Esperé allí hasta que se abrió la puerta del cuarto de baño y la luz se proyectó sobre el piso y vi en el umbral a Warren Miller, que al salir se volvía y apagaba la luz e instantes después se dirigía hacia el dormitorio de mi madre. Estaba desnudo. Antes de que apagara la luz vi su pecho y sus piernas, y el tupido vello de ambas zonas de su cuerpo. Vi su pene, y cuando se volvió vi las cicatrices de la parte posterior de sus piernas, donde lo había herido el alambre de espino. Parecía una piel que hubiera recibido un disparo de escopeta. Llevaba puestas las gafas, y cuando se dirigía hacia el cuarto de mi madre vi cómo cojeaba: su pierna derecha no llegaba a enderezarse, y hacía que su cuerpo se inclinara hacia un lado y que su pierna sana, la izquierda, diera una gran zancada hacia adelante de un modo que acentuaba su cojera. Su cuerpo blanquecino brillaba al alejarse de mí por el pasillo oscuro; yo seguía en mi rincón, en camiseta y calzoncillos, y cuando abrió la puerta del cuarto, en el que no había luz, me llegó del interior la voz queda de mi madre: «Silencio. No hagas ruido». La puerta se cerró, y oí cómo el colchón se hundía bajo su peso. Mi madre lanzó un suspiro, y Warren Miller tosió y se aclaró la garganta. Yo seguía con la espalda contra la puerta del armario del pasillo, y tenía frío. Sentía frío en las piernas y en las manos y en los pies. Pero no quería moverme porque presentía que aquello no terminaba en aquel punto y no quería perderme lo que pudiera suceder después.

Mi madre hablaba en voz baja, y Warren Miller le respondía. Volví a oír los

muelles de la cama, que crujieron con ruido. Mi madre dijo: «¡Oh, vamos!»; no en tono de excitación, sino como si no le gustara algo. La cama siguió crujiendo, y supe que antes —mientras dormía— había habido ya otros crujidos, y que cuando al borde del sueño creí oír a mi madre llamando a Warren Miller era exactamente eso lo que había oído.

Luego oí las pisadas de Warren Miller sobre el piso —arrastraba los pies desnudos, cojeando—, y la puerta del armario y una percha deslizándose por la barra de metal; y el frufrú de unas ropas, y una respiración grave, y las pisadas de unos pies calzados. Y al cabo se abrió la puerta del dormitorio y vi salir al pasillo a Warren Miller y a mi madre. Él vestía la camisa blanca y los pantalones de horas antes, y llevaba las botas en la mano, y ella tan sólo el albornoz y unos zapatos cuyas pisadas oí pero que no alcancé a ver en la oscuridad. No miraron hacia donde yo estaba. Sabía que no pensaban en mí, o en si seguía o no en la cama. Cruzaron el pasillo —uno detrás de otro, cogidos de la mano— y entraron en la cocina y se deslizaron hasta la puerta trasera. Oí cómo la abrían, y por espacio de un instante pensé que mi madre le había acompañado para indicarle por dónde debía marcharse, pero la puerta volvió a cerrarse sin ruido, y segundos después, ya fuera, se cerró también sin ruido la puerta de tela metálica. Y la casa quedó en silencio y vacía, a excepción de mí, que seguía en el pasillo, y del siseo del agua que perdía la cisterna y que Warren Miller no había conseguido hacer cesar.

Fui hasta la puerta trasera y miré por la ventana. A la luz de la luna no pude divisar sino una esquina del viejo garaje de la parte de atrás de la parcela —un garaje que no utilizábamos— y la sombra del abedul sobre el terreno, a un lado de la casa. No vi a mi madre ni a Warren Miller. Se habían marchado.

Volví a mi habitación y fui hasta la ventana, y al mirar hacia la calle vi a Warren Miller y a mi madre. Caminaban por la acera, uno al lado del otro, y ya no iban cogidos de la mano. Él seguía con las botas bajo el brazo. Se alejaban deprisa, corriendo casi, como si tuvieran frío y quisieran llegar cuanto antes a un lugar más abrigado. Empezaron a cruzar deprisa la calzada oscura, sin mirar a derecha ni a izquierda; mi madre se levantaba el albornoz con ambas manos para poder dar pasos más largos. No miraron hacia atrás en ningún momento, y me pareció que tampoco hablaban. Vi que se apresuraban hacia un coche aparcado al otro lado de la calle. Era el Oldsmobile rosa de Warren Miller, aislado y solo entre las sombras y las hojas amontonadas junto al bordillo, invisible casi para quien no conociera su ubicación exacta.

Cuando llegaron al coche mi madre abrió deprisa la puerta delantera y se acomodó en el asiento del acompañante. Warren Miller ocupó el del conductor y cerró en seguida la puerta. Inmediatamente después se encendieron los rojos pilotos traseros. Luego se encendió la luz interior, y los vi a los dos: mi madre echada hacia

un lado, contra su puerta, y él sentado ante el volante. El motor se puso en marcha de pronto, y el tubo de escape lanzó al aire una nube de humo blanco. Vi que la cara de mi madre se volvía hacia Warren Miller; debió de decirle algo acerca de las luces, porque instantes después se apagó la del interior, y luego la de los frenos. Pero el coche no se movió. Siguió inmóvil en la oscuridad, junto a la acera opuesta. Y yo, de pie ante mi ventana, lo observaba a la espera de que partiera, de que mi madre y Warren Miller salieran rumbo adondequiera que fueran —a su casa o a un motel o a otra ciudad o a algún lugar donde yo no volvería a verlos nunca—. Pero no fue eso lo que sucedió. El Oldsmobile siguió donde estaba con el motor en marcha y las luces apagadas, y mi madre y Warren Miller en su interior oscuro. Ya no podía verlos, y al poco su respiración dentro del habitáculo cerrado había empañado por completo los cristales de las ventanillas.

Seguí unos minutos más observando el coche a través de la ventana. Y no sucedió nada, nada que yo pudiera ver, aunque creía saber lo que estaba sucediendo. (Lo que cualquiera supondría, nada sorprendente). Pasó un coche por la calle Ocho —nuestra calle—, y no aminoró la marcha ni pareció reparar en el Oldsmobile; sus faros iluminaron las ventanillas empañadas y el humo blanco del tubo de escape, pero no alcancé a ver a mi madre ni a Warren Miller. Me pregunté si estarían en peligro de asfixiarse a causa de una filtración al interior de los gases del tubo de escape. Era algo que se leía en los periódicos. Y decidí que sí, que lo estaban. Pero también ellos conocían ese riesgo, y eran ellos quienes debían cuidar de sí mismos. Si morían allí dentro, y por las razones que los habían llevado a estar donde estaban, sería sólo culpa suya. Nada podía hacer yo para evitarlo. Y después de permanecer unos minutos ante la ventana fría, observando el coche y las emanaciones del tubo de escape, cerré la cortina y salí de mi cuarto.

Recorrí el pasillo y entré en el cuarto de baño. La cisterna seguía perdiendo agua; levanté la tapa y metí el brazo desnudo en el agua fría hasta llegar a la resbaladiza goma de la válvula, y la apreté contra el fondo hasta que el agua dejó de correr y sentí el brazo rígido y helado. Luego esperé un rato —quizá un minuto— con la mano en el agua a fin de cerciorarme de que la goma se mantenía en su lugar, y luego me sequé el brazo y la mano y puse de nuevo la tapa, y traté de pensar qué hacer a continuación —meterme en la cama y dormir, o ir a la cocina a leer, o vestirme y salir a la noche y alejarme de mi madre que seguía en el coche de Warren Miller, y tal vez no volver, o volver al cabo de varios días, o llamar desde alguna parte, o no llamar jamás...

Lo que hice fue ir a la cocina y coger la linterna de debajo de la pila (la botella de *whisky* seguía allí al lado), y encenderla y avanzar con ella por el pasillo y entrar en el dormitorio de mi madre, donde las cortinas estaban corridas y la cama toda revuelta y una almohada y la mitad de una sábana en el suelo. En el aire había un olor extraño:

el perfume de mi madre y otro olor como de loción para las manos, un olor que no era dulzón y que creí reconocer aunque no recordaba dónde lo había oído antes. Dirigí el haz de luz a derecha e izquierda —al despertador vuelto hacia la pared, junto a la cama, a la puerta del armario abierta y las ropas de mi madre, a su vestido verde y sus zapatos verdes y sus medias, que descansaban sobre una silla...—. No buscaba nada en especial, ni pretendía descubrir nada secreto. Era el cuarto de mi madre, con sus objetos y pertenencias, y nada de lo que ella hacía en aquel momento podía hacer a aquellas cosas especiales o distintas.

No había ni la menor huella de mi padre en ninguna parte; era como si jamás hubiera vivido en aquel cuarto. Su bolsa de golf no estaba en su sitio; las fotografías que tenía encima de la cómoda habían desaparecido; la cajita de cuero de sus gemelos debía de estar en otra parte —quizá en un cajón—, y sus libros de golf ya no estaban alineados sobre la cómoda sino en el suelo. Encontré tan sólo una fotografía de él, enmarcada, al lado de la ventana y medio oculta por la cortina. Tal vez mi madre la había pasado por alto. La enfoqué con la linterna. Tras el cristal se veía a mi padre con pantalones y zapatos claros y una camisa blanca de manga corta. Estaba solo en un campo de golf, con un driver en la mano, mirando sonriente hacia el terreno liso y despejado, listo para golpear la pelota que tenía a sus pies. Su cara era tersa y joven y sus brazos fuertes, y llevaba el pelo corto. Parecía un hombre que sabía lo que se hacía. Podía lanzar la pelota fuera del alcance de la vista tantas veces como quisiera, y se estaba cerciorando de que las cosas se encontraban a su gusto. «Así es como se juega a este deporte», me había dicho la primera vez que me enseñó la fotografía, cuando yo tenía diez o doce años. «Así es como sabes lo que estás haciendo cada segundo. Despejas tu cabeza. No tienes ninguna preocupación en la vida. Y golpeas la pelota y la pelota entra en el hoyo. Es cuando tienes muchas cosas en la cabeza, Joe, cuando fallas todos los golpes. No hay ningún misterio». Era la fotografía de él que más le gustaba, y había sido tomada en los primeros años de su matrimonio, cuando ni mi madre ni él habían soñado siquiera concebirme. Y mientras enfocaba con la linterna la fotografía, aquella cara sonriente y limpia y sin ninguna preocupación en la vida, me alegré de que mi padre no estuviera allí en aquel momento y no pudiera enterarse de lo que estaba sucediendo. Me alegré de que estuviera donde estaba, y abrigué la esperanza de que —de algún modo— todo terminara, todo quedara zanjado antes de que volviera a casa y descubriera que su vida entera —y la mía y la de mi madre— se había desquiciado hasta perder todo sentido.

Entreabrí las cortinas y miré el jardín a través de la ventana. Quizá habían transcurrido diez minutos desde que vi salir a mi madre en albornoz y a Warren Miller con las botas en la mano. En las casas de nuestra calle no había luces, y no pasaba ningún coche. Alcancé a ver tan sólo la trasera del coche de Warren Miller, y

el humo del tubo de escape. Y me pareció oír el sonido grave del motor al ralentí. Supuse que lo que habían estado haciendo en el cuarto de mi madre —fuera lo que fuere— se había vuelto de pronto arduo y difícil de hacer, o había sido demasiado ruidoso, y que el coche les había parecido un sitio más idóneo. En nuestro pequeño jardín el césped estaba blanco por el claro de luna y la escarcha, y el abedul llorón proyectaba hacia la calle una sombra más ancha y más densa. En mitad del jardín había una urraca; se movía brinco a brinco, de un lado para otro, picoteaba en el césped, miraba en torno y volvía a moverse. Pegué al cristal el foco de la linterna, la encendí y proyecté una débil luz sobre la urraca, que estaba inmóvil —ni me miraba a mí ni hacia lo alto—, mirando con fijeza —o eso me pareció, al menos—, hacia adelante, hacia la nada. Ignoraba que yo estuviera allí. No percibía la luz que la envolvía, no veía que ocurriera nada diferente. Seguía allí, como esperando a que pasara algo que la empujara a moverse o a echar a volar o simplemente a mirar en una dirección o en otra. No tenía miedo por la sencilla razón de que no veía de qué podía tener miedo. Di unos golpecitos en el cristal con una uña —no muy fuertes, sólo lo suficiente para que la urraca lo oyera—, y el animal volvió la cabeza y dirigió su mirada roja directamente hacia la luz. Abrió las alas —sólo una vez, como si se estuviera estirando— y volvió a cerrarlas, y dio un brinco hacia mí, y de pronto alzó el vuelo hacia la luz y la ventana y mi persona, como si fuera a arremeter contra el cristal y a estrellarse o traspasarlo. Pero no llegó a tocarlo: subió hacia lo alto y la perdí de vista por completo. Y me quedé allí quieto, con el corazón latiéndome en el pecho y la linterna dirigida hacia el jardín frío y desierto.

Oí cómo se cerraba la puerta de un coche. Apagué la linterna y me aposté a un lado de la cortina para poder ver sin ser visto. No oí ninguna voz, pero vi a mi madre en la acera, acercándose con la misma prisa con que se había alejado antes, con los brazos cruzados y encogidos contra el pecho. Oí el golpeteo de sus zapatos sobre el pavimento, y la seguí con la mirada hasta que torció para subir por el camino de la entrada y ya no pude verla. El coche de Warren Miller, entonces, se puso en marcha despacio y se alejó sin luces en la oscuridad. Lo oí avanzar por la calle silenciosa con su bramido grave, amortiguado por el gran silenciador del tubo de escape. Luego se encendieron sus pilotos rojos y se perdió en la noche.

Salí del cuarto de mi madre y avancé a oscuras por el pasillo hasta el rincón donde me había ocultado antes, cuando mi madre y Warren Miller se habían ido de la casa hacía un cuarto de hora, o tal vez media hora. Había perdido la noción del tiempo, aunque eso no parecía importar gran cosa dada la trascendencia de lo que estaba sucediendo. Mi madre abrió la puerta trasera. Lo hizo como siempre, como si todo marchara normalmente. La oí en la cocina. Encendió la luz. Oí que abría el grifo de la pila y llenaba un vaso; ahora estaría de pie, en albornoz, bebiendo agua, algo

que cualquiera podía hacer en una noche cualquiera. Oí que abría el grifo de nuevo, y esperaba, y luego ponía el vaso en su sitio e iba a cerrar la puerta. Después cruzó la cocina de prisa y salió al pasillo, donde yo aguardaba apostado en mi rincón en sombras.

No me vio. Ni siquiera miró hacia donde yo estaba, hacia mi cuarto. Cruzó el pasillo y entró en el baño. Sólo pude verla fugazmente. Llevaba el albornoz abierto, y alcancé a ver sus rodillas desnudas. Una vez dentro encendió la luz, pero no cerró la puerta. Utilizó el inodoro, y dejó ir la cisterna, y abrió el grifo del lavabo, y se lavó las manos. Yo seguía agazapado en mi rincón, fuera de la luz que proyectaba el cuarto de baño, sin plan alguno de acción o de palabra. Probablemente creía que, cuando saliera del baño, le diría —o sentiría deseos de decirle— algo como «¡Hola!», o «Está bien... no me importa», o «¿Qué estás haciendo?». Pero no tenía en la cabeza ninguna de esas palabras. Yo estaba allí, simplemente, y de pronto caí en la cuenta de que ella no lo sabía todavía. No tenía la menor idea de lo que yo sabía —de Warren Miller y ella—, de lo que había visto y pensado al respecto. Y mientras no lo supiera, mientras no habláramos de ello —aun cuando ella lo asumiera y yo lo asumiera—, no habría sucedido cabalmente, no tendríamos que tenerlo siempre presente entre nosotros después de aquella noche. Sería tan sólo algo que podríamos pasar por alto y al fin olvidar. Y lo que yo debía hacer, por tanto, era volver a mi cuarto, meterme en la cama y dormirme, y cuando despertara a la mañana siguiente pensar en otras cosas.

Pero mi madre salió del baño antes de que pudiera moverme. Y tampoco entonces miró hacia mí, hacia mi cuarto. Se dirigió a su habitación, donde yo había estado apenas cinco minutos antes. Pero de repente se volvió, porque se había dejado la luz del baño encendida y quería —imagino— apagarla. Y fue entonces cuando me vio, de pie y en ropa interior, entre sombras, mirándola como un ladrón sorprendido en plena madrugada por la dueña de la casa.

—¡Oh, maldita sea! —dijo, antes de que pudiera moverme o decir una palabra. Vino hacia mí por el pasillo, y me golpeó en la cara con la mano abierta. Y volvió a abofetearme con la otra mano—. Estoy furiosa contigo —dijo.

—Lo he hecho sin querer —dije—. Lo siento. No traté de moverme, ni de levantar la mano, ni de hacer nada. Tenía el albornoz abierto, y no llevaba nada debajo. Vi su vientre, y todo lo demás. La había visto desnuda otras veces, pero ahora era diferente, y deseé no haberla visto así en aquel momento.

—Me gustaría estar muerta —dijo, y me volvió la espalda y se alejó por el pasillo hacia su cuarto. No estaba llorando. No trató de ceñirse el albornoz. Al llegar a la luz que salía del cuarto de baño, se volvió y me miró. Tenía una expresión de ira en el semblante. Su boca parecía más grande; sus ojos estaban muy abiertos. Tenía los puños cerrados, y creí que estaba pensando en volver sobre sus pasos para golpearme de nuevo. Nada parecía imposible—. Seguramente querrás irte, ¿no es así? Pues

venga —dijo—. Adelante. Las cosas suceden así siempre. La gente hace cosas. Las hace sin pensarlas, sin ningún plan. Y luego, ¿qué? Quién sabe. —Levantó las manos con las palmas hacia arriba, en un gesto que yo ya había visto en otra gente—. Si tienes algún plan para mí, házmelo saber. Intentaré ponerlo en práctica. Puede que sea mejor que esto.

—No —dije—, no lo tengo. —Empecé a sentir punzadas en la cara, en donde había recibido las bofetadas. Al principio no me habían dolido las mejillas, pero ahora me ardían. Me pregunté si la segunda vez no me habría golpeado con el puño (accidentalmente, quizá), porque también me dolía el ojo—. No me importa —dije. Me apoyé contra la pared y no dije nada más. Sentía mi respiración, los latidos de mi corazón, el enfriamiento progresivo de mis manos. Debía de tener miedo sin saberlo.

—Un hombre como él puede ser bello —dijo mi madre—. Tú no sabes de eso. Sólo sabes *esto*. Supongo que debería ser más discreta. Esta casa es tan pequeña... — Se volvió y siguió por el pasillo y entró en su dormitorio. No encendió la luz. Oí sus pisadas sobre el piso, el apagado crujido de la cama al recibir su peso, el rozar de la colcha sobre su cuerpo. Se estaba tapando para conciliar el sueño. Debió de pensar que nada podía hacer ya sino dormirse. Ninguno de los dos tenía plan alguno—. Tu padre quiere hacer que las cosas sean mejores —le oí decir desde la cama—. Tal vez yo no esté a la altura de tan loables intenciones. Puedes contárselo todo, si quieres. ¿Qué más da?

Yo quería responderle algo, aunque no estuviera hablando conmigo sino consigo, o con nadie. No tenía intención de contarle a mi padre nada de aquello, y quería que ella lo supiera, pero no quería ser el último en hablar. Porque si decía algo, cualquier cosa, mi madre guardaría silencio como si no me hubiera oído, y yo tendría que vivir con mis palabras —fueran cuales fueren— tal vez para siempre. Y hay palabras — palabras importantes— que uno no quiere decir, palabras que dan cuenta de vidas arruinadas, palabras que tratan de arreglar algo frustrado que no debió malograrse y nadie deseó ver fracasar, y que, de todas formas, nada pueden arreglar. Contarle a mi padre lo que había visto o decirle a mi madre que podía confiar en mi absoluta discreción eran palabras de esa clase: palabras que más vale no decir, sencillamente porque, en el gran esquema de las cosas, no sirven para nada.

Volví a mi oscuro cuarto y me senté en la cama. El corazón seguía latiéndome con violencia. Estaba en ropa interior y sentía frío; mis pies pisaban el frío suelo, y tenía las manos heladas por el nerviosismo. Fuera seguía habiendo un vivo claro de luna, y supe que al día siguiente haría aún más frío, y pensé que quizá llegaría el invierno sin que hubiéramos tenido ningún momento de verdadero otoño. Y me sentí como un espía, un ser hueco y carente de energía, incapaz de crear nada. Y durante un instante deseé estar también muerto; y luego deseé que lo estuviéramos los tres. Pensé en cuán menuda me había parecido mi madre en el pasillo, con el cuerpo desnudo bañado por

la luz, en cuán poco fuerte y enérgica había sido su imagen (también ella debía de sentirse pequeña y débil); los dos sentíamos lo mismo en aquel instante, y veíamos el mismo futuro de soledad en nuestros cuartos, en nuestras camas. Traté de imaginar esto último como un consuelo, pero no tuve demasiado éxito. Al poco pasó por la calle un coche, que al llegar a la altura de nuestra casa tocó el claxon, primero dos bocinazos cortos, luego uno muy largo. Brinqué hacia la ventana y miré la calle. Sería Warren Miller, pensé; no imaginé que pudiera ser ningún otro. Quería volver a entrar en casa, o que mi madre se fuera con él, o simplemente hacerle saber que estaba allí fuera, en su coche, recorriendo Great Falls en la oscuridad mientras pensaba en ella en un estado anímico cercano al pánico. El sonido del claxon cambió al alejarse, y no alcancé a ver el coche. Me quedaría sin saber si había sido el viejo Oldsmobile rosa de Warren Miller u otro coche de alguien que no nos conocía. Vi los pilotos rojos de la trasera, y no volví a oír el claxon. Me metí en la cama y traté de calmarme. Me puse a escuchar la noche en nuestra casa. Creí oír los pies desnudos de mi madre sobre el piso; creí oír cómo se cerraba su puerta. Pero no estaba seguro. E instantes después me dormí.

La mañana siguiente fue fría, tal como yo había supuesto. Encendí la radio y escuché el parte meteorológico: soplaría viento del sudoeste antes de que acabara el día; el cielo seguiría despejado, pero se esperaba que en las Montañas Rocosas algunas nevadas tal vez brindaran cierto alivio a los equipos que combatían el fuego en Alien Creek.

Oí a mi madre en la cocina. Llevaba unos zapatos que arañaban el piso de linóleo, y supe que iba a salir pronto. Iría a la base, o al silo, o a casa de Warren Miller. Todo parecía aún posible. Estaba pensando en marcharme de casa. No tenía adonde ir, ni quería irme a ninguna parte, pero aquella mañana me había despertado pensando: «¿Qué voy a hacer ahora?», y me había parecido el pensamiento que tienes antes de marcharte de algún sitio, aunque se trate del lugar donde has vivido siempre o de la gente con quien has vivido siempre.

Cuando me vestí y salí del cuarto, mi madre estaba sentada a la mesa de la cocina, comiendo una tostada y un huevo revuelto y tomando café. Parecía extenuada, pero se había puesto un bonito conjunto: blusa blanca con un gran lazo blanco en el cuello, falda marrón y zapatos de tacón. Me miró, luego miró el reloj de la cocina (marcaba las diez y cuarto) y siguió desayunando.

—Toma un poco de café, Joe —dijo—. Coge una taza. Te sentará de maravilla.

Cogí una taza y me serví de la cafetera. Me dolía la zona del pómulo donde me había pegado, pero al mirarme al espejo no me había visto ningún hematoma. Me senté al otro lado de la mesa. No creía que ella fuera a hablar de lo ocurrido la noche anterior, y yo no iba a sacarlo a colación. Para mí todo estaba muy claro.

—¿Qué piensas hacer? —dijo.

Parecía muy serena, como si algo que le había preocupado mucho hubiera quedado atrás.

—Hoy no voy a ir al colegio —dije.

—De acuerdo —dijo ella—. Suponía que no irías. Lo entiendo.

—¿Qué vas a hacer tú?

Tomé un sorbo de café solo. No estaba habituado a tomar café, y me pareció demasiado caliente e insípido.

—Voy a ir a Apartamentos Helen a alquilar uno —dijo—. Uno de dos

dormitorios. Puedes venir a vivir conmigo.

—Muy bien —dije. No creo que le entusiasmara la idea de que me fuera a vivir con ella. No porque no me quisiera, sino sencillamente porque no era lo más importante que tenía en la cabeza aquella mañana.

Mientras estaba allí, sentado, traté de imaginar qué podría decirle en aquel momento, algo sobre lo que los dos pudiéramos hablar, cualquier cosa normal acerca del futuro o incluso de aquel día, pero no parecía haber ningún tema. Vi que mi madre miraba por la ventana hacia la parte de atrás de la casa desde donde se veía el cielo azul y sin nubes; luego bebió unos sorbos de café, cogió el tenedor y lo puso encima del plato.

—¿Puedo decirte algo? —dijo, y se enderezó en la silla.

—Sí —dije.

—En tu vida vas a tener más mañanas como ésta en las que al despertar nadie será capaz de aclarar tus sentimientos —dijo muy despacio—. Será cosa exclusivamente tuya. Así que ¿me dejarás que te diga qué has de sentir ahora? No volveré a hacerlo, te lo prometo.

—De acuerdo —dije. Y lo dije deseoso de oírlo. Qué hacer en aquel momento era precisamente lo que no sabía, y me alegró que ella creyera saberlo.

Puso las puntas de los dedos sobre el borde del plato, en el que tan sólo se veían unas cuantas migajas y el tenedor plateado y sin brillo. Me miró y encogió los labios.

—Aún no he perdido el juicio —dijo. Apartó de mí la mirada como si escuchara esas palabras y pensara en las que diría a continuación—. No debes pensar que la gente está loca porque haga cosas que no te gustan. La mayoría de las veces no lo está. Lo que sucede es que tú no la comprendes. Eso es todo. Y a lo mejor te gustaría comprenderla.

Me sonrió y asintió con la cabeza, como pidiéndome que estuviera de acuerdo con ella.

—Muy bien —dije—. Lo entiendo. —Y era cierto.

—Sé que no te agrada tener esta conversación conmigo —dijo—. Lo siento. No te lo reprocho. Pero yo aún estoy viva. No he muerto. Tendrás que acostumbrarte a ello. Tendrás que hacerte cargo de las cosas. Todos tenemos que hacerlo.

—¿Vas a ver hoy a Warren Miller? —pregunté.

Fue una pregunta que al punto hubiera preferido no hacer, porque no me importaba realmente cuál pudiera ser la respuesta, y porque mi madre tenía cosas más interesantes de que hablarme, ya que dijo:

—¡Vaya por Dios! —Se levantó, llevó el plato a la pila y dejó que el agua corriera sobre él—. El cielo se viene abajo —dijo. Se hizo a un lado y miró por la ventana el cielo de la mañana—. ¿No es eso lo que piensas? —Me estaba dando la espalda.

—No —dije.

—No soportaría volver a ser joven —dijo—. Huiría de la fontana de la juventud, lo juro por Dios. Sí, voy a ver a Warren. Bueno, supongo que lo veré. No lo sé. ¿Vale? No, me temo que no.

—¿Le amas? —dije.

—Sí —dijo mi madre—. Y si te preguntas cómo ha sucedido todo tan deprisa, la respuesta es que así es como sucede. Ya ves. Puede que también se acabe con la misma rapidez.

Quería preguntarle si amaba a mi padre y si era posible amar a dos personas a la vez. Aunque sabía cuál habría sido la respuesta: sí, en ambos casos. Y pensé que probablemente tenía razón, y deseé que ella o yo dijéramos algo que sublimara aquel momento o que lo hiciera más semejante a otros de la vida que yo había conocido hasta entonces.

—No es que no puedas decir «no» a alguien; o que alguien sea demasiado hermoso —dijo mi madre. Seguía mirando por la ventana—. Es que no puedes decirte «no» a ti mismo. La culpa es tuya, y de nadie más. Para mí está muy claro.

Volvió la cabeza y me miró por encima del hombro para ver cuál era mi expresión, o si estaba a punto de decir algo o quería que ella añadiera alguna cosa más. Pero no debí de darle la impresión de estar pensando en eso, porque me sonrió y volvió a mirar por la ventana, como si ambos estuviéramos esperando que sucediera algo. Y ahora, retrospectivamente, creo que era eso lo que hacíamos. Esperábamos la llegada de mi padre; esperábamos que el fuego fuera dominado y que nuestras vidas comenzaran a ser lo que serían a partir de aquel día: diferentes, quizá mejores o peores.

—Sé amable conmigo —dijo mi madre—. ¿Podrás ser amable conmigo? Sé que si eres amable conmigo todo irá mejor. Piensa lo que quieras de mí, pero no lo digas.

—De acuerdo, lo haré —dije.

Se volvió como para dirigirse hacia su cuarto, pero al hacerlo alargó la mano y me dio unos golpecitos en el hombro.

—Eres un cielo —me dijo—. Como tu padre. Me dejó en la cocina y volvió a entrar en su cuarto para terminar de arreglarse. Yo seguía queriendo preguntarle si amaba a mi padre. Pensé que me sería mucho más fácil ser amable con ella si sabía si lo amaba. Pero allí, solo, sentado en la cocina, no me pareció que pudiera preguntárselo gritando, y tampoco tenía ganas de ir a su dormitorio. Así que tuve que resignarme a quedarme sin saberlo, ya que nunca más tuvimos ocasión de hablar acerca de ello.

Al cabo de unos minutos, pasó por la cocina para salir por la puerta trasera. Se había cepillado el pelo, y pintado los labios, y perfumado. Llevaba un abrigo rojo de invierno, y había encontrado el bolso y las llaves del coche junto a la puerta principal, donde yo los había dejado la noche anterior. Al pasar se acercó a mí —que seguía

sentado mirando los titulares de la primera plana de *Tribune*, aunque sin leerlos realmente—, me rodeó el cuello con los brazos y me dio un corto y fuerte abrazo. Olí el perfume en su cuello. Su cara, al pegarse a la mía, tenía un tacto duro. Aquella mañana había fumado ya un cigarrillo. Me dijo:

—Tu vida no es lo que tienes, cariño, o lo que consigues. Es aquello a lo que estás dispuesto a renunciar. Es un proverbio viejo, lo sé. Pero es cierto. Uno necesita tener algo a lo que renunciar, ¿de acuerdo?

—¿Y si no quieres renunciar a nada? —pregunté.

—¡Oh, pues buena suerte! No tienes más remedio, cariño —dijo. Me sonrió y volvió a besarme—. En eso no se puede elegir. Tienes que renunciar a muchas cosas. Es la norma. Es la primera norma en todo.

Salió por la puerta trasera y cruzó el frío jardín hacia lo que el azar de aquel día le tuviera deparado después de nuestra charla.

Al rato de que mi madre se marchara, y después de terminar de leer el periódico, volví a mi cuarto y me metí en la cama y traté de leer el libro sobre lanzamiento de jabalina. Miré los dibujos de musculosos atletas en las sucesivas fases del lanzamiento, pero no podía pensar en lo que estaba mirando. Y entonces pensé que lo que debía hacer era volver a dormirme, ya que al despertar tendría que pensar qué hacer. Probablemente me iría de la ciudad aquel mismo día; probablemente mi madre y yo nos habíamos dicho adiós sin saberlo. Pero no quería precipitarme, puesto que no tenía la menor idea de adonde ir, o de cómo llegaría a donde fuera, o de si volvería algún día. Y ello, en sí mismo, parecía una pérdida, no el hecho de marcharme, sino el tener que decidir adonde ir y cómo llegar allí y lo que tendría que pagar por ello. Los detalles eran la pérdida. Y pensé que sabía lo que mi madre había querido decir acerca de renunciar a cosas, y que tenía razón. Y en lo que a la postre pensé en mi cama aquella mañana, antes de volver a dormirme, fue en esas pérdidas, y en cómo saldría adelante solo en aquella situación, y en lo que podía haber de mí mismo que estuviera dispuesto a perder.

Cuando me desperté eran las tres de la tarde. Había dormido cinco horas, y perdido todas las clases del día. Tenía la sensación de que quizá ya nunca volvería al colegio, y de que tampoco iría a la universidad. Era absurdo, pero lo sentía así, y no me habría extrañado nada que alguien me lo hubiera comunicado horas después. Y pensé que quizá ya había pasado la mejor parte de mi vida, y que ahora llegaban otros tiempos. Tenía casi diecisiete años.

Tomé una ducha y me puse ropa limpia. Hacía frío en la casa, y fui a la cocina y subí la calefacción, y miré a mi alrededor en busca de algún indicio de que mi madre

hubiera estado en casa mientras yo dormía. Su plato seguía en la pila, y la taza sobre el mármol contiguo, tal como los había dejado por la mañana. Por la ventana vi varios tordos de alas rojizas sobre el césped. El coche de mi madre no estaba frente a la casa, pero en la calle, algo más lejos de donde había estado la noche anterior y semioculto tras el seto lateral de nuestra parcela, vi el Oldsmobile rosa de Warren Miller aparcado junto al bordillo. No había nadie en él. Pero de pronto apareció Warren Miller a un lado del seto, cojeando por la acera en dirección a nuestra casa. Abrió la verja y subió por el sendero hacia la puerta principal como si no tuviera la menor duda de que iba a entrar, como si mi madre estuviera esperándole.

Avancé unos pasos hasta un lado de la puerta, alargué el brazo por debajo del cristal y eché el cerrojo. Oí las pesadas pisadas de Warren Miller en el porche. Se acercaba a la puerta. La luz cenital de la cocina estaba encendida, y él la vería y pensaría que había alguien en la casa. Pero no me moví; el corazón, sin embargo, empezaba a latirme deprisa. Permanecí quieto, con la cara pegada a la pared, mientras Warren pulsaba el botón del timbre una, dos veces, y esperaba. Podía verle a través del cristal: la parte delantera de su abrigo. Oía sus pies sobre el porche, y un entrechocar de monedas en sus bolsillos. Sacó una moneda y golpeó con ella el cristal varias veces, y dijo: «Jenny, cariño, ¿estás ahí? ¿Estás ahí dentro?». Esperó unos segundos, y giró el pomo de la puerta para empujar y entrar, pero el cerrojo lo detuvo. Empujó la puerta dos veces, y tiró de ella otras tantas, no con fuerza, pero con firmeza. Yo estaba a un par de palmos de él; nos separaba la pared, y le oí decir: «¡Vaya, vaya...!». Y luego oí cómo se alejaba del porche.

Miré a través del cristal en dirección a él. Se encaminaba hacia un lado de la casa. Me volví y corrí hacia la cocina en calcetines, y eché el cerrojo de la puerta trasera. Luego salí al pasillo y fui hasta el punto exacto donde la noche anterior lo había visto sin que él me viera. Escuché cómo golpeaba el cristal de la puerta de la cocina con la moneda, y cómo tanteaba el pomo, e iba luego hasta la ventana e intentaba abrirla y comprobaba que también estaba cerrada. Le oí llamar de nuevo a mi madre por su nombre. No con voz violenta, sino tan sólo insistente, como si supiera que yo estaba dentro tratando de ocultarme de él —en mi propia casa— y negándole el acceso a ella. Seguí en el pasillo, escuchando, mientras la caldera de la calefacción se encendía y apagaba. Oí cómo iba hasta la ventana del dormitorio de mi madre y trataba de abrirla; y cómo hacía lo mismo luego en mi ventana. Pero ambas estaban cerradas. Dio unos golpecitos en mi ventana. Yo sabía que podía ver que mi cama no estaba hecha, y que había una toalla de baño tirada en el suelo, y que mis zapatos seguían en el cuarto. Sabía sin duda que estaba en casa, y por tanto existía la posibilidad de que decidiera romper el cristal para poder entrar por mi cuarto. Pero no lo hizo. Volvió a tantear mi ventana, y volvió a golpear el cristal con la moneda, y luego —según me pareció desde mi rincón del pasillo— todo quedó en silencio. Permanecí quieto y

atento entre las sombras del pasillo, tratando de oír sus pasos de cojo. No me llegó ninguna pisada, pero al poco creí oír cómo se ponía en marcha a lo lejos su Oldsmobile, y cómo el motor aceleraba de pronto al máximo, como accidentalmente. Luego ya no pude oír nada: ni sonido de automóvil ni ruidos en la puerta ni pisadas renqueantes. Y pensé que por fin se había marchado.

Recorrí el pasillo y miré en el dormitorio de mi madre, donde antes no había querido entrar. La cama estaba hecha. Vi una almohada en el suelo, y ropas sacadas del armario; el cuarto, con las cortinas echadas, estaba fresco y en penumbra. El despertador marcaba las cuatro menos cuarto de la tarde. Entré en el dormitorio y encendí la luz del techo. Y lo que vi en el suelo, cerca del pie de la cama, fue un par de calcetines; unos calcetines de nylon grises y rojos, vueltos casi del revés y —según me pareció— arrojados allí desde la cama. Me acerqué y los recogí del suelo, y luego miré a mi alrededor por si veía algo más. Miré debajo de la almohada y de la cama, pero no encontré nada, nada que Warren Miller deseara recuperar y mi madre quisiera mantener oculto. Llevé los calcetines a la cocina y los envolví en el periódico que había encima de la mesa. Luego metí el envoltorio en la bolsa de papel de debajo de la pila, llevé la bolsa a la parte de atrás de la casa y la dejé dentro del cubo metálico de basura. Y volví a entrar en casa para ponerme el abrigo y salir a la ciudad.

Estuve paseando por Great Falls.

Se acercaba la caída de la tarde, y sabía que la luz no habría de durar mucho, y que cuando la luz faltara haría frío, y entonces yo no querría estar vagando por las calles sino estar en otra parte: en un autobús que se alejara de Great Falls, o en un cuarto de hotel de otra ciudad, o en casa con mi madre a la espera de lo que pudiera sucedernos a continuación (no lograba aventurar la menor conjetura al respecto).

No conocía bien las calles de Great Falls, así que en primer lugar fui hasta el colegio, en la calle Dos, donde aún había gente en su interior y las luces seguían encendidas pese a haber finalizado la jornada escolar. Vi corredores en la pista del extremo sur del edificio, y el equipo de fútbol americano se hallaba diseminado por el largo campo de juego; a la brisa helada del atardecer, los jugadores hacían sus ejercicios con el chándal blanco de los entrenamientos. Me quedé mirándolos, escuchando las palmadas y el golpear de las hombreras y las voces, hasta que caí en la cuenta de que podían verme allí, en la acera, al borde del campo de césped. Alguien podría recordar que yo había jugado en el equipo un tiempo, y que lo había dejado. Y no quería imaginarme lo que los demás pudieran pensar sobre mi persona. Así que caminé por la Segunda avenida Norte en dirección al parque situado junto al río; luego seguí la orilla del río y pasé ante las pistas de tenis y las dianas del tiro con arco y llegué al puente de la calle Quince y me adentré en la zona del puente reservada a los peatones y saqué la navaja que me había regalado Warren Miller dos

días atrás —parecía que hubiera pasado un mes— y la arrojé por encima del pretil hacia lo lejos, donde no podría ver cómo golpeaba contra la superficie lisa del agua.

Desde el puente veía los depósitos plateados de la refinería de petróleo y las torres con focos del campo de béisbol donde jugaba el equipo de Great Falls. Alcanzaba a ver también el parque de atracciones y la chimenea de la fundición y el circuito automovilístico de Black Eagle, y los tres blancos silos con elevador propiedad de Warren Miller —o en los que Warren Miller poseía al menos una participación como accionista—, donde mi madre decía que quería trabajar o había ya empezado a trabajar o empezaría muy pronto, caso de haber algo de cierto en todo aquello. Y más allá se extendían las praderas abiertas, llanas y sin árboles hasta donde la vista se perdía, hasta —según me había dicho mi padre— Minneapolis y Saint Paul.

Había dos hombres pescando bajo el puente: dos negros altos, de pie sobre sendos islotes secos, lanzaban cebos de cuchara al interior de la corriente. Dos jóvenes blancas, sentadas en una manta tendida sobre la hierba, los miraban mientras charlaban y reían. Las dos llevaban pantalones. Ninguno de los hombres pescaba nada; no me dio la impresión de ser un buen día para pescar. Los hombres —pensé— pertenecían a la base aérea, y era su día libre; dudaba que se interesaran realmente por la pesca. Les interesaban más las dos jóvenes, que —supuse— eran chicas de Great Falls o personal de las fuerzas aéreas o enfermeras del hospital o camareras que, también en su día libre, salían juntas y pasaban la jornada de aquel modo con aquellos hombres. Parecía que se estaban divirtiendo.

Volví sobre mis pasos por la calle Quince, bajo los árboles que flanqueaban la calzada, hasta llegar a la Décima avenida Sur, donde torcí hacia el este y salí de la ciudad. Pensaba ir caminando hasta la alambrada de la base aérea, desde donde vería despegar a los bombarderos hacia la línea DEW o el Pacífico, o a donde fuera. Lo había hecho con mi padre la primavera anterior, después del trabajo, y recordaba que los grandes aviones no eran sino iluminadas sombras cuyos morros hendían el aire como flechas y se perdían en la noche entre las estrellas.

Me parecía estar en un momento —el primero de mi vida— en el que necesitaba saber exactamente qué debía hacer, y entre las alternativas que se me ofrecían deseaba optar por la correcta, y emprender el camino en esa dirección. Así, mientras dejaba atrás la concurrida calle de los tugurios de strip-tease frecuentados por la gente de la base y los concesionarios de automóviles y los moteles —que exhibían ya sus tarifas de invierno—, empecé a poner en orden mis pensamientos. Mi madre se iba a casar pronto con Warren Miller; viviríamos en otra casa de Great Falls y mi padre seguramente se mudaría a otra ciudad, o tal vez volvería a Lewiston. Entendía por qué a mi madre le gustaba Warren: porque sabía cosas. Warren Miller sabía más cosas que mi padre, y era mayor que él. Me pregunté si habría habido ya otros hombres en

la vida de mi madre, u otras mujeres en la de mi padre, gentes de las que yo no tenía noticia. Pero concluí que no, porque, al estar yo perpetuamente presente en la vida de ambos, habría tenido que enterarme. Y luego me pregunté qué pasaría si mi padre tenía un accidente en su lucha contra el fuego, o perdía la memoria, o jamás volvía a casa. ¿Cómo sería la vida en tal caso? O si mi madre no volvía a casa aquella noche, y no volvía a verla nunca más. ¿Entendería alguien algo entonces?

Cuando llegué a la calle Treinta y ocho, seguí hasta el lado sur y caminé a lo largo de las fachadas de los bares. Los coches paraban y aparcaban ante ellas, y hombres y mujeres se apeaban y entraban en los locales a beber. Detrás de los bares se veían naves y almacenes, y luego hileras de pequeñas casas nuevas en calles de nuevo trazado, y tras ellas un cine al aire libre desierto y un apartadero del ferrocarril, y más allá la ciudad cesaba y comenzaban los campos de trigo de invierno.

Así pues, ¿mi madre y mi padre estaban ya separados? ¿Era eso lo que significaba todo aquello? Mi padre se iba de casa; mi madre tenía otro hombre que venía a visitarla. Sabía que era fácil entender las palabras pero difícil hacer que éstas casaran con la vida. Y el hecho de ser capaz de hacerlo de forma correcta diría mucho en favor de uno. Pero yo ignoraba si poseía el suficiente juicio para hacerlo, o exactamente qué era lo que estaba bien o estaba mal. Aunque debía de haber ocasiones —pensé— en las que no existía *lo correcto* que entender, lo mismo que debía de haber otras en las que no existía *lo correcto* que hacer. El «limbo», lo había llamado mi madre, y ahí era donde estaba yo ahora: en el limbo, entre las inquietudes y desvelos de otras personas y con sólo mis propias inquietudes y desvelos para dilucidar qué hacer.

Había llegado hasta la alambrada de la base, que formaba un ángulo con la Décima avenida. En el interior, al otro lado de la alambrada, vi los apartamentos militares y el campo de golf donde había dado clases mi padre, y más allá una ancha pista de aterrizaje y la torre de control y los edificios bajos de la base. La luz iba extinguiéndose en el cielo del este. Despegó un reactor. El día estaba gris, a punto de expirar. Una hora después habría anochecido y haría mucho frío, y yo daría cualquier cosa por estar en casa.

En el lado de la calle más próximo a la ciudad había un bar llamado La Sirena, con un letrero de neón sobre el tejado en el que a la mortecina luz del atardecer fulguraba una sirena verde. Había coches aparcados ante la entrada. Era un local frecuentado por el personal de la base, y mi padre me había llevado allí varias veces después de sus clases. Sabía, por tanto, cómo sería ahora el ambiente, el color de la iluminación, el olor del aire, el tono de las voces de los pilotos —suave y apagado, como si supieran secretos—. Al pasar junto a la entrada vi llegar un Mercury negro, que aminoró la marcha y aparcó a unos metros. En su interior vi a los dos negros que una hora antes había visto pescando bajo el puente. El coche tenía una matrícula de

otro estado —una placa amarilla—, y los hombres iban solos. Las chicas blancas que poco antes los acompañaban ya no estaban. Los dos negros se apearon del coche riendo. Uno de ellos le pasó un largo brazo por el hombro al otro. «Oh, no he podido evitarlo. No, señor», dijo. «No he podido contenerme». Volvieron a reír, y el que había hablado me miró y sonrió al pasar, y dijo:

—No te preocupes, hijo, no vamos a matar a nadie ahí dentro.

Se echaron a reír de nuevo y entraron en La Sirena.

Y entonces emprendí la vuelta a casa. Había deseado marcharme aquel mismo día, pero ahora comprendía que no podía hacerlo, porque mis padres seguían viviendo en casa y yo aún era demasiado joven. Y aunque el hecho de quedarme no podía ayudarles, los tres debíamos estar juntos de un modo que yo no podía cambiar. Mientras caminaba en el frío anochecer hacia las incipientes luces de Great Falls, una ciudad que no era ni sería nunca mi hogar, recordé que la pasada madrugada mi madre me había preguntado si tenía un plan para ella. Y no tenía ninguno; pero si lo hubiera tenido sin duda habría sido que los dos —ella y mi padre— vivieran más tiempo y fueran más felices que su hijo. La muerte, en aquel momento, era menos terrible que estar solo, aunque yo no estaba solo y confiaba en no llegar a estarlo, aunque me di cuenta de la puerilidad de este pensamiento. Y en aquel preciso instante advertí que estaba llorando sin saberlo. ¡Aquello sí que era algo inesperado! Porque lo único que hacía —me dije— era ir hacia casa e intentar pensar en cosas, en las cosas de mi vida, tal y como estaban.

Cuando llegué a casa ya había anochecido. La luna se hallaba oculta tras unas nubes, y al acercarme por la acera sentía un frío intenso porque había salido sin ropa de abrigo. En casa había luz, y también en otras casas de la calle. Un velo de diminutos copos de nieve —la primera nieve del año— iba cayendo blandamente sobre el césped del jardín. No iba a cuajar, pensé, aunque tampoco sabía a ciencia cierta cuándo empezaría el invierno realmente.

Mi madre estaba sentada en el sofá de la sala —en el centro, de hecho—, jugando sola a las cartas. La había visto otras veces hacer aquel solitario, para el que necesitaba dos barajas. Lo había aprendido en la universidad. Vestía el mismo conjunto que se había puesto aquella mañana —blusa blanca y lazo blanco, falda marrón y zapatos de tacón alto—, y me pareció que estaba muy guapa. Se había sentado en el borde del sofá, con las rodillas hacia un lado, ante las cartas extendidas sobre la mesita. Daba la sensación de estar a punto de salir a alguna parte.

Cuando entré y cerré la puerta a mi espalda, alzó la vista y me sonrió. Tenía la mitad de las cartas en la mano. No vi ninguna bebida en ninguna parte.

—¿Dónde has estado? —dijo—. Ya es de noche. Y no vas abrigado.

—He estado en el trabajo —dije. Era otra mentira, pero no creía que importara demasiado y no quería decirle que había ido paseando hasta la base aérea.

—¿Has ido al colegio? —preguntó, sin dejar de mirarme.

—No —dije.

—Bueno, ya irás, supongo. Pensé que irías después del almuerzo.

—¿Dónde has estado hoy? —dije. Me senté en la butaca contigua al televisor. Tenía los brazos fríos, pero en la sala hacía calor. Me pregunté qué habría de comer en casa. No había comido nada en todo el día: lo había olvidado.

—He ido a los Apartamentos Helen —dijo—. Luego tenía otras cosas que hacer.

—¿Vas a alquilar un apartamento de éstos? —dije.

Mi madre cortó el mazo de cartas que tenía en la mano, y puso un montón encima del otro.

—He dado una paga y señal esta mañana —dijo—. Es uno que está muy bien. Te gustará.

—¿Has visto a Warren Miller?

Mi madre dejó las cartas en la mesa, se echó hacia atrás en el sofá y me miró.

—Estoy esperando a tu padre. Está a punto de llegar —dijo. Y no me sorprendió. Había supuesto que, en caso de no haber muerto, mi padre volverla a casa aquel día. No lo había dicho, pero era algo que sabía muy bien de ambos: su secuencia natural de hacer las cosas. Los conocía hasta ese punto—. ¿No habrás encontrado por casualidad unos calcetines a rayas en algún rincón de la casa?

—No —dije.

—Bien. —Sonrió—. ¿Has comido?

—No —dije—. Pero tengo hambre.

—Te prepararé algo —dijo. Miró hacia el reloj de pared que había junto a la puerta de la cocina—. Voy en seguida —dijo—. Tu padre viene en taxi. Cuando te oí llegar, pensé que era él.

Miré por la ventana, a mi espalda, y no vi sino la nieve que parecía danzar en un soplo de viento, y la acera vacía, y las luces de las casas del otro lado de la calle Ocho. Nuestro coche debía de estar en el garaje; mi madre habría pasado el día en casa de Warren Miller. Quizá había dedicado una hora a su gestión en Apartamentos Helen, pero después había corrido a casa de Warren Miller. Y no le importaba que lo supiera. Seguramente se había sentido distanciada del mundo, en las alturas, y ahora, mientras esperaba la llegada de mi padre, sabía que no tardaría en caer de nuevo a tierra. En cierto modo también yo experimentaba una sensación parecida, y sentí lástima por ella.

—Ha nevado allá arriba, donde estaban ellos —dijo con voz queda—. Y ahora nieva aquí abajo.

Hablaba por decir algo, para hacer la espera menos incómoda.

—Lo sé —dije.

—¿Temías que tu padre tuviera un accidente?

—No —dije—. Confiaba en que no.

—También yo —dijo ella—. Ésa es la verdad. —Cruzó los brazos y miró hacia las ventanas de la entrada—. Lo adoro. Eso es lo que siento. Pero ahora no creo que pueda expresarlo. Supongo que eso es lo que me pasa. Que ahí está el problema. —Se pasó los dedos por el pelo castaño y se aclaró la garganta. Vi que tenía una pequeña marca en el cuello, como un pequeño hematoma, algo que se tocó con el dedo sin que pareciera percatarse de ello—. Los acontecimientos pueden aislarte más que las personas. Lo sé, créeme —dijo, y dejó escapar un suspiro—. ¿Te sientes así, Joe? ¿No te sientes aislado aquí?

—No —dije—. No me siento aislado.

—Estupendo —dijo mi madre—. Supongo que hay muchas cosas que anhelas.

Se levantó. Estaba mirando hacia la ventana. Se frotó la mano contra la falda y volvió a echarse hacia atrás el pelo. La miré, y luego dirigí la vista hacia la ventana.

Fuera, tras la puerta de madera del jardín, junto al bordillo de la acera, había un taxi amarillo con la luz roja del techo de la cabina brillando entre la nieve nocturna. La luz interior estaba encendida, y vi al taxista vuelto hacia el asiento trasero, hablando con alguien que yo sabía que era mi padre. Y vi la mano de mi padre, y vi dinero en ella, y vi que el taxista reía por algo que decían. Luego se abrió la puerta trasera, y mi padre se apeó con la maleta de piel blanda con que se había ido de casa. Hacía —me parecía— muchísimo tiempo.

—Bien. He aquí el sofocador de incendios —dijo mi madre. Estaba de pie junto al sofá, mirando hacia la ventana que daba al porche. Con los brazos cruzados, muy erguida.

Me levanté de la butaca y abrí la puerta principal. La luz del porche estaba encendida. Bajé las escaleras a recibir a mi padre, que se hallaba ya a medio camino, y al llegar a él lo rodeé con mis brazos. Me pareció más corpulento que dos días atrás, y sonreía. Llevaba muy corto el pelo negro; no se había afeitado, y tenía la cara sucia. Dejó la maleta en el suelo y me abrazó. Llevaba una gruesa camisa de lona y pantalones de lona y botas de leñador negras, y cuando mi cara se pegó a sus ropas descubrí que olía a ceniza, a materia quemada. Sentí el áspero tacto de su camisa rígida y sucia contra mis mejillas. Oí cómo el taxi se alejaba. Puso su mano en mi cuello, una mano fría y dura.

—Se puso a nevar —dijo—, y a la gente competente la han mandado a casa. ¿Cómo van las cosas por aquí?

Hablaba como comiéndose las palabras, y me abrazó de nuevo, y con más fuerza. Todo era un poco ridículo, porque había estado fuera apenas unos días.

—¿Tu madre sigue enfadada?

—No lo sé —dije. Me apreté contra él un instante más—. No lo sé —repetí.

—Pues tendremos que averiguarlo, digo yo —dijo. Cogió la maleta—. Vámonos de la nieve. Estamos en pleno Montana aquí fuera.

Subimos juntos los escalones del porche y entramos en casa, donde la temperatura era cálida y estaban encendidas todas las luces y mi madre esperaba en el sofá.

Estaba echada hacia atrás, de cara a la puerta, como cuando entré en la sala al volver de mi paseo, pero no jugaba a cartas. Las tenía ante ella, sobre la mesita, en dos montones. Sonrió a mi padre, pero no se levantó. Y supe que a él le sorprendió ver que no se levantaba. No era lo que esperaba, y debió de llevarse un chasco e intuir que algo había cambiado.

—¿Qué tal el fuego? —dijo mi madre, lacónica—. ¿Lo apagasteis?

—No —dijo mi padre. Sonreía. Y pienso que sabía que estaba sonriendo.

—Me lo imaginaba —dijo ella. Y entonces volvió a sonreírle. Y se levantó del sofá y cruzó la sala y lo besó; le puso las manos en los brazos y le besó en la mejilla. Yo estaba muy cerca de ellos. Luego, después de besarle, dijo—: Me alegro de que

hayas vuelto, Jerry. Y Joe también se alegra.

Y se volvió y cruzó la sala y se sentó de nuevo en el sofá.

—Siento como si hubiera estado fuera mucho tiempo —dijo mi padre.

—Tres días, nada más —dijo mi madre. Parecía que seguía sonriendo, pero ya no sonreía—. ¿Has cenado?

—No —dijo mi padre—. Pero no tengo apetito.

Siguió unos instantes de pie, quieto, con la maleta negra en la mano. Pensé que alguno de los dos iba a decirme que los dejara solos, que me fuera a hacer mis cosas, pero ninguno dijo nada. Y me quedé allí, junto a la puerta, sintiendo en los tobillos la corriente fría que se colaba por la rendija del umbral.

—¿Por qué no te sientas? —dijo mi madre—. Tienes que estar cansado. Seguro que has visto muchas cosas.

—No sé a quién voy a impresionar —dijo mi padre, y dejó la maleta frente a la puerta y se sentó donde yo había estado sentado antes, en la butaca contigua al televisor. Ahora podía verlo mejor. Se movía con rigidez. Tenía el dorso de las manos duro, correoso, como curtido por el fuego, y me seguía llegando el olor a ceniza que lo envolvía, un olor que yo no había asociado nunca con persona alguna hasta percibirlo en la cantina donde había cenado con mi madre dos noches atrás.

—A mí no tienes que impresionarme —dijo mi madre—. De eso no hay duda.

—¿Llegaste a pensar que moriría abrasado? —preguntó mi padre.

—Confiaba en que no —dijo mi madre. Y le sonrió como si quisiera hacerle ver que le seguía gustando—. Nos habríamos llevado un gran disgusto —dijo—. ¿Se apagarán algún día esos incendios?

Mi padre se miró las manos, que en algunos lugares estaban rojas y parecían dolerle.

—Seguirán humeando y ardiendo sin llama durante mucho tiempo. Son muy difíciles de apagar.

—He tenido un sentimiento místico mientras has estado fuera —dijo mi madre. Vi que su tensión cedía un poco, y pensé que quizá las aguas volverían a su cauce, y que no habría problemas—. Pensé —dijo— que a lo mejor el fuego era algo que no debía extinguirse en absoluto. Y que los hombres, todos vosotros, ibais a luchar contra él simplemente para daros bríos.

—No es exactamente así —dijo mi padre. Me miró a mí. Sus ojos estaban enrojecidos, y empequeñecidos, y cansados. Pero su aspecto era bueno, y quizá se hallaba estimulado, como mi madre sugería. No parecía haber nada malo en ello—. Lo que hace es sacarte de ti mismo —dijo—. Lo ves todo desde fuera. Te encuentras ante algo tan enorme... —Me miró otra vez, y luego miró a mi madre, y parpadeó—. Todo parece arbitrario. Sales de tu vida y todo te parece como algo que tú eliges. Nada parece muy natural. Seguramente es difícil de entender. He visto llamas de

treinta metros de altura que de pronto se sesgan en el aire como si salieran de un soplete. Se desquician. A un hombre lo tiró del caballo un golpe de aire al pasar.

Se estremeció, como si el miedo lo hubiera traspasado. Y sacudió la cabeza bruscamente, como para apartar una imagen de su mente.

—Es horrible —dijo mi madre.

—Me siento extraño —dijo mi padre—. Pero me alegro de estar en casa.

—Y a mí me alegra que hayas vuelto —dijo mi madre. Me miró: parecía confusa. Estaba tomando una decisión. Y aunque yo sabía bien lo que deseaba que decidiera, me faltó valor para decírselo, para tratar de acudir en su ayuda. Los dos tenían cosas que decirse, y nada tenía que ver yo en tales cosas—. ¿Cómo empezaron esos incendios? —dijo luego—. ¿Se sabe cómo sucedió?

—Son premeditados —dijo mi padre, y se echó hacia atrás en la butaca—. Los provocó alguien. No querría estar en su pellejo. Lo matarán, estoy seguro. Puede que fuera un indio.

—¿Por qué piensas eso? —dijo mi madre.

—No me gustan los indios —dijo mi padre—. Abandonan a los suyos, y son callados y sigilosos. No me fío de ellos.

—Entiendo —dijo mi madre.

—¿Qué tal el colegio? —me preguntó entonces mi padre, volviéndose hacia mí. Y me dio la impresión de que hubo de girar todo el cuerpo para hacerlo. Probablemente había estado durmiendo en el suelo, y tenía el cuerpo dolorido.

—Va muy bien —dijo mi madre antes de que yo pudiera responder. Imagino que no quería que le mintiera, y que sabía que estaba a punto de hacerlo. La verdad, en aquel momento, no habría traído ningún alivio.

—Estupendo —dijo mi padre, y me sonrió—. Supongo que no he faltado tanto tiempo.

—Has faltado el suficiente —dijo mi madre. Y por espacio de unos segundos ninguno de los dos dijo nada.

—Un hombre me ha hablado hoy de un trabajo en el Servicio Forestal. Los guardabosques —dijo mi padre. Ahora no prestaba mucha atención a mi madre. Empezaba a sentirse mejor, imagino—. Un título universitario cuenta mucho para entrar en ese cuerpo. La experiencia no es tan importante. Nos darían una casa allá en Chateau.

—Jerry, tengo algo que decirte —dijo mi madre. Se irguió hacia adelante sobre el borde del sofá, con las rodillas juntas y las manos sobre la falda. Mi padre dejó de hablar del Servicio Forestal y la miró de frente. Cayó en la cuenta de que tenía que ser algo importante, aunque no creo que barruntara siquiera de qué podía tratarse. Que mi madre fuera a dejarle era la última cosa que podía imaginarse. Creo que pensaba que las cosas iban a arreglarse. Y en realidad tenía derecho a pensarlo.

—Dime de qué se trata, Jean —dijo—. No hago más que hablar yo. Perdona.

—Voy a mudarme a otro sitio. Mañana mismo —dijo mi madre, y su voz sonó un punto más fuerte de lo necesario. Y fue como si hubiera dicho algo que ni ella misma entendía, porque parecía asustada. Probablemente no era eso lo que esperaba sentir al decirlo.

—¿Qué quieres decir? —dijo mi padre—. ¿A qué diablos te refieres?

La miraba fijamente.

—Sé que te sorprende —dijo mi madre—. Me sorprende a mí misma.

No se había movido; seguía con las rodillas juntas, con las manos muy quietas sobre el regazo.

—¿Te has vuelto loca? —dijo mi padre.

—No —dijo mi madre—. No lo creo.

Mi padre, súbitamente, se volvió y miró por la ventana. Como si pensara que había alguien en el porche, o en el jardín, o en la calle, mirándole, alguien que pudiera servirle de referencia, alguien que pudiera darle una idea de lo que le estaba sucediendo. La calle, como es lógico, estaba desierta. La nieve caía blandamente en torno a la luz de la farola.

Volvió la cabeza y miró a mi madre de nuevo, muy deprisa. A mí me había olvidado. Ambos me habían olvidado. Mi padre tenía pálido el semblante.

—Creo que estoy cogiendo algo —dijo, y apretó el puño sobre el brazo de la butaca—. Posiblemente un resfriado. —Mi madre lo miraba con fijeza—. ¿Me engañas con alguien? —dijo. Daba golpecitos con el puño sobre el brazo de la butaca, como si estuviera nervioso.

Mi madre me miró. Puede que no quisiera pasar por todo aquello en aquel momento. Pero había ido demasiado lejos, y no creo que viera ninguna otra alternativa.

—Bien —dijo al cabo—, pues sí. Te estoy siendo infiel.

—¿Con quién? —dijo mi padre.

—Con alguien que me gusta —dijo mi madre.

—¿Alguien del club de campo? —dijo mi padre. Se enfurecía por momentos, y mi madre debió de comprender que ya no era posible callar en aquel punto.

—Sí —dijo—. Pero no es eso lo que importa. No es más que una circunstancia.

—Lo sé —dijo mi padre—. Así lo creo.

Se levantó y se puso a andar por la sala. Era como si quisiera oír el ruido de los pasos sobre el piso, el golpear de sus botas contra el entarimado. Rodeó el sofá, volvió al centro de la sala. Me llegaba con nitidez su olor a ceniza; mi madre —estaba seguro— también podía percibirlo. Al rato se sentó de nuevo en la butaca, al lado del televisor.

—No sé qué es lo que impide que la vida salte hecha pedazos —dijo al cabo. Ya

no parecía tan furioso; sólo muy infeliz. Sentí una profunda lástima.

—Te entiendo —dijo mi madre—. Yo tampoco lo sé. Lo siento.

Mi padre se apretó con fuerza las manos.

—¿En qué diablos estás pensando, Jean? —Alzó los ojos y me miró a mí—. Ni siquiera me importa quién es el tipo.

Me lo decía a mí, no sabría decir por qué.

—Es Warren Miller —dijo mi madre en tono tajante.

—Bien, mejor para él —dijo mi padre.

—Nuestra actitud ante las cosas cambia —dijo mi madre.

—Lo sé —dijo mi padre—. Soy consciente de ello.

Mi madre puso una mano a un lado, sobre el sofá; era la primera vez que se movía en varios minutos. Debió de pensar que lo peor había ya pasado, y es muy posible que así fuera para ella.

—No quiero que estés furiosa conmigo —dijo mi padre— sólo porque me haya ido a combatir esos incendios. ¿Me entiendes?

—Te entiendo —dijo ella—. No estoy furiosa contigo.

—El amor es una cosa... —dijo mi padre, y se quedó callado. Miró a su alrededor durante un instante como si algo lo hubiera sobresaltado, como si hubiera oído o esperara oír algo, o como si algo que hubiera pensado mientras estaba hablando le hubiera hecho olvidar el resto de la frase—. ¿Adónde vas a mudarte? —dijo—. ¿Vas a irte a vivir con Miller?

—Al edificio de Apartamentos Helen —dijo mi madre—. Está junto al río. En la Primera avenida.

—Sé dónde es —dijo mi padre con brusquedad. Y añadió luego—: ¡Santo Dios, qué calor hace aquí, Jean! —Llevaba la camisa abotonada hasta el cuello, y de pronto alzó la mano, se soltó tres botones y dejó al descubierto la mitad del pecho—. Deberías ponerla más baja —dijo. Recordé entonces que había sido yo quien había subido la calefacción aquella tarde, cuando me vi solo en casa y sentí frío.

—Tienes razón —dijo mi madre—. Lo siento.

Pero no se levantó. Siguió sentada en el sofá.

—¿Han sido duros estos tres días? —preguntó mi padre.

—No —dijo mi madre—. No muy duros.

—Estupendo, entonces. —La miró—. ¿No vamos a arreglarnos? ¿Es eso?

—Eso me temo —dijo mi madre con calma. Se tocó el cuello con los dedos. Tenía el pequeño hematoma bajo el cuello de la camisa y el lazo blanco, pero debió de acordarse de su existencia y de preguntarse cómo estaba exactamente y si él podría verlo. Pero mi padre no lo había descubierto, porque se hallaba oculto.

—Cómo me gustaría volver a ver el mundo como antes. Hacer que las cosas marcharan bien —dijo mi padre, y le sonrió—. Siento como si todo se tambaleara.

Absolutamente todo.

—También yo he sentido eso —dijo mi madre.

—¡Dios...! —dijo mi padre—. ¡Dios, Dios...!

Movió la cabeza y sonrió. Yo sabía que se asombraba de que aquello le estuviera pasando a él. Jamás lo habría imaginado. Tal vez trataba de descubrir qué había hecho mal, de remontarse a los tiempos en que la vida discurría normalmente. Pero no lograba dar con ello.

—Jerry —dijo mi madre—. ¿Por qué no sales con Joe y le llevas a comer algo? No he preparado nada para esta noche. He sabido muy tarde que venías.

—Buena idea —dijo mi padre. Me miró y volvió a sonreír—. La vida es dura, ¿eh, hijo mío? —dijo.

—El no sabe lo que es ni lo que no es —dijo mi madre con irritación, en tono reprobador, sin la menor piedad para con su situación. Se levantó del sofá y se quedó tras la mesita; las cartas seguían encima de ella en dos montones. Aguardaba a que nos marcháramos.

—Creo que no sabes apreciar lo que valgo —dijo mi padre. Se había vuelto a enfurecer en aquel preciso instante. Y yo no se lo reprochaba.

—Yo también lo creo —dijo mi madre. Y sonrió de un modo que no era una sonrisa. Quería que aquel momento de su vida quedara atrás para siempre, y que inmediatamente después sucediera algo (probablemente poco le importaba qué: cualquier cosa)—. Nada ni nadie sabe apreciar lo que valemos hoy día.

Se volvió y salió de la sala, y mi padre y yo nos quedamos allí solos, sin otro lugar adonde ir sino la noche fría, y sin más compañía que nuestra propia compañía.

Bajamos en coche hacia Central Avenue, hacia una zona de bares y cafés en donde yo aún podría comer algo. Seguían cayendo diminutos copos de nieve que se arremolinaban ante los faros, pero para cuando llegamos al centro de Great Falls la nieve empezaba a hacerse lluvia y el asfalto estaba ya mojado y brillante, de forma que más parecía una primavera del este de Washington que el comienzo de un invierno en Montana.

Mi padre, en el trayecto, se comportó como si la situación no fuera tan mala. Dijo que me llevaría al cine si me apetecía, o que podíamos pasar la noche en un hotel. The Rainbow, había oído, era muy bueno. Dijo que los Yankees estaban jugando bien la liga profesional hasta el momento, pero que esperaba que ganara el Pittsburgh. Y dijo también que en la vida sucedían cosas malas y que los adultos lo sabían, pero que al final todas pasaban, y que yo no debía pensar que los humanos éramos una mera acumulación de los peores errores de la especie, porque todos éramos mejores de lo que pensábamos, y que él amaba a mi madre y que mi madre lo amaba, y que él también había cometido errores, y que los tres merecíamos mejor suerte. Y al oírle comprendí que creía que lograría arreglar las cosas entre ellos.

—Hay cosas capaces de sorprenderte. Lo tengo muy presente —dijo mientras avanzábamos por Central Avenue en el frío coche—. Cuando estuve en Choteau vi un alce, por increíble que te parezca. Allí, en medio de la ciudad. El fuego lo había arrastrado lejos de donde solía vagar normalmente. Todo el mundo estaba asombrado.

—¿Y qué le sucedió?

—¡Ah!, no lo sé —dijo—. Había gente que quería matarlo a tiros, pero otros se negaban. No volví a oír nada al respecto. A lo mejor se salvó.

Llegamos hasta el final de Central y aparcamos frente a un bar que mi padre dijo conocer. Era un local muy iluminado, de paredes pintadas de blanco y altísimos techos. Se llamaba The Presidential, y a través de los ventanales, desde la calle, vi que había hombres jugando a las cartas en dos mesas de la trastienda, pero no vi a nadie bebiendo en la barra. En mis paseos por la ciudad había echado alguna ojeada al interior desde la acera, y siempre pensé que, dada la proximidad de la estación y de los hoteles del ferrocarril, sería un local frecuentado por ferroviarios.

—Este sitio está bien —dijo mi padre—. Tienen buena comida y hay una

tranquilidad que te permite oír hasta tus propios pensamientos.

Era un local largo y estrecho, con retratos enmarcados de varios presidentes: Roosevelt, Lincoln... Nos sentamos a la barra, y yo pedí sopa de judías y empanada de carne. Mi padre pidió un *whisky* y una cerveza. Yo no había comido nada desde la mañana, y estaba hambriento, pero mientras me hallaba allí, sentado con mi padre, no podía evitar preguntarme qué estaría haciendo mi madre. ¿Estaba preparando su maleta? ¿Estaba hablando por teléfono con Warren Miller, o con otra persona? ¿Lloraba sentada en su cama? Ninguna de aquellas posibilidades parecía ser cabalmente acertada. Y decidí que cuando terminara de cenar le pediría a mi padre que me llevara a casa. Él —estaba seguro— entendería que quisiera hacerlo: era mi madre, y atravesaba un mal momento.

—Gran parte de lo que se ha quemado era sotobosque. —Tenía la mano sobre el vaso de *whisky*, y se miraba la piel surcada de pequeñas cicatrices del dorso—. Podrás ir allá arriba en primavera. Pronto vivirás en una de esas casas de madera. ¿Sabes? Un incendio no es siempre una cosa tan mala.

Me miró y sonrió.

—¿Tuviste miedo allá arriba? —pregunté. Había empezado a comer la empanada.

—Sí, pasé miedo. Nosotros sólo cavábamos zanjas, pero pasé miedo. Allí puede pasar cualquier cosa. Si tuvieras un enemigo, podría matarte sin que se enterara nadie. Una vez tuve que detener a un hombre que se iba derecho hacia las llamas. Tuve que agarrarlo y tirarlo al suelo. —Tomó un sorbo de cerveza y se pasó una mano por el dorso de la otra—. Mira mis manos —dijo—. Cuando jugaba al golf las tenía suaves. —Se frotó la mano con más fuerza—. ¿Estás orgulloso de mí ahora?

—Sí —dije. Y era verdad. Le había dicho a mi madre que lo estaba, y lo estaba de verdad.

Oí el sonido de unas fichas de póquer en la trastienda del local, y el chirrido de una silla. Alguien se había levantado.

—No puedes dejarlo ahora. Estoy ganando —dijo uno de los jugadores. Y rieron todos.

—Me gustaría vivir en lo alto de la cara este —dijo mi padre—. Sería una vida mucho mejor que la que llevamos aquí abajo. Largarse de Great Falls...

Ahora su mente divagaba, y decía cuanto pasaba por su cabeza. Era una noche extraña en su vida.

—A mí también me gustaría vivir allá arriba —dije, aunque nunca había estado más cerca de la cara este que cuando fui con mi madre en coche dos días atrás, y vimos toda la zona en llamas.

—¿Crees que tu madre aceptará correr el albur? —dijo.

—Es posible —dije.

Mi padre asintió con la cabeza, y supe que estaba pensando en la cara este, un

lugar para el que probablemente no estaba preparado y al que mi madre tampoco podría amoldarse. Habían vivido en casas y en ciudades toda su vida y se habían desenvuelto bien en ese medio. Mi padre no hacía ahora sino huir mentalmente de las cosas que no le gustaban y no podía evitar.

Pidió otro *whisky*, pero no otra cerveza. Yo pedí un vaso de leche y un trozo de tarta. Mi padre se volvió en su taburete y miró hacia los hombres que jugaban en la trastienda. No había nadie más en el bar. Eran las siete de la tarde, y los clientes no empezarían a llegar hasta más tarde, después del cambio de turno.

—Supongo que debería haber sabido lo que estaba pasando —dijo, mirando hacia el fondo del local—. Siempre sale una tercera persona por alguna parte. Aunque sólo sea en tu mente. Uno no puede controlar la mente. Lo sé. Y seguramente no debería ni intentarlo. —Yo seguía callado, porque imaginaba lo que estaba a punto de preguntarme, y no quería responder—. ¿Sucede desde hace tiempo? —preguntó.

—No lo sé —dije.

—Cuando te ves metido en estas cosas, te parecen tu vida entera —dijo—. No ves salida. Estoy empezando a comprenderlo.

—No sé —repetí.

—Es el dinero —dijo—. Ésa es la causa primera. Así es como se rompen las familias. No teniendo el dinero suficiente. Aunque me sorprende lo de ese Miller, la verdad —dijo—. He jugado al golf con él. Tiene una especie de cojera. Creo que le gané algo de dinero una vez.

—Eso dijo —dije.

—¿Le conoces?

Me miró.

—Sí —dije—. Lo he visto una vez.

—¿No está casado él también? —dijo él—. Pensaba que sí.

—No —dije—. No está casado. Lo estuvo.

—¿Y cuándo lo has conocido?

Entonces, repentinamente, sentí miedo. Miedo de mi padre, y de lo que yo iba a decir. Porque intuía que, si decía lo que no debía, algo se vendría abajo en mí y ya nunca volvería a ser lo mismo. Sentí ganas de levantarme y marcharme en aquel mismo momento. Pero no podía hacerlo. Estaba allí con mi padre, y no había lugar lo bastante lejos adonde yo pudiera huir. Y decidí que lo que la gente creyera —que no sabía nada sobre mi madre y Warren Miller, por ejemplo— no era tan importante como la verdad. Y decidí que, si tenía que decir algo y lo sabía, diría la verdad, sin importarme nada de lo que hubiera podido pensar antes de encontrarme con ello cara a cara.

Aunque creo que fue una opción equivocada, y que mi padre habría opinado lo mismo si hubiera tenido la posibilidad de elegir. Pero no la tenía. Sólo yo la tenía.

Fue una elección exclusivamente mía.

Mi padre se volvió en el taburete y me miró. Con ojos pequeños y penetrantes. Quería la verdad. Y yo lo sabía. Pero él no sabía cuál era esa verdad.

—Lo conocí en casa —dije.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—Ayer —dije—. Hace dos días.

—¿Y qué pasó? ¿Qué pasó entonces?

—Nada —dije.

—¿Y no lo has vuelto a ver?

—También lo vi en su casa —dije.

—¿A qué fuiste a su casa? —Seguía mirándome con mirada inquisitiva. Quizá tenía la esperanza de que le estuviera mintiendo, y de que acabaría descubriéndome; tal vez imaginaba que le mentía para hacer a mi madre más culpable a sus ojos, para ayudarle, para hacer que se sintiera mejor al ver que me ponía de su lado—. ¿Fuiste a su casa solo?

—No —dije—. Fui con mamá. Cenamos allí.

—¿Sí? —dijo—. ¿Y os quedasteis a pasar la noche?

—No —dije—. No nos quedamos. Nos fuimos a casa.

—¿Y eso es todo?

—Entonces sí —dije.

—¿Pero viste a tu madre hacer algo que no querrías tener que contarme? —dijo—. Sé que tiene que resultarte muy extraño saber este tipo de cosas. Seguramente todo es culpa mía. Lo siento.

Me miraba intensamente. Pienso que no quería que le dijera nada más, pero que al mismo tiempo quería saber la verdad, y el papel que había tenido yo en todo aquello, y cómo había actuado mi madre, y qué había de justificable o injustificable en el asunto. Y yo callaba porque, aunque podía ver de nuevo en mi mente todo lo acontecido en los tres días pasados, no creía saberlo todo y no quería hacer como si lo supiera, ni pretender que lo que había visto fuera la verdad.

—Quizá lo que pregunto no requiera una respuesta —dijo luego. Miró hacia los hombres que jugaban al póquer en el recinto del fondo—. ¿Te ha contado tu madre algo? —dijo—. Me refiero a si te dijo algo que puedas recordar. No sobre lo que haya podido hacer. Sobre cualquier cosa. Me gustaría saber lo que tenía en la cabeza últimamente.

—Me dijo que no estaba loca —dije—. Y que es difícil decirse no a uno mismo.

—Las dos cosas son ciertas —dijo mi padre mientras miraba a los hombres que jugaban al póquer—. También yo las he sentido. ¿Eso es todo?

—Dijo que todo el mundo tiene que renunciar a cosas.

—¿Sí? —dijo—. Bueno es saberlo. Me pregunto a qué ha renunciado ella.

—No lo sé —dije.

—Puede que haya renunciado a nosotros. O sólo a mí. Será eso, seguramente.

El camarero trajo mi trozo de tarta y el vaso de leche y un tenedor. Dejé el *whisky* de mi padre sobre la barra, pero mi padre miraba hacia otra parte. Estaba pensando, y se quedó así, sentado en su taburete sin hablar y mirando hacia la trastienda, durante varios minutos, mientras yo seguía a su lado sin tocar mi ración de tarta y sin hacer nada salvo esperar.

—No he estado allí más que tres días, pero me ha parecido tanto tiempo... —dijo al cabo—. Puedo identificarme de veras con la gente.

—Sí —dije. Toqué el tenedor con los dedos.

Pero mi padre se volvió y me miró de nuevo.

—Creo que has debido ver a tu madre con Miller, ¿no es cierto? No únicamente en esa cena, me refiero.

Su voz era muy calma, así que dije:

—Sí, la he visto.

—¿Dónde estaban? —dijo él, mirándome de frente.

—En casa —dije.

—¿En nuestra casa?

—Sí —dije. Y no sé por qué lo hice. Él no me había hecho decirlo. Pero lo dije. Debió de parecerme lo natural en aquel momento.

—Bien, lo siento, Joe —dijo él—. Sé que no es lo que tú esperabas.

—No importa —dije.

—No digas eso —dijo—. Sí importa. Pero tendrá que dejar de importarte de un modo u otro.

Se volvió y dejó de mirarme, y cogió el vaso de *whisky*.

—No tendría que beber, pero en este momento quiero hacerlo —dijo. Bebió un pequeño sorbo y dejó el vaso en la barra—. Cuando termines la tarta —dijo—, iremos a dar una vuelta.

Me puse a comer, y mi padre se levantó y fue a los servicios. Luego, al salir, hizo una llamada telefónica al otro extremo de la barra. Lo miré, pero no podía oír lo que decía ni saber con quién hablaba. Pensé que quizá hablaba con mi madre de lo que yo acababa de contarle; quizá le estaba diciendo que no me llevaría a casa aquella noche, o que se fuera ella de casa, o cuánto le había decepcionado. Pensé que le decía de hecho todas estas cosas. Aunque no habló mucho tiempo. Cuando volvió llevaba en la mano un billete de cinco dólares, que dejó encima de la barra, y me dijo:

—Vamos a despejarnos la cabeza.

Salimos a la calle, donde nevaba de nuevo tenuemente. En la acera había gente haciendo cola para entrar en el Auditorium. Pero mi padre no reparó en ella, y

subimos al coche y nos alejamos del centro de Great Falls.

Subimos por Central en dirección a la calle Quince. No hablamos mucho. Paramos en una gasolinera y mi padre bajó del coche, y yo me quedé sentado escuchando lo que hablaba con el hombre que llenaba el depósito. Hablaron de la nieve, y el empleado dijo que pronto cambiaría a lluvia y luego a hielo; hablaron también del fuego en Alien Creek, y mi padre dijo que había estado en las brigadas de extinción hasta aquella misma tarde, y ambos coincidieron en que no tardaría en apagarse. El hombre comprobó el aceite y las ruedas, y luego abrió el maletero e hizo algo que no pude ver. Le dijo algo a mi padre sobre la conveniencia de cambiar un piloto trasero, y mi padre le pagó y montó en el coche y salimos de nuevo a la calzada.

Volvimos por Central Avenue en dirección al centro de Great Falls, y pasamos por las estaciones del ferrocarril y el parque municipal y el río —por donde había paseado yo aquella tarde— y los Apartamentos Helen, adonde mi madre iba a mudarse. Mi padre no pareció reparar en ellos; no parecía reparar mucho en nada. Simplemente conducía —pensé— sin ningún destino concreto mientras su mente se ocupaba de los pensamientos dictados por su situación: mi madre, yo, qué iba a ser de los tres. Avanzábamos hacia el este, y vislumbré las luces del estadio de fútbol en el cielo poblado de nieve fina. Era la noche del viernes, y se jugaba un partido de fútbol americano: Great Falls contra Billings. Me alegraba estar lejos del encuentro, no tener nada que ver con él.

—Antes dije que un fuego puede resultar benéfico —dijo mi padre—. La mayoría de la gente no lo creería. —Al volante, parecía de mejor ánimo, como si después de pensar en algo se sintiera mucho mejor—. Es asombroso lo deprisa que el mundo puede volverse del revés, ¿no te parece?

—Sí —dije—. Es cierto.

—Tres días, si no me equivoco —dijo—. Quizá las cosas no eran tan sólidas como yo pensaba. Supongo que es evidente.

—No lo sé —dije.

—¡Oh, claro! —dijo—. Es evidente. —Me miró, y sonreía. Me puso una mano sobre el hombro, y lo apretó—. Joe —dijo—, en cuanto te enfrentas con ello, lo peor queda atrás. Y las cosas empiezan a mejorar. El hecho de irme a esos incendios tuvo un efecto negativo en tu madre. Eso es todo.

—¿Te ha gustado estar allí? —pregunté. Era algo que quería saber.

—Bueno —dijo—. Mi actitud ha cambiado. Al principio tenía misterio. Luego me pareció emocionante. Y luego me sentí impotente. Antes de ir me sentía como aprisionado —dijo—. Ahora ya no me siento así.

—¿Has tenido alguna amiga allí? —pregunté, porque eso era lo que había dicho mi madre dos noches atrás.

—No, ninguna —dijo él—. Había mujeres. De hecho vi cómo se peleaban entre ellas. Igual que hombres.

La idea se me antojó muy extraña: dos mujeres peleando. Aunque era sugestiva. Y entonces caí en la cuenta de lo insólito que era el hablar con mi padre de aquel modo, el hecho de saber los dos lo que sabíamos de mi madre y sin embargo sentirnos como nos sentíamos, no tan pésimamente como cabría imaginar. Para mí era una sensación temeraria, una sensación estimulante, y me gustaba.

—¿El amigo de tu madre vive en Black Eagle, en Prospect Street? —dijo mi padre luego. A lo lejos se veía el puente que cruzaba a Black Eagle, y más allá los blancos silos de Warren Miller, iluminados en un cielo empañado por la nieve—. Me has dicho que estuviste en su casa, ¿no es eso?

—Sí —dije.

—¿Y sabes dónde es?

—Sí —dije—. Donde tú has dicho.

—Bien —dijo—. Pasemos por allí.

Torció y enfilamos el puente de la calle Quince y cruzamos el río Missouri y nos adentramos en Black Eagle, donde se divisaban tan sólo las luces de las casas sobre las escarpadas colinas y tras ellas, como una cortina, la noche tapizada de nieve fina.

A mitad de camino de la colina giramos hacia la derecha. Eran las ocho, y muchas de las casas por las que pasábamos tenían la luz del porche encendida, e iluminado el interior. Mi padre parecía saber adonde se dirigía, porque sólo de cuando en cuando miraba los números de las casas. Hacia el fondo de la calle vi las luces azules del restaurante italiano. No vi gente a la altura de la entrada, ni coches aparcados, y si no hubiera sido viernes habría pensado que estaba cerrado.

—Una calle sin demasiado encanto, ¿no crees? —dijo mi padre.

—Tienes razón —dije, mirando las casas.

—Es curioso —dijo él—. Supongo que nadie entiende a los ricos. —Luego calló durante un instante, mientras circulábamos despacio por la calle de Warren Miller—. Me gustaría poder lograr que tu madre se echara atrás en este asunto.

—También a mí —dije.

—No es un asunto que le convenga —dijo—. Yo no lo creo, al menos.

Detuvo el coche en la acera opuesta a la casa de Warren Miller, en el mismo sitio donde mi madre había aparcado la noche anterior. Empecé a pensar lo que había estado pensando cuando esperaba allí junto a mi madre: que no tenía otra alternativa que entrar con ella en la casa; y que luego había entrado. Pero después dejé de pensarlo porque ahora era diferente; era algo que nada tenía que ver con lo sucedido la noche pasada, o cualquier otra noche. Ahora estaba con mi padre, y todo era diferente.

Había luz en la casa, pero el porche estaba oscuro. El Oldsmobile estaba aparcado

en la empinada rampa, junto a la motora, como la noche anterior. Mi padre paró el motor, abrió la ventanilla y miró hacia la casa. Me llegó una música de piano. Pensé que venía de la casa de Warren Miller, y que probablemente era él quien tocaba el piano mientras nosotros mirábamos hacia la casa en la oscuridad.

—Me gustaría echar un vistazo —dijo mi padre. Se volvió y me miró—. ¿Qué te parece?

—De acuerdo —dije.

Miré hacia la casa: no se veía a nadie en el ventanal; sólo la lámpara antigua sobre la mesa.

—Vuelvo en seguida, Joe.

—Bien —dije.

Bajó del coche, cerró la puerta, cruzó la calle y empezó a subir por la escalera de hormigón. Oí el sonido del piano en medio de la noche, y creí oír que alguien cantaba al son de la melodía. Un hombre.

Pensé que nadie advertiría la presencia de mi padre a menos que él se hiciera notar o tocara el timbre o golpeará la puerta con los nudillos, y no creía que tuviera intención de hacerlo. Me pregunté a quién habría llamado mi padre desde The Presidential. ¿A mi madre? ¿A Warren Miller, para saber si estaba en casa? ¿A otra persona totalmente diferente?

Mi padre subió los últimos escalones y llegó al porche. Se volvió y miró hacia el coche y luego, por encima de él, hacia la ciudad iluminada, más allá de la calle y las casas y el río. Después fue hasta el ventanal, se inclinó un poco sobre el cristal y miró hacia el interior de la casa. No se ocultaba: estaba de pie ante el ventanal, mirando, de forma que cualquiera que hubiera mirado hacia la ventana desde dentro lo habría visto al instante.

No se quedó mucho tiempo mirando: sólo el tiempo necesario para echar un vistazo a la sala, y a lo que pudiera verse a través de ella: los otros cuartos, la cocina. Luego se volvió y bajó las escaleras, cruzó la calle y llegó al coche, donde yo le estaba esperando. No montó en él; se quedó apoyado contra la ventanilla.

—¿Cómo te sientes, hijo?

Se inclinó hacia el interior del coche y me miró.

—Estoy bien —dije, aunque no era exactamente cierto: estaba nervioso, y quería que nos fuéramos.

—¿Tienes frío? —dijo. Hablaba en voz baja.

—No —dije. Seguían tocando el piano en la casa. Pero sí tenía frío. Tenía mucho frío en los brazos.

Mi padre volvió la cabeza y miró hacia el fondo de la calle. No había nadie, nada a la vista. Ni el más mínimo movimiento.

—Tal vez ya no pueda estar enamorado —dijo, y espiró el aire con fuerza—.

Aunque me encantaría hacer que las cosas fueran mejores, ¿sabes?

—Sí —dije.

Entonces vi a Warren Miller. Se había acercado al ventanal por el que había estado mirando mi padre. Se detuvo un momento y miró hacia el exterior, hacia nuestro coche —me pareció—, y se retiró del ventanal. Llevaba una camisa blanca, como la noche anterior. Me pregunté si mi madre estaría con él en la casa, si era eso lo que mi padre había visto instantes antes, si era ésa la razón por la que mi padre había dicho lo que acababa de decir. Y decidí que no, que mi madre no estaba en aquella casa, y que seguía en la nuestra, donde la habíamos dejado y donde la encontraríamos si volvíamos en aquel mismo momento.

—Va a suceder algo —dijo mi padre, y empezó a dar golpecitos con ambas manos contra la moldura metálica de la ventanilla. Miró la calle con expresión pensativa—. Me gustaría no sentirme así.

Yo callé unos instantes, y luego dije:

—A mí también.

Mi padre volvió a suspirar.

—Ya lo sé, hijo —dijo—. Ya lo sé. —Se quedó en silencio unos segundos, mirando el asfalto—. Me pregunto —dijo— qué tendría que suceder para que yo un día llegara a dejar a tu madre. —Alzó los ojos y me miró.

—Quizá nada podría hacer que la dejaras —dije.

—Nada que yo pueda imaginar. Es cierto. —Asintió con la cabeza—. Las cosas tienen que ser capaces de sorprenderte —dijo—. Este es un día extraño, ¿no crees? —dijo—. Un día importante.

—Supongo que sí —dije.

—Me siento agotado —dijo—. Exhausto.

También yo me sentía así y él debía de saberlo.

—Quizá deberíamos volver a casa —le dije con voz queda.

—Deberíamos, sí. Ciertamente —dijo—. Lo haremos en seguida.

Se enderezó y fue hasta la trasera del coche y abrió el maletero. Miré hacia atrás, pero no pude ver qué hacía, ni oír nada. Tampoco le oí decir nada. Cerró el maletero, e instantes después, cuando miré por una de las ventanillas laterales, lo vi: subía deprisa por las escaleras hacia la casa blanca de Warren Miller, que seguía iluminada y en la que aún se oía la música del piano. Llevaba algo en las manos; no pude ver lo que era, pero debía de ser algo que había sacado del maletero. Lo llevaba asido con ambas manos. Y entonces experimenté esa sensación que más tarde oiría decir que acompaña a todos los desastres, la sensación de ver las cosas desde una enorme lejanía, como si se miraran a través de un catalejo invertido; la sensación de que, pese a tenerlas a un palmo de los ojos, uno se queda inmovilizado y sumido en la impotencia. Una sensación que primero te hace sentir frío, y luego calor, como si lo

que temes no va a suceder finalmente, si bien después sucede y te sorprende aún menos preparado para presenciarlo y para aceptar que te suceda.

Vi a mi padre llegando a lo alto de las escaleras y andando por el porche —una pequeña galería de acceso que ocupaba sólo en parte la fachada— y dirigiéndose hasta un extremo, justo enfrente del ventanal que daba a la sala. Oí sus pasos sobre el piso de tablas. Oí el débil salpicar que produce un líquido al ser vertido sobre una superficie. Y entonces supe lo que mi padre estaba haciendo, o intentaba hacer. La música, en el interior de la casa de Warren Miller, cesó. Y se oyó sólo el apagado ruido del líquido vertido de una garrafa de cinco litros, que era lo que mi padre tenía en las manos. Rociaba con él —con gasolina o queroseno o fuera lo que fuere lo que había comprado en la estación de servicio— el pie de la casa, donde las tablas del porche se unían con la pared de la fachada. Y quise detenerlo, pero se movía con rapidez, y yo no pude moverme lo bastante deprisa dentro del coche, no lograba manejar con celeridad las manos ni hacer un ruido capaz de llamar su atención para decirle que dejara inmediatamente de hacer lo que estaba haciendo. Vi a contraluz su silueta, que cruzaba de un lado a otro el ventanal. Y entonces se encendió la luz del porche, y Warren Miller abrió la puerta en el preciso instante en que mi padre llegaba ante ella. Warren Miller salió al porche iluminado, y vi su cojera. Y él y mi padre se encontraron frente a frente, mi padre con la garrafa de cristal en las manos y Warren Miller con las manos vacías. Fue algo en verdad extraño de presenciar. Y, por espacio de un instante, pensé que todo iba a arreglarse, que Warren Miller tomaría las riendas de la situación —yo sabía que podía hacerlo— y que mi padre renunciaría a sus propósitos de prender fuego a la casa de Warren Miller y arruinar su propia vida y la mía y la de mi madre, como si no importaran nada y fueran algo de lo que alegremente se pudiera abdicar.

—¿Qué está pasando aquí, Jerry? —dijo Warren Miller, sin alzar la voz.

Avanzó un paso hacia mi padre, como si quisiera ver mejor lo que estaba sucediendo. Y debió de oler la gasolina, porque se echó hacia atrás. Mi padre —imaginé— había rociado ya con ella la mayor parte del porche.

Ahora, muy erguido, decía algo que no pude oír bien, pero que sonaba algo así como «mira esto, mira esto», y que repitió dos veces. Y acto seguido se agachó rápidamente hasta ponerse en cuclillas delante de Warren Miller, como si se dispusiera a atarle los cordones de sus botas. Pero lo que hizo fue encender una cerilla. Y oí que Warren Miller decía:

—Pero ¿qué diablos...?

Y el porche, entonces, se incendió. La garrafa que mi padre sostenía estaba en llamas tanto por dentro como por fuera; las tablas del piso ardían. Una llameante franja azul y amarilla se desplazaba casi con indolencia hacia la pared de la casa y luego por el porche hacia un extremo, y empezó a trepar por la madera de la pared

que mi padre había rociado en un principio. La casa, entonces, me pareció toda ella en llamas, o cuando menos la fachada. Empecé a salir precipitadamente del coche, porque las botas y los bajos del pantalón de mi padre ardían, y él trataba de sofocar el fuego golpeándose con ambas manos, mientras se agitaba frenéticamente y daba saltos.

Warren Miller se había esfumado. No lo vi entrar en la casa, pero desapareció en cuanto se alzaron las llamas. Supuse que estaba llamando por teléfono para pedir ayuda. Y mi padre se quedó solo en el porche, pugnando por librarse del fuego que él mismo había provocado en un acto de celos o ira o mera locura, algo que de repente había pasado a pertenecer a un pasado remoto y a ser absolutamente nimio frente a la magnitud de lo que estaba sucediendo.

—Estoy ardiendo, Joe —oí gritar a mi padre en el porche mientras yo corría hacia él escaleras arriba.

—Lo sé —grité.

—Lo siento —le oí decir—. No quería hacerlo. No quería. Parecía a un tiempo excitado y en calma, pese a ver una de sus botas presa de las llamas. Había logrado apagar la otra bota y el bajo del pantalón con las manos. Y se había desplazado desde la zona del fuego hasta el borde del porche, donde se había sentado con una pierna colgando y la otra, la de la bota en llamas, junto a él, y se golpeaba con la mano desnuda la bota y el bajo, no violenta ni atropelladamente sino tratando de sofocar de modo eficaz las llamas. Tras él, el porche seguía ardiendo. Me llegaba el olor a humo y a quemado. Y vi la fachada de madera incendiada, y sentí el calor en el aire.

Al llegar junto a mi padre me quité la chaqueta y la eché sobre la bota que se estaba quemando, y la mantuve contra ella con fuerza, con los brazos en torno para ahogar las llamas.

—Creo que no me entiendo a mí mismo en este momento —dijo mi padre—. Y está bien. —Ya no parecía nervioso. Tenía la cara muy pálida, y las dos manos negruzcas, como quemadas. Se las puso en el regazo, y pensé que quizá no era consciente de lo que había hecho, o de que se había quemado y no sentía el dolor—. Tu madre no está ahí dentro —me dijo en tono sosegado—. No te preocupes. Me cercioré de que no estaba.

Una nieve liviana iba posándose sobre nosotros.

—¿Por qué has prendido fuego a la casa? —pregunté, sujetándole el pie.

—Para volver a encauzar las cosas, supongo —dijo, mirándose las manos. Las levantó un poco, y volvió a dejarlas sobre los muslos. Se oyó el sonido de una sirena a lo lejos. Alguien había llamado a los bomberos—. No me duelen las manos —dijo.

—Perfecto —dije. Solté su pie y retiré de encima la chaqueta. Tenía un aspecto aceptable. No parecía que hubiera estado envuelto en llamas, pese al olor del cuero quemado y de la gasolina que había empapado la bota—. ¿Quieres venir al coche? —

pregunté, porque era lo que yo quería que hiciera.

—No —dijo—. Ahora no sería lo correcto. —Se volvió y miró la casa a su espalda. Seguía habiendo llamas en el porche y en la madera de la fachada. La garrafa estaba rota en el suelo. Pero el fuego iba apagándose en la madera húmeda; humeaba más que ardía, y no me pareció que el fuego fuera a progresar y acabar destruyendo la casa como había pensado en un principio—. Todo ha sido innecesario —dijo mi padre cuando volvió a mirarme—. Inútil. Tu madre no confía en mí. Eso es todo. Todo este asunto no ha sido sino una cuestión de confianza.

Sacudió la cabeza, y se puso a mover todos los dedos de las manos, sobre los muslos, como si se esforzara por sentirlos y no lo consiguiera, y ello le ponía nervioso, y le hacía desear hacer cualquier cosa para volver a sentirlos. Los relacionaba mentalmente con algo muy importante en su vida.

Warren Miller salió entonces de la casa apresuradamente. Se había puesto la chaqueta del traje, y lo acompañaba una mujer: alta, delgada, de cara alargada y pálida, con un abrigo de lana de hombre y zapatos plateados de tacón alto. Eran los zapatos que había visto en el armario de Warren Miller, que ahora, cojeando ostensiblemente, urgía a la mujer para que bajara deprisa los escalones del porche, donde mi padre y yo estábamos. Siguieron rampa abajo y se alejaron de la casa, que él probablemente —e infundadamente— creía ya condenada a ser pasto de las llamas. Caminaba pegado a la mujer, con una mano en el centro de su espalda, y al llegar a la acera, al pie de la rampa de entrada, se volvió y nos miró, y miró la casa, en la que aún se veían algunas vacilantes llamas azules y humeantes en las paredes de madera de la fachada. El fuego, con todo, iba gradualmente remitiendo. La gente de la calle salía de las casas a los jardines, y reconocí a la pareja de ancianos de la casa contigua, que habían cruzado la calle para presenciar el espectáculo desde el jardín de enfrente. Oí que alguien —una mujer— gritaba: «¡Venid a ver esto! ¡No vais a creerlo! ¡Oh, santo Dios!». Y se empezaron a oír sirenas cada vez más cerca, y los motores del coche de bomberos que cruzaba el puente haciendo sonar la campana. Y yo seguí allí al lado de mi padre, a la espera de los acontecimientos.

—Esto terminará mejor de lo que parece —dijo mi padre.

Miraba a su alrededor. Parecía asombrado de lo que había hecho, de todo aquel gentío que nos estaba mirando.

—Todo irá bien —dije—. No ha sido tan grave.

—Me gustaría que todo se arreglara de una vez —dijo él—. Me gustaría mucho.

Warren Miller le dijo algo a la mujer alta del abrigo de hombre. Supuse que el abrigo era de Miller, pero no era el que le había prestado a mi madre. La mujer, a su vez, dijo algo; luego miró hacia nosotros y sacudió la cabeza. Warren Miller, entonces, empezó a cojear en dirección a la casa; entró en su jardín y avanzó por el césped hollando la nieve que ya empezaba a derretirse. Nosotros lo esperábamos a él

—supongo—, y esperábamos asimismo lo que nos tuviera que llegar: la policía o el cuerpo de bomberos o cualquier diligencia oficial. Mi padre había decidido permanecer donde estaba y afrontar lo que viniera. No tenía adonde ir. Y aquél debió de parecerle un lugar tan bueno como cualquier otro.

—Eres un maldito borracho, ¿no es eso? —dijo Warren Miller antes incluso de llegar hasta nosotros, mientras atravesaba cojeando su jardín. Estaba furioso. Lo veía en su cara. Su voz me pareció más grave que la que recordaba de la noche anterior. Tenía la cara pálida y húmeda—. Maldita sea, Jerry —dijo—. Estás como una cuba, y has destrozado mi casa.

Mi padre no dijo nada. No se me ocurre qué podría haber dicho. Pero cuando Warren Miller llegó hasta donde estábamos —mi padre sentado en el borde del porche, y yo a su lado— agarró a mi padre por la pechera de la camisa (la asió con una mano, simplemente) y le golpeó en la cara con el puño; y el golpe fue tan fuerte que cabeza y tronco se desplomaron hacia atrás, aunque no llegaron a inclinarse demasiado porque Warren Miller seguía sujetando la pechera. El agresor volvió a hacer recular el puño para golpear de nuevo a mi padre, pero me incorporé y le protegí la cara con las manos, y dije casi gritando:

—No lo haga. No vuelva a hacerlo.

Y Warren Miller soltó al instante la camisa y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Pero no se marchó; se quedó allí quieto, sin retroceder siquiera un paso. Sus gafas estaban sucias y empañadas, y su cara mojada, lo mismo que su chaqueta. Respiraba ruidosamente. Miré hacia la gente que nos observaba desde la calle. Alguien nos señalaba a nosotros o señalaba a Warren Miller, que acababa de golpear a mi padre. Vi a un chiquillo que corría a través de los jardines para llegar a un mejor observatorio. Oí sirenas que se aproximaban, y gusté el sabor del humo.

—Maldita sea, tienes a tu hijo aquí, Jerry —dijo Warren Miller—. No entiendo por qué has tenido que hacer una cosa semejante.

Miraba fijamente a mi padre, que parpadeaba. No sangraba ni tenía marca alguna en la cara, donde le había herido el puño de Warren Miller, pero debía de sentir mareo o náuseas. Yo quería decirle a Warren Miller que se fuera, que estábamos hundidos, pero era su casa y estábamos sentados en su porche.

—¿Quién es? —dijo mi padre. Miraba a la mujer del abrigo largo y los zapatos plateados de tacón alto, que aguardaba en la acera.

—¿Qué quieres decir? —dijo Warren Miller. Parecía perplejo—. No es de tu incumbencia quién es. No es tu mujer. —Seguía furioso. Lo notaba con sólo estar a su lado—. Tengo una pistola ahí dentro, Jerry —dijo—. Podría pegarte un tiro y nadie diría nada. Probablemente se alegrarían.

—Lo sé —dijo mi padre. Pero a mí me impresionó oír aquello.

—¿Cuántos años tienes, por el amor de Dios? —dijo Warren Miller.

—Treinta y nueve —dijo mi padre.

—¿No eres universitario? ¿No fuiste a la universidad? —dijo Warren Miller.

—Sí —dijo mi padre.

Warren Miller se volvió y miró hacia la calle. Se habían parado algunos coches, y el de bomberos tocaba el claxon para que le abrieran paso en la calzada. Pero para entonces el fuego se había extinguido. Lo había sofocado la nieve, y no había necesidad de ninguna brigada contra incendios.

Warren Miller me miró. Seguía con las manos en los bolsillos. Sus ojos azules, tras los cristales de las gafas, estaban muy abiertos.

—Sabía que estabas en casa hoy, cuando he ido —me dijo—. Podía haber entrado por la fuerza, pero no quería sacar las cosas de quicio. —Sacudió la cabeza—. Debería darte una buena zurra aquí mismo. —Luego se volvió y miró a mi padre de nuevo. Creo que trataba de decidir qué hacer, y que no sabía exactamente cuál podía ser la opción justa. Fue un momento hartamente singular para todos nosotros—. Deberías saber de estas cosas, Jerry —dijo luego—. Maldito imbécil. No hay forma humana de parar estas cosas. Te largas de casa y esperas que la gente se quede ahí quieta, esperándote. No echas la culpa a nadie más que a ti mismo. Eres un estúpido, eso es lo que eres. Sólo un estúpido.

—Es muy posible —dijo mi padre—. Lo siento.

Miraba hacia el suelo. Se oían otras sirenas en la ciudad, a lo lejos; sirenas que nada tenían que ver con nosotros, sino con otras gentes asustadas ante la posibilidad de un incendio.

—Ella lanzaba dardos a lo alto para ver dónde caían —dijo Warren Miller—. Y el romance se acababa antes incluso de que pudieras darte cuenta. Por lo que a mí respecta, al menos.

Se volvió y miró hacia la calle.

Los faros del coche de bomberos iluminaron el asfalto. Oí cómo zumbaban los potentes motores. En un jardín del otro lado de la calle un hombre rociaba el tejado de su casa con una manguera. Dos bomberos surgieron de la oscuridad, con sus enormes cascos y sus chubasqueros y sus botas, y con extintores de mano y linternas. Las llamas de la casa se habían extinguido por completo. Algunos vecinos charlaban con los bomberos que permanecían en el coche. Alguien lanzó unas sonoras carcajadas.

—¿Qué pensabas? —le dijo Warren Miller a mi padre, que seguía sentado con las manos quemadas sobre los muslos, y la hinchazón incipiente en la zona de la cara donde había recibido el puñetazo—. ¿No crees que esto que has hecho es un inmenso error? ¿Qué crees que pensará de ti toda esta gente? De un incendiario de casas como tú. Delante de su propio hijo. A mí se me caería la cara de vergüenza.

—Puede que piensen que se trataba de algo importante para mí —dijo mi padre.

Se pasó las manos por la cara húmeda, tomó una honda inspiración y dejó escapar el aire despacio. Oí cómo lo exhalaba lentamente.

—Piensan que *nada* es importante para ti —dijo Warren Miller en voz muy alta—. Piensan que querías suicidarte, eso es todo. Te tienen lástima. Has perdido el juicio.

Se volvió y bajó al jardín, donde la nieve empezaba a helarse sobre el césped húmedo. Los bomberos se acercaban a la casa enfocando hacia el frente sus linternas, y al ver a Warren Miller comenzaron a hablar y a sonreírle. Parecían conocerle. Warren Miller conocía a mucha gente. Y nosotros, mi padre y yo, y mi madre, no conocíamos a nadie. Estábamos solos en Great Falls. Éramos forasteros. Sólo nos teníamos a nosotros mismos para responder por nuestras personas si venía una mala racha y las cosas se ponían contra nosotros como en aquel momento.

Al final no sucedió gran cosa, no lo que cabía esperar cuando un hombre prende fuego a la casa de otro y es sorprendido con las manos en la masa en medio de una calle llena de gente y en una época de pavor a los incendios. Hay quien ha sido colgado por algo semejante en Montana.

Los dos bomberos que conocían a Warren Miller subieron hasta la casa y examinaron las zonas quemadas del porche y la fachada y las paredes laterales. No utilizaron los extintores, y tampoco nos hablaron, aunque Warren Miller les había dicho que todo se debía a un malentendido entre él y mi padre. Luego los dos bomberos nos miraron, pero sólo fugazmente. Warren Miller, entre tanto, había llegado a la calle y se había sentado en el coche rojo del jefe de la brigada. Charlaron, y nosotros esperamos. Vi cómo Warren Miller firmaba un papel. Los vecinos empezaron a retirarse a sus casas respectivas, y el hombre que había regado su casa ya no estaba en el jardín. El coche de bomberos se alejó, y la mujer alta que había salido de la casa con Warren Miller sintió frío y montó en el Oldsmobile y lo puso en marcha para encender la calefacción. Mi padre y yo éramos los únicos que quedábamos a la intemperie, sentados sobre las tablas del porche en la fría noche de nieve. En el aire había un fuerte olor a madera quemada.

Mi padre guardó silencio mientras esperábamos. Miraba el coche del jefe de la brigada. También yo lo miraba, y al rato —quizá un cuarto de hora— Warren Miller se apeó de él, caminó por la acera frente a su casa y finalmente subió por la rampa y subió al Oldsmobile, el coche en el que había estado con mi madre y en donde ahora le esperaba la mujer. Se deslizaron por la rampa marcha atrás y se alejaron por Prospect Street hasta perderse en la oscuridad. Yo no sabía su destino aquella noche, y ya no volví a ver a Warren Miller nunca más.

Fue entonces cuando mi padre dijo, con voz muy suave:

—Seguramente van a detenerme. Los bomberos también pueden detenerte. Están

facultados para ello. Siento de veras todo esto.

Uno de los bomberos se apeó del coche del jefe. Era el más viejo de los dos que habían subido a inspeccionar los daños de la casa. Fumaba un cigarrillo, que tiró al césped al acercarse por el jardín para subir hasta donde estábamos. Seguíamos sentados en el borde del porche, y, aunque nadie nos lo había ordenado, ambos sabíamos que no podíamos marcharnos.

—Ha habido un malentendido aquí, según me han dicho —le dijo el bombero a mi padre cuando estuvo cerca del porche. Luego lo miró, y miró hacia la casa, en la que la mayoría de los maderos frontales estaban negros y quemados. A mí no me miró. Era un hombre alto, sesentón. Llevaba una suerte de grueso chubasquero negro de amianto y botas de goma, e iba sin casco. Yo lo había visto antes en alguna parte, pero no recordaba dónde.

—Podría haber sido eso —dijo mi padre con voz tranquila.

—Hoy es su día de suerte —dijo el bombero. Volvió a mirar a mi padre: una mirada muy rápida. Estaba allí de pie, ante nosotros, hablando—. El hombre que vive aquí ha dado la cara por usted. Yo no la habría dado. Sé lo que usted ha hecho, y sé a qué se debe todo el asunto.

—Muy bien —dijo mi padre.

El hombre volvió a mirar hacia otra parte. Yo sabía que le resultábamos odiosos, y que ello lo violentaba del mismo modo que violentaba a mi padre.

—Deberían matarle por cometer semejante atrocidad —dijo el bombero—. Yo le mataría si lo pillara con las manos en la masa.

—No necesita decirlo —dijo mi padre—. Es cierto.

—Su hijo ya ha visto muchas cosas. —Me miró por primera vez. Se acercó y me puso su mano grande sobre el hombro—. No las va a olvidar. No olvidará la imagen de *usted* —le dijo a mi padre, y me apretó con fuerza el hombro.

—No, no la olvidará —dijo mi padre.

De pronto el hombre lanzó una sonora carcajada, y sacudió la cabeza. Una ocurrencia hartamente extraña. Me sorprendí porque estuve a punto de sonreír, aunque no quería hacerlo. Y no lo hice.

—Uno no puede elegir a su padre —me dijo. Sonreía; con la mano aún en mi hombro, como si compartiéramos una broma secreta—. El mío era un hijo de perra. Un redomado hijo de perra.

—Es una lástima —dijo mi padre.

—Acércate hasta el parque de bomberos la semana que viene, hijo —me dijo—. Te enseñaré cómo funcionan las cosas. —Miró a mi padre de nuevo—. Su mujer está preocupada por usted, compañero —le dijo—. Lleve a su hijo a casa, que es donde debe estar.

—De acuerdo —dijo mi padre—. Es una buena idea.

—Tu padre debería estar en la cárcel, hijo —dijo el bombero—, pero está libre.

Luego se volvió, bajó las escaleras, atravesó el jardín y llegó al coche rojo, donde le esperaba el bombero más joven. Giraron en redondo en medio de la calzada — durante la maniobra encendieron la luz de destellos— y se alejaron en la noche.

Al otro lado de la calle, una mujer nos observaba desde la puerta de su casa. Le dijo algo a alguien que había a su espalda, dentro de la casa. Alcancé a ver cómo volvía la cabeza y movía los labios, pero no pude oír lo que decía.

—La gente cree que vive en la eternidad, ¿no te parece? —dijo mi padre. Algo en la mujer de la otra acera le había sugerido estas palabras. No pude adivinar qué—. Que todo dura para siempre. Que nada tiene final. —Se puso en pie. Y parecía anquilosado, como si estuviera herido (y no lo estaba). Se enderezó; miró hacia las casas del otro lado de la calle, hacia Great Falls. En la casa de enfrente se apagó una luz—. Qué agradable —dijo.

—Sí —dije. Y me levanté también.

—Lo de hoy no seguirá siendo importante para siempre, Joe —dijo mi padre—. Lo olvidarás casi todo. Yo no, pero tú sí. Ni siquiera te reprocharía que me odiases, ahora mismo.

—No te odio —dije. Y no lo odiaba. En absoluto. No podía entenderle muy bien entonces, pero era mi padre. Nada había cambiado a ese respecto. Y lo amaba a pesar de todo aquello.

—Uno a veces se apasiona por cómo fueron las cosas un día, en lugar de por cómo hacerlas mejor en el presente —dijo—. No hagas eso nunca.

Eché a andar con paso rígido hacia el coche. Estaba aparcado donde lo habíamos dejado, frente a la casa de Warren Miller, en la acera opuesta.

—Será el único buen consejo que te dé —dijo. Oí cómo aspiraba profundamente y espiraba luego despacio. A lo lejos, en otra calle, oí una sirena, y pensé que se habría declarado un nuevo incendio. Y seguí a mi padre, y bajamos por la rampa y el jardín, y había dejado de nevar. Sabía que él no estaba pensando en mí en aquel momento, que estaba pensando en algún otro problema ajeno a mí. Pero me preguntaba adónde iríamos a continuación, y dónde pasaría yo la noche, y qué me acontecería al día siguiente, y el día después. Y entonces debí de creer que también yo vivía en la eternidad, pues ni tenía respuestas finales ni se me exigía que las tuviera. Y mientras me alejaba de la casa de Warren Miller, aquella fría noche de octubre, caí en la cuenta de que las cosas que habían sucedido empezaban ya a desdibujarse en mi pensamiento, tal como mi padre había dicho. Me sentía en calma, y empecé a creer que las cosas no resultarían tan malas después de todo. O al menos que era muy probable que no resultaran tan malas para mí.

Mi madre me escribió varias cartas en el tiempo que siguió a todo aquello, en 1960 y 1961. En una decía: «Intenta no pensar en tu vida como si fuera diferente de las de los demás chicos, Joe. Ello te ayudará». En otra decía: «Quizá pienses que yo soy la poco convencional en esto, pero tu padre es muy poco convencional. Y yo no tanto». Y en otra: «Me pregunto si mis padres vieron alguna vez el mundo como yo lo veo ahora. Estamos siempre buscando absolutos sin encontrarlos. Tenemos un enorme anhelo de lo auténtico, y nosotros no somos auténticos. El amor, al menos, parece algo muy permanente en mí».

Esto fue en una época —creo— en que mi madre vivía en Portland, Oregón, y esperaba encontrar trabajo. Sus cartas tenían el membrete del Hotel Davenport, aunque por alguna razón que no sabría explicar no creí que se alojara allí. En aquel tiempo no supe mucho de ella, y de hecho creí que la habíamos perdido para siempre.

Es posible, y lo he pensado muchas veces desde entonces, que mi padre sintiera que todo movimiento de progreso en su vida había llegado a su fin aquella noche en casa de Warren Miller, y que Warren Miller tenía razón, que mi padre deseaba que Warren Miller saliera de casa y le pegara un tiro allí mismo. Y por eso no huyó. Cuando las cosas se vuelven contra uno en la vida y lo hacen de improviso, como en el caso de mi padre, se experimenta seguramente un intenso deseo de *acabar*, de abdicar de la vida y de dejar que otra gente más fuerte —gente como Warren Miller— tome las riendas y la dirija allá donde el destino quiera que vaya. O al menos el deseo de volverse una parte minúscula de un organismo más grande, algo que te tome a su cargo como si fueras un niño. Mi madre también debió de sentirse así.

En los días que siguieron a los hechos, cuando mi madre se mudó a un apartamento del edificio Helen, y luego lo dejó precipitadamente y se marchó de Great Falls, me pregunté si volvería a ver el mundo como lo había visto antes de todo aquello, cuando ni siquiera sabía que lo estaba viendo. O si uno simplemente se acostumbra a tener que desligarse de las cosas, y cuando uno es joven le lleva menos tiempo desligarse de ellas; o si en realidad ninguno de aquellos pensamientos tenía la más mínima importancia, y las cosas seguían siendo las mismas pese a los pequeños cambios, de forma que cuando uno se enfrentaba a lo peor y lo peor pasaba uno descubría que lo que había después era la nada. La nada es mala también, sí, pero no

dura para siempre. Y lo que casi toda experiencia humana nos enseña es que los propios intereses no suelen prevalecer cuando en las cosas hay implicadas otras personas —a veces hasta la gente que te ama—, y que está bien que así sea. Es algo soportable.

El fuego por el que mi padre se marchó de casa no se extinguió fácilmente, sino que siguió durante mucho tiempo (no es como la gente piensa normalmente: que el fuego es sencillamente algo que se puede sofocar). No amenazó ciudades, pero siguió ardiendo sin llama durante todo el invierno, y cuando llegó la primavera volvió a inflamarse —aunque en menor escala—, y el aire se llenó de un humo que se metía en los ojos. Pero mi padre, esta vez, no se fue a combatirlo a la montaña.

En la primavera, cuando volví al colegio, intenté el lanzamiento de jabalina, pero no era bueno y no lograba lanzarla lejos. No lo bastante. Así que lo dejé. Mi padre dijo que volveríamos a jugar al golf cuando el tiempo mejorara, y eso hicimos, y en general llegué a sentir que mi vida *era* como la del resto de mis compañeros. No tenía amigos. Conocí a una chica que me gustaba, pero en mi trato con ella no sabía qué hacer ni cómo comportarme; no conocía ningún lugar adonde llevarla, ni tenía coche para salir con ella. La verdad es que no tenía vida social, sólo la vida que llevaba en casa con mi padre. Pero eso no me parecía nada anormal entonces, ni incluso ahora.

A primeros de marzo murió Warren Miller. Lo leí en el periódico. El suelto decía que a causa de una «larga enfermedad», y no se extendía al respecto, salvo que reseñaba que había muerto en casa. Caí en la cuenta de que debía de saber que estaba muriéndose cuando conoció a mi madre. Y me pregunté si ella lo supo, o si volvió a verlo alguna vez después de aquella noche en nuestra casa. Y pensé que sí, que quizá en Portland, donde ella estaba, o en cualquier otra ciudad. Traté de imaginar de qué habrían hablado, y me dije que sencillamente de lo que ya sabíamos todos nosotros. Creo que lo amaba. Ella dijo que lo amaba, y creo que también amaba a mi padre. Hay un viejo dicho que afirma que cuando tienes a dos en realidad no tienes a ninguno. Y eso es lo que finalmente pensé que le había sucedido a mi madre, estuviera donde estuviere, en cualquier ciudad, haciendo en soledad lo que estuviera haciendo. No tenía a ninguno, y me daba lástima que le pasara lo que le estaba pasando.

Mi padre, por su parte, no me parecía infeliz. No creo que tuviera noticias de mi madre, pese a las cartas que yo recibía en casa. Pienso que creía que ella no estaba comenzando una nueva vida, sino siguiendo con la que tenía hacia adelante, y que él debía hacer lo mismo. Encontró trabajo y vendió seguros durante un tiempo en el invierno, y cuando vio que no le iba demasiado bien se empleó en una tienda de artículos deportivos del centro de Great Falls, y vendió palos de golf y raquetas de tenis y guantes de béisbol. En la primavera, durante un tiempo, tuvo dos jaulas de alambre en la parte de atrás de la casa; las había hecho él mismo, y tenía en ellas un

conejo y un faisán y una pequeña perdiz manchada que había encontrado en plena calle. Y la vida discurrió para nosotros en una dimensión distinta de la que antes habíamos conocido. Una dimensión humana menor. No hay duda de eso. Pero la vida seguía. Sobrevivimos.

Y un día, a finales de marzo de 1961, justo cuando empezaba a despuntar la primavera, mi madre volvió a casa. Y al cabo de un tiempo ella y mi padre consiguieron resolver los problemas que los habían distanciado. Y aunque ambos quizá sintieron que algo había muerto entre ellos, algo de lo que tal vez ni fueron conscientes hasta que desapareció de sus vidas para siempre, debieron de sentir — también ambos— que había algo de sí mismos, algo importante, que no podía vivir de otra forma que estando el uno con el otro, juntos, de un modo muy similar al del pasado. No sé exactamente qué era ese algo. Pero así es como se reanudó nuestra vida familiar durante el poco tiempo que aún permanecí en casa. Y perduró muchos años después. Vivieron juntos —era su vida— y solos. Aunque bien sabe Dios que yo, su único hijo, no podría afirmar que entiendo cabalmente muchas de las cosas que ocurrieron entonces entre ellos.



RICHARD FORD (16 de febrero de 1944 en Jackson, Mississippi). Cursó estudios en la Universidad de Michigan, donde conoció a Kristina Hensley, con quien contrajo matrimonio en 1968. Posteriormente entró en la Universidad de California en Irvine. Recibió un MFA en escritura, en 1970.

Uno de los escritores americanos agrupados bajo la denominación de «realismo sucio». Se inició escribiendo relatos para las revistas *Esquire*, *The Paris Review*, y *The New Yorker* antes de terminar su primera novela, *A Piece of My Heart*, en el año 1976. Trabajó en la revista de deportes *Inside*, experiencia que le sirvió de base para escribir su primera novela de éxito *The Sportswriter* (1986), que fue nombrado uno de los cinco mejores libros de ese año por la revista *Time*. Posteriormente publicó un libro de relatos cortos *Rock Springs* (1987) y en 1990 la novela *Wildlife*. El reconocimiento mundial le llegó con *Independence Day*, novela que obtuvo el premio Pulitzer y el PEN/Faulkner para ficción. En 2006 publicó *The Lay of the Land*.